



INJUV/CHILE

SEGUNDO INFORME NACIONAL DE JUVENTUD
Condiciones de vida y políticas públicas
de juventud desde la Transición al Bicentenario

© *Instituto Nacional de la Juventud.*
Agustinas 1564, Santiago, Chile.
Fono: (56) (2) 620.47.00
Fax: (56) (2) 620.47.02
E-Mail: estudios@injuv.gob.cl
www.injuv.gob.cl

ISBN / 956 - 7636 - 08 - 7
Inscripción N° 152.872
Primera edición de 1.500 ejemplares, enero 2006

EDITOR GENERAL

Rodrigo Asún Inostroza

PRODUCCIÓN Y DISEÑO

Narcoe Comunicaciones / **Verónica Novoa C.**

FOTOGRAFÍAS

Gentileza SERNATUR
Región de Antofagasta / **Augusto Domínguez**
Región de Antofagasta / **Augusto Domínguez**
Región de Valparaíso / **Luis Hernán Herreros**
Región de Metropolitana / **Augusto Domínguez**
Región de Los Lagos / **Norberto Seebach**
Región de Magallanes / **Juan Almonacid**

IMPRESIÓN

Salvati Impresores S.A.

Los contenidos de este Informe pueden ser reproducidos en cualquier medio, citando la fuente.

**Equipo del INJUV encargado de la preparación
del Segundo Informe Nacional de Juventud**

DIRECTORA NACIONAL INSTITUTO
NACIONAL DE LA JUVENTUD

Paulina Fernández F.

COORDINADOR RESPONSABLE

Rodrigo Asún I.

PROFESIONALES DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS Y EVALUACIÓN

*Eduardo Candía A.
Alejandro Reinoso M.*

AYUDANTES DE INVESTIGACIÓN

*Rodrigo Alvizú Z.
Francisca Bustamante S.
Sofía Donoso K.
Juditca Marinkovic A.
Paulina Perucca Q.
Karina Rodríguez N.
María de los Ángeles Troncoso S.
Javiera Vásquez G.
Francisca Bogolasky F.
María Jesús Montero P.*

CONSULTOR EXTERNO

*Mauricio Rodríguez V.
Alcalá Consultores*

REPÚBLICA DE CHILE

MINISTERIO DE PLANIFICACIÓN Y COOPERACIÓN

INSTITUTO NACIONAL DE LA JUVENTUD / INJUV

**SEGUNDO
INFORME
NACIONAL
DE JUVENTUD**



6.



**Presentación Ministra
de Planificación y
Cooperación**

Agradecimientos

Introducción

**1. PRIMERA PARTE / Las transformaciones de la
sociedad chilena y sus representaciones de lo juvenil.** → **17.**

*Capítulo 1. La noción de juventud. Imágenes que orientan
su construcción social actual* → **20.**

*Capítulo 2. Un nuevo país en construcción. Las luces y
las sombras de las transformaciones socioculturales en Chile* → **48.**

**2. SEGUNDA PARTE / Una mirada a la realidad estructural
y subjetiva de la juventud chilena contemporánea.** → **95.**

*Capítulo 3. Situación de los y las jóvenes en el Chile
de hoy: las condiciones de su integración social* → **98.**

*Capítulo 4. Subjetividad juvenil: claves para
comprender a la juventud chilena contemporánea* → **188.**

**3. TERCERA PARTE / Políticas públicas de juventud:
recuento y proyecciones.** → **263.**

*Capítulo 5. Las políticas públicas juventud : historia y
representaciones* → **266.**

*Capítulo 6. Desde la Transición al Bicentenario: propuesta
para articular una política pública de juventud* → **284.**

4. Bibliografía → **304.**



*SEGUNDO INFORME NACIONAL DE JUVENTUD
CARTA DE NAVEGACIÓN PARA LOS DESAFÍOS
EN JUVENTUD*

A stylized, handwritten signature in black ink, consisting of several loops and a horizontal line across the middle.

YASMA PROVOSTE CAMPILLAY
MINISTRA DE PLANIFICACIÓN Y COOPERACIÓN



En la última década, las políticas sociales y el crecimiento económico han permitido la inserción positiva de Chile en la economía mundial, reducir los niveles de pobreza, mejorar el acceso y calidad de los servicios públicos, y la expansión del sistema educativo ha hecho de los y las jóvenes la generación más educada de la historia del país.

La juventud se destaca del resto de la población, por su visión optimista respecto del futuro de la sociedad chilena, así como de su propia situación personal. Por otra parte, más de la mitad de ellos y ellas participa en algún tipo de organización. Sin embargo, existe una serie de aspectos del Chile actual sobre los cuales los y las jóvenes tienen una visión crítica, que se asocian principalmente a la estructura de oportunidades, a las posibilidades de acceso al trabajo y a la percepción de discriminación y estigmatización.

Es relevante señalar también, que dada las características actuales del crecimiento demográfico en Chile y su tendencia al envejecimiento, es posible considerar que en las próximas décadas el país contará con la mayor cantidad de jóvenes de toda la historia demográfica chilena. Esta generación deberá integrarse con las herramientas necesarias y de forma dinámica a los procesos de desarrollo y crecimiento del país. Por ello, son un grupo estratégico.

Por lo anterior, es necesario y urgente, reflexionar sobre cuales son los énfasis que debieran tener, para los próximos años, las políticas públicas destinadas a abordar los temas juveniles; y por lo tanto, abrir la discusión respecto de qué institucionalidad pública de juventud es necesaria para trabajar sobre esos énfasis.

El informe que usted tiene en sus manos constituye un importante esfuerzo del Instituto Nacional de la Juventud por establecer la carta de navegación sobre las tareas que se requieren desarrollar para mejorar los niveles de inclusión social de las y los jóvenes.

En este texto se entrega información sobre la situación y condición de las y los jóvenes chilenos; así como un análisis de los logros y avances obtenidos durante los Gobiernos de la Concertación en materia juvenil y, finalmente, se entrega una propuesta de líneas estratégicas, acciones y medidas que, creemos, el Estado debe realizar para mejorar aún más la situación y condiciones de la juventud chilena.

En la confianza que este informe constituye un claro aporte al conocimiento de la juventud chilena, invitamos a usted a leerlo y utilizarlo.

El equipo encargado de la elaboración del Segundo Informe Nacional de Juventud agradece a todas aquellas personas e instituciones que colaboraron con la producción de este Informe.

Especialmente queremos agradecer a Marcelo Martínez Keim, Jefe del Departamento de Estudios y Evaluación del Instituto Nacional de la Juventud entre octubre de 2004 y marzo de 2005, sin cuya orientación inicial este informe no sería lo que es.

También debemos agradecer a Manuel Antonio Garretón, Académico del Departamento de Sociología de la Universidad de Chile, por sus sugerencias teóricas y su disposición para comentar y discutir nuestros escritos iniciales.

No podríamos dejar de mencionar la contribución de Marcel Thezá, Jefe del Departamento de Coordinación Intersectorial del Instituto Nacional de la Juventud, quien participó en la reflexión respecto de las políticas públicas de juventud a implementar en el futuro.

Además, queremos agradecer a Carmen López Stewart, Encargada del Programa de Salud Adolescente del Ministerio de Salud; Ricardo Reich Alvertz, Coordinador General del Programa Mece Superior; Andrés Pereira, Coordinador del proyecto Interjoven; Jorge del Picó, Director Académico del Instituto Chileno de Estudios Humanísticos; Dagmar Raczinsky, Directora de Asesorías para el Desarrollo; Guillermo Campero, Académico del Instituto de Ciencias Políticas de la Pontificia Universidad Católica de Chile; Lilian Urrutia ex-Directora del Instituto

Nacional de la Juventud; Mario Sandoval, Director del Centro de Estudios en Juventud de la Universidad Cardenal Raúl Silva Henríquez; Vicente Espinoza, Investigador del Instituto de Estudios Avanzados (IDEA) de la Universidad de Santiago; Valerio Fuenzalida, Académico de la Universidad Católica de Chile y de la Universidad Diego Portales; Pedro Morandé, Decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Católica de Chile; Eduardo Valenzuela, Director del Instituto de Sociología de la Universidad Católica de Chile; María Angélica Cruz, Directora de Evaluación y Proyectos de la Fundación Rodelillo; Ingrid Marx, Directora del Instituto Superior de Pastoral de Juventud; Domingo Asún, Académico de la Escuela de Psicología de la Universidad de Valparaíso; Jorge Gissi, Académico de la Universidad Católica de Chile y Francisco Estévez, Director de la Fundación Ideas, por habernos brindado su perspectiva respecto de los y las jóvenes chilenos actuales y de las políticas públicas de juventud. Tampoco olvidamos el aporte de Francesca Camelio, profesional del Departamento de Estudios y Evaluación del Instituto Nacional de la Juventud y de Gabriela Evans E., Secretaria de dicho Departamento. Finalmente, reconocemos nuestra deuda con los Directores Regionales del Instituto Nacional de la Juventud, quienes, desde su perspectiva local y regional, contribuyeron a enriquecer nuestra mirada respecto de la forma de mejorar la acción gubernamental dirigida hacia las y los jóvenes chilenos.



RE-VINCULACIÓN ESTADO Y JUVENTUD: REFLEXIONES Y PROPUESTAS

PAULINA FERNÁNDEZ FAWAZ

DIRECTORA NACIONAL

INSTITUTO NACIONAL DE LA JUVENTUD



Después de 10 años de publicado el Primer Informe Nacional de Juventud (1994), y a la luz de los cambios de nuestro país – procesos de inserción internacional, de desarrollo social y económico, transformaciones culturales– así como, la constatación de características propias de la juventud chilena actual y sus formas vinculación con la sociedad, concluimos que era necesario elaborar el Segundo Informe Nacional de Juventud.

La institucionalidad pública de juventud, el Instituto Nacional de la Juventud (INJUV) se ha hecho cargo de este desafío, realizando esta reflexión acerca de las características de la juventud chilena y a la modalidad en que el Estado ha abordado a los jóvenes, especialmente, durante estos años de gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia.

La publicación de este Segundo Informe Nacional de la Juventud, inaugura también una modalidad diferente de dar cuenta de la situación de los jóvenes y de la relación del Estado con los mismos, entregando información sobre la realidad juvenil, acerca de los resultados de las acciones gubernamentales y de los desafíos pendientes. De esta manera, el Informe Nacional de Juventud debe ser elaborado periódicamente en el marco del Observatorio de Juventud del INJUV. Este informe debe ser entregado al Presidente de la República, al Parlamento y los servicios públicos, y constituirse en la carta de navegación del Estado para definir acciones en el ámbito juvenil.

Una de las preguntas cruciales que orienta la elaboración de este Informe es ¿por qué el Estado debiese atender en modo especial a este grupo de edad de vida?

En primer lugar, porque la transición a las condiciones de vida adulta requieren apoyo y sostén por parte del Estado a fin de conseguir condiciones mínimas de satisfacción de necesidades que inauguren la entrada al mundo del trabajo, la constitución de una nueva familia y una vida autónoma. En estos términos, la juventud constituye una instancia etárea para la inversión de capital social y humano que permitirá desplegar en los años sucesivos los elementos básicos para la integración social. De este modo, los y las jóvenes son un actor estratégico para el desarrollo sustentable de Chile. Sin acción eficaz y pertinente del Estado y de la Sociedad para el desarrollo de los jóvenes condena a una sociedad a la esterilidad. Esta generación deberá integrarse con las herramientas necesarias y de forma dinámica a los procesos de desarrollo y crecimiento del país.

En segundo lugar, porque los y las jóvenes constituyen un sujeto social invisibilizado, estigmatizado y problematizado por las sociedades contemporáneas, y la chilena no es una excepción. Por tanto, los esfuerzos en la línea de la transferencia del ejercicio de los derechos ciudadanos a los y las jóvenes

permitirá no sólo mayores niveles de participación sino también ciudadanos decididos por la defensa de sus intereses, capacidades, dignidad y satisfacción. Del mismo modo, la visualización de sus intereses y modalidades de construcción de sus propias biografías es un elemento nutricional y ejemplar a la ampliación de la diversidad a la cual el país está invitado en los próximos años. Esta visibilización es convergente con el estímulo a la ciudadanía que las sociedades democráticas modernas deben tender como desafío permanente. No hay democracia posible sin reconocer las particularidades de sus ciudadanos.

En tercer lugar, porque la juventud evidencia los profundos problemas pendientes de equidad. En efecto, se evidencian aún las brechas enormes existentes entre los y las jóvenes, según su condición de género, social, económica y cultural, que se manifiestan de distintas formas, tales como las dificultades que tienen para realizar sus procesos de inserción laboral, la preponderancia que tienen las carencias económicas como impedimento para concretar proyectos de vida y aspiraciones, las diferencias en los instrumentos de modernización que disponen los jóvenes provenientes de hogares más acomodados y aquellos más pobres.

El Informe no sólo sistematiza información sobre la juventud, el contexto país y las acciones actuales del Estado sino que también se interroga responsablemente acerca de los vacíos, los temas pendientes, planteando los énfasis que debieran tener las políticas públicas de juventud. Asimismo, conjuntamente con lo anterior, se abre una discusión respecto a qué modalidad de institucionalidad pública de juventud es necesaria para trabajar con los lineamientos propuestos.

Este Segundo Informe Nacional de Juventud está estructurado en tres grandes partes. La primera, consiste en un análisis sobre la evolución de la sociedad chilena y sus representaciones de lo juvenil, analizando la noción de juventud y sus principales imágenes sociales desde los años '60 hasta hoy. Del mismo modo, aborda las características de las transformaciones socioculturales en Chile que inciden en las condiciones de vida y en los procesos de construcción de identidad juvenil actual.

En la segunda parte, se analiza la realidad estructural y subjetiva de los y las jóvenes, aportando información específica sobre la situación general de la juventud en Chile, a través de una descripción cuantitativa y cualitativa de su integración a diferentes esferas de la sociedad prioritarias en el quehacer del Estado (educación, trabajo, salud). Por otra parte, se abordan las particularidades de la subjetividad juvenil atendiendo a las principales representaciones y prácticas culturales que



diferencian a los y las jóvenes de otros grupos de edades y que otorgan elementos sustanciales de la propia identidad juvenil en el discurso social.

Finalmente, la tercera parte, hace un recuento de las políticas públicas de juventud y de la respectiva institucionalidad pública desde los años 60', distinguiendo algunos periodos donde es posible visualizar las representaciones y las acciones concomitantes. Así, se describe la política e institucionalidad juvenil gestadas durante la llamada transición chilena a la democracia, con el afán de sentar las bases de su proyección inmediata. Adicionalmente, se establece una propuesta para articular una política pública de juventud que permita generar acciones lideradas por un servicio orientador, capaz de optimizar y hacer sinérgicos los esfuerzos del conjunto de las entidades públicas que deben actuar a favor de las y los jóvenes. Para eso, se establecen los puntos que constituyen los ejes críticos de la realidad juvenil actual, a consecuencia de los cuales se formulan lineamientos estratégicos y propuestas de acción en el horizonte del Bicentenario.

Esperamos que este informe permita dar un salto cualitativo en la comprensión de la situación actual de los jóvenes así como en las acciones gubernamentales orientadas a mejorar las condiciones y las oportunidades de inclusión social de las y los jóvenes de nuestro país.

Quiero agradecer profundamente al equipo del Departamento de Estudios del INJUV responsable de la elaboración de este Segundo Informe Nacional, encabezado por Rodrigo Asún y conformado por Eduardo Candia y Alejandro Reinoso. El compromiso de este equipo en la elaboración de este informe, sus capacidades de reflexión y análisis sobre los temas referidos al desarrollo de los y las jóvenes, y la responsabilidad al momento de reflexionar sobre los lineamientos de políticas públicas son contribuciones cruciales para orientar el rediseño de las políticas públicas de juventud que buscan cumplir los objetivos de desarrollo y crecimiento que se ha planteado el país.



PRIMERA PARTE

Las transformaciones de la sociedad chilena
y sus representaciones de lo juvenil

Si bien la noción de juventud se ha modificado en los últimos cuarenta años, las imágenes de los y las jóvenes se anclan en torno a algunas dimensiones constantes de la sociedad: cambio / estabilidad, anomia / orden social, individualismo / colectivismo, hedonismo / sacrificio, riesgo / seguridad, entre otras.





CAPÍTULO 1. LA NOCIÓN DE JUVENTUD: IMÁGENES QUE ORIENTAN SU CONSTRUCCIÓN SOCIAL ACTUAL



En el presente capítulo se analizan la noción de juventud y sus principales imágenes sociales desde los años '60 hasta hoy, considerando sus variaciones histórico-culturales.



La primera sección considera las definiciones y discusiones acerca de la juventud realizada por intelectuales desde las ciencias sociales que examinan la historia social y política. La segunda sección describe las perspectivas de las políticas públicas y sus énfasis en las imágenes respecto de lo juvenil y su participación en la construcción de la noción de juventud desde las intervenciones del Estado. La tercera sección desarrolla y analiza las imágenes que los medios de comunicación han presentado respecto a los y las jóvenes, especialmente la televisión y la publicidad. La cuarta y última sección considera las imágenes de los propios jóvenes respecto a la definición de la juventud, los ejes que enfatizan para desarrollarse en la vida y las auto percepciones de los y las jóvenes en los diversos contextos socioeconómicos y sociales del país.

1. Las Nociones de juventud desde los intelectuales

Si existe un paradigma de la juventud moderna es el atribuido a los y las jóvenes del '68. Esta concepción ha definido a los y las jóvenes como rebeldes y luchadores por sus causas, mostrando disconformidad con el tipo de sociedad que les corresponde vivir. La actitud rebelde y la lucha revolucionaria de estos jóvenes surgen en un contexto de grandes cambios en las estructuras económicas, políticas e ideológicas (Salazar y Pinto, 1999). Esta idea de juventud, a su vez, constituye un ideal de juventud el cual sigue operando y reclamando a los y las jóvenes de hoy por su no cumplimiento o alejamiento respecto de este ideal. En estos términos, lo juvenil se relaciona directamente con el rol y función que le compete a la juventud en el cambio social y político, aspectos que constituyen los ejes centrales de la sociedad de la época. Este ideal también se articula a un discurso nostálgico que apela a la juventud su carácter inspirador, de lucha por los cambios que la sociedad necesita (Agurto y otros, 1985: 212).

Esta noción de juventud se atribuye predominantemente a características reales y generales de los y las jóvenes de los '60 y de los '70: "la generación prototípica, la de los cambios, la revuelta social, las transformaciones de la sociedad, inmersa en el acontecer social no sólo del país, sino continental y mundial" (Silva, 1999: 1).

Cabe señalar que aunque la llamada juventud del '68 estaba asimilada casi exclusivamente a jóvenes estudiantes, esta imagen de juventud se extendió a todo el colectivo juvenil. Esta representación no sólo se generalizó en el discurso social sino a su vez se mitificó, atribuyéndose a este grupo las fuerzas del cambio social.

Si bien se valoraba y estimulaba la potencia atribuida a los y las jóvenes, algunos sectores políticos e investigadores como Armand y Michelle Matelartt, criticaban las características atribuidas a los y las jóvenes como supuesta fuerza de cambio: "la mayoría de la juventud no da señal de haber tomado conciencia

del papel de presión que le incumbe ejercer desde ahora, en cuanto generación joven que triunfa desde su marginalidad natural” (Mattelart y Mattelart, 1970: 308-309). En consecuencia, para estos autores el poder joven estaba restringido al ámbito estudiantil y distaba bastante de ser una reivindicación general de los excluidos o explotados por el sistema. Además, la posibilidad de que este poder se hiciera realidad era cuestionable, debido a que los y las jóvenes universitarios no constituyen una unidad homogénea y presentaban una escasa participación y convicción a este respecto, especialmente entre las jóvenes.

Asimismo, en este período los y las jóvenes del sector rural tuvieron una escasa participación, incluso en la representación que los mismos estudiantes se hacían de la sociedad, donde ya entonces primaba una imagen más bien urbana (Mattelart y Mattelart, 1970). Esta noción de juventud entendida en la lógica del estudiante se comprende también en la perspectiva de la acción del Estado en esos años: “el impulso a la educación fiscal por parte de los gobiernos democráticos, que resulta en que la universidad sea, hasta 1973, el locus institucional del protagonismo histórico de la juventud chilena” (Salazar y Pinto, 1999: 111).

Esta función de cambio social asignada a los y las jóvenes pareciera exceder las expectativas, posibilidades y capacidades reales de los mismos para llevar a cabo ciertas dimensiones del cambio que podrían y debieran ser realizadas por las generaciones que detentan el poder real.

Durante la década de los ochenta la imagen social predominante de la juventud se desplaza hacia el eje del joven popular, dejando parcialmente de lado la imagen de los y las jóvenes construida desde la universidad. De este modo, la figura del joven protagonista articulado al cambio y a la actividad política muta en sus manifestaciones y espacialidad: la acción política es la protesta contestataria contra el gobierno autoritario encarnada en un joven excluido social, económica y políticamente. Esta acción se ejerce en un lugar social territorial que se distancia física y socialmente de la protesta estudiantil: las poblaciones urbano-populares. Al igual que la imagen precedente de los '60 y '70, la iconografía de los y las jóvenes de los '80 encarna el cambio político y, sobre todo, las expectativas de transformación social y económica de los sectores más excluidos poniendo la atención sobre este tipo de problemas.

Los sectores políticos de oposición así como la investigación social de la época resaltan en el joven urbano popular el resultado de los procesos de exclusión política, social y económica mientras que sectores oficialistas interpretaban este fenómeno en la lógica de la anomia y la delincuencia antisistémica. De este modo, esta figura juvenil, a diferencia de la imagen de los y las jóvenes de los '60 y '70, adquiere en su estatuto de exclusión un carácter anómico frecuentemente vinculado a “conductas problemáticas” tales como el abuso de sustancias (drogadicción, el alcoholismo), la violencia y la delincuencia. Esta problematización asigna específicamente a los y las jóvenes pobres esta condición social.

Si bien en una primera etapa del régimen militar el discurso del gobierno se dirigía hacia una juventud



estereotipada en la figura del joven estudiante de clase media, ya en los años ochenta se pasó a un discurso estigmatizador de la juventud, específicamente del joven popular, refiriéndose a ésta como la “juventud problema” (Weinstein, 1990).

No obstante la estigmatización sufrida, existe la imagen de la generación de los ‘80 como la juventud de las protestas, la cual anticipa y abre espacio a importantes transformaciones políticas que cristalizarían a fines de esa década:

Compuesta principalmente por los y las jóvenes populares, es una juventud contestaria, medianamente organizada, combativa, solidaria, ella fue una de las principales impulsoras de la lucha contra la dictadura y también una de sus principales víctimas. Desde el Estado y las instituciones, esta generación fue considerada como anómica o delincuencial, por su abierto carácter antisistémico y de furiosa rebeldía (Silva, 1999:1).

Durante este período ocurren dos fenómenos sociales complementarios en su accionar en torno a una nueva forma de articular la vida social: el autoritarismo político y la lógica de mercado. Esta articulación que elude la cuestión de la representación socio-política y que se asocia en la práctica a una importante desconfianza respecto de los actores políticos:

... en cuanto uno (el autoritarismo) cierra y controla todos los espacios de expresión pública, y el otro (el mercado) atomiza y disgrega las relaciones sociales. El mercado crea en efecto, la “conciencia solitaria”: la mercantilización de las relaciones sociales exagera el individualismo y enfrenta a las personas a un mundo hostil que tiene que poseer y conquistar. En este marco, el autoritarismo se impone con facilidad, pues su función consiste precisamente en evitar la organización colectiva y acabar con todos los espacios de representación y conciencia públicas (Valenzuela, 1982: 68).

De esta manera, a pesar de las protestas se generó un fenómeno de despolitización ante el “extrañamiento de la política” generado por el autoritarismo en el marco del desarrollo de la economía de mercado. José Weinstein afirma que dada la situación de la sociedad chilena en ese entonces se genera una “crisis del espacio público en su totalidad”. En esta crisis del espacio público, la única institución que continúa mediando con el joven popular es la Iglesia Católica y todo el resto pierde credibilidad (Weinstein, 1990).

El fenómeno de distanciamiento de la política se genera en un contexto en que han desaparecido las libertades públicas, proceso que se lleva a cabo mediante el despliegue de libertades privadas que se adquieren, aunque de forma imperfecta, en el mercado. De este modo, opera una suerte de reemplazo del campo de la política por el del mercado, donde se encuentran los agentes económicos que producen y

ofrecen bienes y servicios. Esta realidad se radicaliza en los y las jóvenes ya que el mercado comienza a controlar muchos de los aspectos de la vida social, que empiezan a incidir en aspectos de la esfera de la intimidad como la elección de pareja (Valenzuela, 1985).

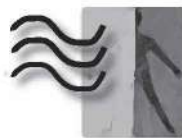
A partir de la década de los noventa comienza a cuestionarse el potencial político de los y las jóvenes que en los ochenta protestaron en revueltas inorgánicas y luego manifestaron su opinión de manera más institucional y organizada en el Plebiscito del '88. Algunos autores señalan que este potencial es bastante bajo, respaldando su afirmación con el claro proceso de despolitización que en los noventa se hizo innegable con la creciente no inscripción electoral de los y las jóvenes. Valenzuela ya advertía este fenómeno a través de la aplicación del concepto de “anomia social” para comprender la situación de los y las jóvenes populares:

La crisis modernista que se expresará, pues, como crisis de integración (desarticulación de las reglas, valores y certezas comunes que constituyen el orden social). Todos estos síntomas de desintegración serán particularmente ostensibles en el caso de la juventud popular... (Valenzuela, 1985:22).

Esta situación de anomia en los '80 lleva a que la “rebelión juvenil” de esos años se caracterizara por carecer de principios positivos de acción, presentando escasa identidad y ausencia de un proyecto histórico de sociedad. En consecuencia, la desconformidad y rechazo de los y las jóvenes populares hacia el gobierno militar residía en una defensa de la dignidad y la reivindicación de los derechos de las personas debido a ciertos apremios injustos, más que a una crítica políticamente fundada. Este bajo potencial politizador de los y las jóvenes de los ochenta tiene una cierta continuidad durante los noventa (Weinstein, 1990:233).

Los y las jóvenes acomodados, por su parte, tienen una vida cotidiana que requiere menor articulación con el Estado, de manera tal que sus actividades diarias y expectativas están más bien reguladas por el mercado y la vida social: estos jóvenes son propiamente los *'hijos del mercado'* (Weinstein, 1990). De este modo, ese distanciamiento político en los y las jóvenes de mayores recursos es evidente ante la ausencia casi total de relaciones con instituciones del Estado. En este proceso se encuentran con los y las jóvenes populares, es decir, en la despolitización y su convergencia en una nueva imagen juvenil: el joven apático.

La juventud de los ochenta sufre un proceso de despolitización que se radicaliza en los noventa, cuando aparece la idea de que ya no hay nada contra qué luchar. Sin embargo, eso no quiere decir que no se reconozca la acción juvenil alguna que los y las jóvenes pueden colaborar en la formación de una contracultura marginal y emergen, de este modo, algunas modalidades no convencionales de protesta:



Se dice de ellos que son jóvenes “dañados” por la dictadura, por lo que se adormece la politización, prevaleciendo la indiferencia. En esta generación no hay un “monigote” que derribar, no hay lucha importante que dar. Sin embargo tienen un lema que los insta a agruparse y generar espacios. Proliferan entre ellos los espacios participativos, pero no la creación de organizaciones (Salazar, Pinto, 1999:259).

Desde esta perspectiva, así como los y las jóvenes del '68 y aquellos de los '80 creyeron en la fuerza de la organización y en el discurso teórico, los y las jóvenes de los '90 y '2000 creen en la fuerza del espacio, de la música y del tiempo libre, del compromiso con lo propio y con los pares.

En estos términos, la acción colectiva entre los y las jóvenes aparentemente desaparece después de la década de los '70, con excepción de eventos aislados. Así, la acción juvenil “parece estar en un proceso de transformación hacia una contracultura centrada en la música, vestimenta, creación de nuevos lenguajes, etc.” (Melucci, 1996:129). En el texto *Juventud Chilena: Razones y Subversiones*, los autores consideraban respecto a los y las jóvenes urbano-populares de los '80 que “la acción juvenil ha sido productiva y sin embargo, no constituye aún ‘movimiento social’, sujeto capaz de historia.” (Agurto y otros, 1985:10).

En la década de los noventa se subraya una noción de la juventud despolitizada y problemática. En este sentido, la perspectiva que ha primado hacia los y las jóvenes es la mirada psicosocial, vinculada al desarrollo de la identidad social, pero también al desajuste:

La generación de los 90 ha sido principalmente —desde la mirada social—una juventud consumista, «niahista», delictiva y/o con desajuste psicosocial (...) La mirada más genérica que se les ha dado es de corte más bien negativo. Se les ha estigmatizado con demasiada facilidad. Los y las jóvenes han sido, durante los noventa, permanentemente considerados como los sospechosos de siempre (Silva, 1999: 2,8).

En esta década se aprecia una importante frustración y crisis de expectativas, tanto de la sociedad como de los mismos jóvenes y que está basada en el protagonismo atribuido a los y las jóvenes de los ochenta en el ámbito de la protesta. Este imaginario de la sociedad fundó la idea de que la juventud de los noventa tendría un rol crucial en la transición a la democracia.

Desde la perspectiva de los y las jóvenes, sin una revolución en el horizonte, el mundo político se desencanta, ya que “la imagen de una revolución posible suponía la comunión entre un proyecto de vida y un proyecto de mundo, la justificación redonda y compacta para la propia existencia personal. Sin revolución en perspectiva se genera una cultura del desencanto y cierta refrigeración del temperamento” (Hopenhayn, 1990:35). Por tanto, antes de evaluar el porqué se frustraron las expectativas de la juventud

de los noventa como actor protagónico es pertinente considerar el contexto al cual se enfrentaban los y las jóvenes de la naciente recuperación de la democracia, es decir, la relativa ausencia de un proyecto colectivo articulado con la cotidianidad de los propios jóvenes.

En efecto, la sociedad chilena de los noventa manifiesta cambios en la naturaleza de la acción social debido a que los principios mismos de esta acción y las nuevas formas de demandas:

...no pueden ser capturados por las viejas luchas por igualdad, libertad e independencia nacional. Los nuevos temas referidos a la vida diaria, relaciones interpersonales, logro personal y de grupo, aspiración de dignidad y de reconocimiento social, sentido de pertenencia e identidades sociales, se ubican más bien en la dimensión de lo que se ha denominado “mundo de la vida” o de la intersubjetividad y no pueden ser sustituidos por viejos principios (Garretón, 2001:41).

Sin embargo, la imagen de la juventud entendida como “*nihilismo juvenil*” criticado y estigmatizado desde el mundo adulto, puede ser comprendido desde otra lógica, como un desprecio a la ciudadanía porque ésta significa integración a las estructuras operantes, las cuales son criticadas en forma radical bajo la consideración que ellas implican deshonestidad, hipocresía y manipulación en el ambiente socio-político (Durstón, 1996).

La distancia de los y las jóvenes al mundo sociopolítico ha sido interpretada en la esfera del individualismo. Esta vinculación de la juventud al individualismo se ha profundizado en los últimos años, donde la noción del joven individualista y “*hedónico*” ha cobrado importancia en el imaginario social. Es la imagen del joven preocupado de sus propios proyectos e inmerso en la lógica de mercado el cual se articula cada vez más con diversos aspectos de la vida privada. Esta imagen de un “joven lúdico” atraviesa crecientemente el discurso social respecto a la condición juvenil y es convergente con la mayor preocupación de los y las jóvenes por la cultura del ocio y del tiempo libre, así como el mayor repliegue hacia actividades y motivaciones en el campo de la intimidad.

La noción de la juventud entendida en términos problemáticos reina en los noventa y se extiende a los primeros años del 2000 hacia el umbral del Bicentenario. La estigmatización de la juventud sigue vigente y está estrechamente vinculada a las exigencias que la sociedad hace a los y las jóvenes en todos los campos de la acción social. Estas demandas se sitúan en un marco que incluye las imágenes clásicas modernas de la juventud: idealista, rebelde, luchador social, revolucionario e icono del futuro.

Si bien esa exigencia de fondo está presente al momento de evaluar el accionar juvenil, estas figuras de lo juvenil:



...actualmente están debilitadas en el imaginario colectivo. La relativa ausencia de visibilidad de las nuevas formas de expresión de lo juvenil se articula con una imagen socialmente preocupante e inquietante, la del joven-problema. El mayor extrañamiento de la juventud de la esfera pública y la percepción de su menor involucramiento en lo social contribuyen a la conformación de representaciones amenazantes que estructuran la imagen de los jóvenes en la tríada temática de mayor preocupación para la población: delincuencia, adicciones y violencia (INJUV-PNUD, 2003:5).

Esta iconografía contemporánea se articula al riesgo como elemento particular del paradigma de la seguridad que tiene su contrapartida en la experiencia del riesgo y en la amenaza como figuras omnipresentes en la conversación social actual. De este modo, en términos generales, la sociedad actual despliega las dimensiones de la amenaza y la seguridad que constituyen manifestaciones complementarias en la sociedad del riesgo –como se verá en el capítulo 2.

Cabe destacar que estas imágenes de la noción de juventud tienden a ser masculinizadas, es decir, que se asocia a jóvenes varones este carácter disruptivo, anómico y vinculado a las conductas problemáticas.

El problema fundamental de las distintas imágenes es la valoración que asignan a lo juvenil y que oscilan entre la consideración de éstos como víctimas del sistema o bien como portadores de los cambios sociales. Esta imaginaria frecuentemente dificulta comprender y aceptar a los y las jóvenes como sujetos activos cuyas privaciones y dificultades no les impiden llevar a cabo estrategias de sobrevivencia y desarrollar sus proyectos de vida. En este proceso es crucial considerarlos ciudadanos y sujetos sociales (Weinstein, 1990:244).

La relevancia del estudio sobre la juventud consiste en colaborar a la comprensión de la sociedad de manera tal que “... la juventud se transforma en un espejo de la sociedad, un paradigma para los problemas cruciales de las sociedades complejas.” (Melucci, 1996:120). Así, analizar la noción de juventud supone considerar el contexto histórico y social en que se insertan los y las jóvenes y los adultos que los observan, analizan y evalúan.

2. Las nociones de juventud desde las políticas públicas

Detrás de cada acción o programa público existe una noción de juventud. Sin embargo, esta noción, en general, no es algo explícito ni definido previamente, sino que debe inferirse a partir de los discursos y acciones concretas del Estado. En el contexto del estado chileno la conceptualización sobre la juventud está marcada por la heterogeneidad y las diferencias dentro de esa categoría de edad. Esta diversidad tiene relación directa con la sectorialidad del aparato estatal y la pluralidad de discursos respecto a la acción del Estado.

Desde la década de los '60 y hasta fines de los '80, el accionar del aparato estatal y la forma de distribución del gasto aplicado al grupo de edad juvenil da cuenta que la noción de joven equivalía a la del estudiante y minoritariamente a la creciente consideración de la integralidad de esta condición abriendo algunos espacios de tiempo libre. Ello se tradujo por ejemplo, en los '60, en la creación del Departamento Extraescolar del Ministerio de Educación y en las políticas universales de deportes de la Digeder durante el gobierno militar.

Sin embargo, en los años '80 aparece la imagen del joven poblador que se superpone y coexiste con la anterior. En esta lógica, el Estado incluye en su orientación represiva al joven poblador como agente disruptivo del orden social. Este aspecto no sólo sectorializa la política de seguridad en términos socioeconómicos sino que también en términos territoriales y que se expresa en el sustantivo que encarna la imagen de lo juvenil de los '80: jóvenes pobres pobladores. En esta esfera la noción de riesgo y amenaza se relacionan con la dimensión de la seguridad que se atribuye a las fuerzas de orden, legitimando su accionar. Inaugura así un nexo que el discurso social actual repite con insistencia: la relación entre juventud y violencia.

Cabe destacar que durante estos años el tema de la mujer joven no fue considerado en las políticas públicas como un elemento sustancial. La mujer joven fue tendencialmente subsumida en los planes de salud bajo la nominación de la mujer (programas materno-infantiles, etc.).

Los investigadores no oficialistas y los organismos internacionales advertían, acerca de la situación de América Latina, respecto a los efectos de la llamada “década perdida” tanto por las crisis económicas como por el impacto de los gobiernos autoritarios. De este modo, se sitúa y analiza en el campo del joven pobre los efectos sociales, políticos y económicos. Este proceso se tradujo en la generación y desarrollo del concepto de “daño psicosocial” que incluía todas estas dimensiones.

Por lo tanto, durante los primeros años de la década de los '90 se tenía una visión del joven como el “joven dañado” y la oferta pública se orientaba hacia programas y acciones coherentes con esa visión, tales como drogas, seguridad ciudadana y delincuencia, embarazo precoz, enfermedades de transmisión sexual, relaciones violentas de convivencia entre pares, entre otros estigmas atribuidos a la condición juvenil, más precisamente hacia los sujetos jóvenes populares (Dávila, 2003).

La política pública desde la institucionalidad encargada de coordinar las políticas públicas en juventud (Instituto Nacional de la Juventud) asigna y colabora en la construcción de una imagen de lo juvenil que se asocia parcialmente al hedonismo y al desarrollo de la capacidad lúdica en su articulación con la integración social. Ello implica fundamentalmente orientar la política pública, también, hacia la creación, participación y despliegue de los proyectos de vida en el espacio público. Estos espacios son entendidos en términos del desarrollo de la identidad y su articulación con lo público (recitales, encuentros, etc.).



Esta lógica también incorporaba inicialmente una perspectiva psicosocial en la concepción de lo juvenil así como en la estructura de las intervenciones programáticas.

De este modo, la creación del INJUV, como un servicio público, supuso, no sólo la preocupación del Estado por contar con un organismo técnico especializado y encargado de coordinar políticas públicas de juventud, sino también colaborar con acciones directas hacia los y las jóvenes en el proceso de vinculación entre lo juvenil y la dimensión de identidad cultural, participativa y recreativa de los y las jóvenes. Esto significó asignar un espacio de mayor visibilidad en la política pública a la dimensión del ocio y del tiempo libre, como instancias relevantes del desarrollo de las personas, diverso de los ámbitos de preocupación tradicionales de la oferta estatal, tales como la educación, la salud y la formación más allá de la dimensión extraescolar de los estudiantes. Por ello, los primeros programas que desarrolló el Instituto Nacional de la Juventud buscaron enfatizar la dimensión de la identidad juvenil y su relación con el campo de la actividad artística, cultural y recreativa (tarjeta joven, albergues juveniles, fondos de iniciativas culturales, etc.).

Por otra parte, durante el gobierno del presidente Aylwin, la mirada de las políticas públicas sobre lo juvenil se centró en la noción de integración social, que se hacía tributaria de la noción de anomia social, y en la de “daño o riesgo social”, que aludía a una difusa condición social que afecta el desarrollo sano de la personalidad pero que connota, por otra parte, un riesgo para otros.

De esta manera, se observa que durante la primera mitad de la década de los '90, los y las jóvenes son conceptualizados desde una perspectiva psicosocial y la noción de juventud que prevalece es la del “joven problema”. Durante esa década se esperaba, desde las políticas públicas de juventud, derrumbar la imagen estigmatizante de la juventud como sector social problemático derivado de las políticas represivas y excluyentes de los '80. Sin embargo, este avance no se logra instalar masivamente como discurso oficial y público. En este ámbito sigue primando una visión de una “juventud dañada y en riesgo psicosocial”, dejando de lado el plano de las capacidades y las acciones positivas de la juventud.

Asimismo, el Primer Informe Nacional de Juventud, publicado en 1994 al término del primer gobierno de la Concertación, señalaba la presencia de dos mitos acerca de la juventud: uno de ellos es aquel que relevan los medios de comunicación, en los cuales se muestra a la juventud como etapa de plenitud, en que predomina el principio del placer donde se cumplen todos los sueños y que lleva a los y las jóvenes a una capacidad de goce que sólo puede satisfacerse por el consumo. El otro mito, de arraigo cultural y social, es la imagen del joven como peligroso y amenazante. Se trata del “rebelde sin causa”, un joven que atentaría contra el orden normativo, y contra la desigualdad de poder y del ingreso (INJ, 1994).

Consistentemente, Alain Touraine, al referirse a la imagen de juventud desde las políticas públicas en Chile, sostiene que hay dos visiones opuestas de la juventud chilena: a) la de joven como instrumento de

modernización, como representante del porvenir del país y desligado de connotación política, y; b) la de joven como elemento marginal, relacionado con la delincuencia, desempleo, concebido como amenaza y sujeto al margen de la sociedad (Touraine, 1990).

En este sentido, durante los últimos años las políticas se han orientado a superar esta imagen de la juventud como problema y carenciada, primando en las definiciones políticas y programáticas una visión del joven como sujeto de derecho (Dávila, 2003). Ya en el Primer Informe de Juventud se planteaba la idea de superar la imagen de la juventud problema, mediante iniciativas locales en las que los y las jóvenes apareciesen como creadores y emprendedores. Sin embargo, sólo en los últimos años esta idea ha cobrado fuerza. En esta línea el INJUV ha propuesto en pensar a los y las jóvenes como sujetos particulares de derecho, reconociendo la ciudadanía plena en tanto individuos pertenecientes a la sociedad, con sus especificidades y requerimientos propios (INJUV, 2004).

En el Estado ha emergido un énfasis particular en la última década respecto a los ciudadanos, en cuanto portadores de derechos, que también se aprecia en las transformaciones culturales, cual es, el énfasis en la individuación personal y su correspondencia con las posibilidades de ascenso social. Así, se estaría transitando desde una perspectiva colectivista a una de naturaleza individual en la cual cuentan los méritos y desempeños logrados en sus proyectos de vida, así como el desarrollo de las capacidades y habilidades personales para insertarse socialmente. En este sentido, la nociones de lo ciudadano y lo colectivo también cambian.

En el ámbito de la política pública aparece a través de la noción de emprendimiento en la esfera laboral y económica, bajo la figura del emprendedor que cultiva en el plano social y cultural las habilidades clásicamente atribuidas al empresario. En el discurso sobre la juventud aparecen indicios de potenciar la construcción de la imagen de un “joven emprendedor” el cual cree en la dimensión individual del desarrollo y que valora la integración funcional como credenciales de cumplimiento de aspiraciones en la vida adulta. En esta imagen son claves dos exigencias actuales a las políticas públicas: desde el lado de los y las jóvenes, la validación de las construcciones biográficas de sí mismo y, desde el Estado, la generación de políticas públicas que sean garantes y protectoras de estas trayectorias juveniles.

Esta imagen emprendedora del joven podría constituirse en una nueva lectura, desde la política pública, de aquello que clásicamente ha sido atribuido como tarea del Estado, cual es potenciar e incrementar en los y las jóvenes la capacidad de comportarse como actores sociales. Así, las soluciones no deben ser necesariamente colectivas e institucionales, sino que se debe buscar medios que permitan la concreción de sus iniciativas individualizadas y psicológicas, en tanto que el sujeto joven se incorpora a la sociedad integrando en primer lugar aquellas dimensiones del sí mismo que lo articulan a la vida social (Touraine, 1996).



Una noción menos nítida en el ámbito de las políticas públicas, pero no por eso menos funcional, es el uso de una noción de juventud entendida como grupo de edad específico. En el caso chileno juventud comprende el tramo entre los 15 y los 29 años, sin embargo, los distintos sectores que ejecutan programas para jóvenes, cuentan con sus propias definiciones de juventud, de acuerdo, a sus líneas programáticas. Por ejemplo, Salud tiene como grupo de edad a los y las adolescentes (11-19 años) y después son considerados adultos; para las políticas laborales después de los 18 años son adultos, y así sucesivamente.

El uso de categorías demográficas tanto en la consideración de la juventud, entre otros grupos sociales prioritarios para la política pública, como en el diseño, la implementación y la evaluación de las iniciativas gubernamentales así como en la constitución de sistemas de seguimiento, monitoreo y de observatorios diversos que sistematizan la situación de los y las jóvenes se sitúan en el marco del paradigma cuantitativo. En este paradigma el valor crucial reside en el efecto de sentido que genera tanto en la opinión pública como en la difusión de políticas y sus resultados, la cifra, el número y su carácter de indicador de eficiencia y eficacia.

Con todo, las políticas públicas de juventud expresan la fragmentación de las distintas nociones acerca de los y las jóvenes en sus diversas áreas de intervención, lo cual refleja una carencia de objetivos y resultados a alcanzar con la acción dirigida hacia este grupo. Ello deriva no sólo de la sectorización del Estado sino también de los diversos objetivos e instrumentos para llevar a cabo las políticas públicas. De este modo, la consideración del joven estudiante, coexiste con aquella del joven emprendedor laboral y artístico-cultural, la del joven en riesgo con la del sujeto de derecho. Esta pluralidad de nociones ciertamente podría llevar a una fragmentación de la imagen de la juventud, ya que desde cada área se considera a los y las jóvenes tomando en cuenta un tema particular y no considerando al joven en su totalidad.

Por lo tanto, se observa la carencia de una noción de juventud “consensuada” al interior del Estado, que facilite la definición de indicadores que establezcan ciertas condiciones mínimas que quisiéramos alcanzar a través de la ejecución de programas y acciones específicamente orientados a la mejoría de los niveles de inclusión social de los y las jóvenes.

Lo anterior evidencia una intervención hacia ese grupo de edad, fragmentada y sectorial, sin la orientación o los lineamientos generales de una política pública. Posiblemente, un camino para avanzar en esta línea, es la suscripción por parte de Chile de la Convención Iberoamericana de Derechos de la Juventud, que claramente funcionaría como marco orientador para la acción pública hacia este grupo¹.

¹ Convención Iberoamericana de Derechos de la Juventud, suscrita en la ciudad de Badajoz, España en octubre de 2005, por 17 de los 19 países miembros de la Organización Iberoamericana de Juventud (Chile está entre los dos países que no la suscriben).

3. Las nociones de juventud desde los Medios de Comunicación: la multiplicidad de imágenes de lo juvenil

a. La Televisión

Durante los años noventa la imagen de lo juvenil evidenciada en televisión mostraba una juventud predominantemente indiferente y que se enunciaba bajo el rótulo del “noestoynahismo” (“no estar ni ahí”) y que contrastaba con la imagen de aquellos que ya estaban insertados en el mundo adulto. Esta imagen ha sido articulada en torno al concepto de apatía que proviene especialmente desde el ámbito político.

Actualmente, a inicios del nuevo siglo, existe un cierto consenso en que la imagen privilegiada por la publicidad respecto de los y las jóvenes enfatiza el compromiso de ellos consigo mismos en el proceso de construcción de sus propias biografías. Ello ha implicado la consideración e investigación, por parte de los medios de comunicación y de las agencias de publicidad, sobre los intereses, motivaciones, tensiones e inquietudes de los y las jóvenes.

Respecto a la televisión, existen algunos géneros específicos que han colaborado en la constitución de ciertas imágenes sociales de lo juvenil.

En el género informativo, los y las jóvenes aparecen como sujetos conflictivos que amenazan el orden social, en consecuencia, se relevan características asociadas a la disrupción, la violencia, la delincuencia y el abuso de sustancias, entre las más relevantes. El recorte de estas temáticas, evidentemente, deslegitima e invisibiliza a nivel de este género la presencia de otras imágenes de lo juvenil que colapsan bajo el estereotipo del joven disruptivo y amenazante de la sociedad, el cual funciona confirmando la necesidad de mantención del orden y los sistemas de control vigilante. Adicionalmente, aparece como algo negativo la orientación hacia lo individual y en contraposición con lo colectivo.

Por otra parte, desde los años '70, emerge un género televisivo, que tuvo sus inicios con programas como *Música Libre*, donde lo juvenil aparece asociado con la música, el baile y la corporalidad. Este género pone en escena la dimensión festiva y lúdica de lo juvenil, que reivindica la dimensión del tiempo libre y del ocio como espacio privilegiado de lo juvenil².

Estos aspectos tienden a ser valorados y considerados, desde el mundo adulto, en la categoría del programa *light*, siendo abordados en la lógica que su efecto subjetivo es alienante para la juventud. Este tipo de programas cuya centralidad es el baile y la música operan colaborando en los procesos de independencia de los patrones de vida familiar y, por consiguiente, de las orientaciones que posee la audiencia adulta.



Aun cuando en la actualidad en los medios de comunicación existe un cierto consenso en que la televisión ha roto ciertas categorías sociales que diferencian a la audiencia, la condición de actividad (estudiante/trabajo), la carga de responsabilidad, el nivel socioeconómico y el estilo de vida constituyen elementos que colaboran en la diferenciación del ámbito de lo juvenil en la televisión. En cierta medida la juventud, en términos de audiencia televisiva, se diferencia significativamente con la inserción en el mundo adulto, que está marcada por la incorporación al mercado del trabajo y la constitución de la propia familia. Consecuentemente, desde el mundo de la televisión la noción de juventud más utilizada es la que se define según la carga menor de responsabilidad que se asocia al joven.

En los últimos años han surgido dos nuevos tipos de programas relacionados con los y las jóvenes que se inscriben en el género de la ficción. Esta apuesta por la ficción no responde a alguna tendencia social en particular, sino que se trata del nivel de desarrollo de la industria televisiva.

Por una parte, está el boom de los *reality show*, programas que han despertado gran interés por parte de los y las jóvenes, mientras que han sido muy resistidos por algunos sectores del mundo adulto. Sin embargo, se trata de un tipo de programa transversal que aunque busca la aprobación de los y las jóvenes, son consumidos por todo tipo de personas, superando diferencias por género, edad, condición socioeconómica, etc.

Uno de los programas tipo *reality* de TVN es “Rojo”, en el cual se muestra una imagen del joven meritocrático, que valora positivamente la competencia y que se define con el atributo del “trabajador” cuya cualidad central es el desempeño y la búsqueda del mérito. En este tipo de programa la música y el baile constituyen elementos circunstanciales, debido a que el aspecto fundamental está dado por la centralidad del logro de la meta y la imagen jóvenes “jugándosela” por ella. Esta imagen de los y las jóvenes contrasta con otro tipo de programas, como es el caso de “Mekano” que se basan estrictamente en el baile, la corporalidad y la música.

En este género ficción se desconfirma la idea de la apatía o ausencia de motivaciones juvenil y aborda intereses e inquietudes ligadas a la competitividad y al erotismo que pueden generar rechazo y deslegitimación por parte del mundo adulto.

Otra modalidad de programas que ha surgido en el último tiempo son las denominadas “Teleseries Juveniles”, que a pesar de abordar temas propiamente juveniles, no se enfocan específicamente en la audiencia juvenil, sino que al igual que los *realities* son programas transversales.

Un fenómeno bastante actual en la televisión es el hecho de que tanto los programas de diverso género como los noticiarios informativos se han “juvenilizado”, renovando su imagen y conductores, con

² Cf. Valerio Fuenzalida, Comunicación personal.

espacios más informales y juveniles. Esto tiene que ver con el protagonismo que ha adquirido el “ser joven” en la sociedad, de manera tal que es altamente valorado estar asociado a los atributos a los cuales se define lo juvenil como el cuerpo y la apariencia física, la actitud de relajo, la libertad, la libertad de expresión, la espontaneidad y la autenticidad del relato.

La juvenilización del lenguaje articulado en su relación con la búsqueda de la autenticidad, tiene por objeto no sólo la identificación por parte de la audiencia sino también la transmisión de un discurso que se relaciona con la transparencia y autenticidad del canal a efecto de mantener la legitimidad de la audiencia.

Existe un relativo consenso respecto a que no existen claras diferencias entre las preferencias de la audiencia juvenil femenina y masculina. Si bien en décadas pasadas aparecían diferencias significativas en los géneros y que se asociaban diferencialmente, en la actualidad hombres y mujeres han tendido hacia la homologación de gustos televisivos.

Finalmente, cabe señalar que en los canales de televisión se toman medidas para el resguardo de la dignidad e imagen de todo individuo, pero no hay políticas específicamente dirigidas a la protección de la imagen y de los derechos juveniles al respecto. Este aspecto constituye un desafío a las políticas públicas de juventud en la línea de disminuir aspectos de discriminación y estigmatización que puedan generarse, especialmente en el género informativo.

b. La publicidad

Existen algunas nociones básicas acerca del concepto de juventud y su relación con el mercado de consumo que se utilizaban en la publicidad de los años noventa. Por un lado, se pensaba que los y las jóvenes eran más ingenuos como consumidores de productos y, por ello, la publicidad intentaba generar ventas de productos considerando a los y las jóvenes en sí mismos, enlazando atribuciones simbólicas juveniles con el objeto de consumo. Actualmente, en cambio, la publicidad intenta vender un valor agregado del producto, de manera tal que los y las jóvenes adquieren bienes porque la imagen que rodea a esa marca y a ese producto, genera esencialmente procesos de identificación.

En segundo lugar, antes la publicidad consideraba que los y las jóvenes tenían menos fidelidad a los productos y marcas debido a sus gustos oscilantes y rotativos. Esta consideración ha sido relativizada en la actualidad debido a la importancia que temas como el tiempo libre, la música y la sociabilidad se asocian al consumo de bienes específicos.

Un tercer elemento dice relación con que hasta los años noventa los y las jóvenes eran más estereotipados



y caricaturizados en general, y en la publicidad en particular, asignándoles la antigua imagen del “Lolo Palanca” (emergida en la década anterior). Esta imagen es la de un joven indiferente, despistado, lento, que “no estaba ni ahí”, “volado” en un sentido genérico. No obstante, las agencias de publicidad han detectado la inconsistencia de esta imagen a partir de la ausencia de identificación por parte de los y las jóvenes respecto al personaje.

Actualmente, las agencias de publicidad realizan bastante investigación de mercado con el objeto de conocer sobre los y las jóvenes³ y se interesa en profundizar en sus comportamientos e intereses, debido a que este grupo consume más que antes, transformándose en un segmento muy atractivo para las marcas. Adicionalmente, se ha constatado que son los y las jóvenes los que definen ciertas pautas de consumo al interior de su grupo familiar.

La publicidad actual subraya y apunta a los intereses de los y las jóvenes, tratando de reflejar personajes reales en situaciones reales. De este modo, la publicidad contemporánea evita situarse en una dimensión irrealista de los y las jóvenes, retratando el interior (“inside”) de las vivencias juveniles, es decir, desde las experiencias propias, en tanto a los consumidores jóvenes les gusta verse reflejados en cómo ellos son y no en un estereotipo o caricatura. Por ello, si bien antes la publicidad se focalizaba en la imagen de un tipo de joven, ahora están disponibles múltiples imágenes de jóvenes.

En este mismo sentido, aparece, al igual que en la televisión, el discurso de la autenticidad como un elemento fundamental para dirigirse y representar a los y las jóvenes. Este discurso se aprecia, tanto en el lenguaje que se usa, como en los personajes y en el formato mismo de la publicidad. En general, el formato publicitario evita dejar entrever signos que den cuenta que se intenta vender un producto.

Otra imagen recurrente del joven que se transmite desde la publicidad, es la imagen del joven estresado, exigido e incomprometido. De esta forma, se transmite a los y las jóvenes que viven esta experiencia que hay muchos otros que comparten estas inquietudes. Además, las campañas reconocen y empatizan con este joven exigido y lo invitan a relajarse y distraerse con los productos que ofrecen. Se observa así, que la publicidad intenta mostrarse comprensiva con los y las jóvenes, buscando elementos con los cuales éstos se identifiquen. Esto corresponde a una estrategia publicitaria que muestran al producto como “aliado” del consumidor.

A diferencia de la ingenuidad que se le atribuía anteriormente a los y las jóvenes, actualmente la publicidad los representa como protagonistas, como sujetos reflexivos capaces de influir y tomar decisiones. Se muestra a un joven más inteligente, con mayor sentido del humor, con aspecto “común y corriente”, dejando de lado a los modelos perfectos. Además, se les retrata como preocupados por cosas importantes y no por temas frívolos.

³ Lamentablemente la mayor parte de esta información es de carácter privado y, por ende, de difícil acceso.

En este sentido aparecen las preocupaciones por los estudios, el futuro, la familia, pareciendo incluso, en algunos aspectos, como una generación más tradicional de lo que se cree. Así, por ejemplo, se produce un retorno o regreso al núcleo familiar, que se acentúa por el hecho de que gracias a las nuevas tecnologías, todo puede estar en la casa. Por otro lado, los y las jóvenes se representan como más cercanos a la familia valorando más este espacio que antes y que se asocia al fenómeno de “alargar la juventud”, es decir, que los y las jóvenes están postergando cada vez más el tomar responsabilidades clásicamente consideradas adultas por razones de estudio, trabajo, postergación de la decisión de conformar familia propia u otras, y suelen permanecer más tiempo en sus hogares de origen (“nueva moratoria”).

En general existen algunos elementos comunes en la publicidad dirigida hacia los y las jóvenes a pesar de su fragmentación social, económica y de carga de responsabilidad. Entre estos aspectos comunes, se observa el interés por la música, la tecnología y la manera de distraerse y divertirse (“el carrete”). La tecnología y la música aparecen como elementos que acompañan a los y las jóvenes en su vida cotidiana, entregándoles múltiples opciones de elección (acceso a las oportunidades) e infinita información. Este aspecto de la multiplicidad de opciones es una dimensión fuertemente vinculada a la noción actual de juventud entendida con una diversidad y simultaneidad de alternativas, asociado a una movilidad permanente y que el discurso social actual relaciona directamente con la libertad.

Además, lo juvenil, desde la publicidad, se ha desvinculado de los y las jóvenes como sujetos transformándose en un objeto de consumo en sí mismo. Así, lo juvenil se ha mercantilizado y ha pasado a ser un “atributo que se vende y compra”. Esta adoración por lo juvenil ya desembarcó en Chile, lo cual se refleja en la juvenilización.

Finalmente, con respecto al resguardo y protección de la imagen de la juventud en la publicidad, se aprecia que, al igual que en la televisión, no existen políticas públicas definidas respecto a los y las jóvenes como sujetos de derecho que protejan su imagen pública de la discriminación.

c. Imagen, medios de comunicación y jóvenes

Respecto a los medios de comunicación y la publicidad es posible concluir que consideran la noción de juventud según su carga de responsabilidad. Tanto desde los canales de televisión como desde las agencias de publicidad, se diferencia claramente a los y las jóvenes por no estar insertos en el mundo adulto, con las responsabilidades de trabajo y familia, que ello implica. El joven es aquel que ya tiene cierta autonomía y libertad, pero no se ha independizado totalmente de la familia de origen.

Por otra parte, los y las jóvenes en el último tiempo han sido considerados como un grupo de interés para los medios, ya que se intenta conocer sus comportamientos y gustos, para así mostrar una imagen más



creíble y auténtica de lo que es la juventud chilena actual. Los medios de comunicación muestran a la sociedad sus debilidades y defectos para el resguardo, precauciones y riesgos que debe tener el mundo adulto, y sus familias en particular.

En las sociedades contemporáneas los y las jóvenes son los que marcan la pauta generando modas y cambios que orientan el seguimiento de estos patrones a otros grupos sociales. Sin embargo, como ya se mencionaba, son más bien los atributos juveniles aquellos que son considerados positivamente en las imágenes, más que los y las jóvenes propiamente tales. Esta característica se visualiza en la generalización del mandato por la juvenilización de la sociedad tanto en la esfera psicológica como en el cuerpo. En estos términos, “lo joven” en un sentido abstracto sigue estando de moda y se vende como un atributo en sí mismo” (Rodríguez, 2002:80). Lo juvenil, en un sentido estricto, se relaciona con una característica propia de las sociedades contemporáneas: “la cultura del cuerpo”.

En base a lo que transmiten los programas de televisión y las campañas publicitarias, en definitiva, queda en evidencia que no hay una sola, sino que múltiples imágenes de juventud: “de ahí que en el término genérico de cultura juvenil queden subsumidas diversas culturas, con diferentes modos de comportamiento y estilos de vida, y en continua interrelación dialéctica” (Rodríguez, 2002:20).

En la actualidad se tiene en cuenta que se trata de un grupo muy heterogéneo lo cual puede resultar problemático para la televisión al momento de definir su parrilla programática hacia este grupo de edad, que es un gran consumidor de estos medios. Sin embargo, se reconocen elementos comunes a la mayoría de los y las jóvenes, desde los cuales los medios de comunicación construyen su discurso y contenidos para, posteriormente, dirigirse hacia ellos. El más importante de estos elementos es la música: “La música es de todas estas formas de expresión, la más pura y elevada, el asidero al que se aferran las subculturas más marginales” (Rodríguez, 2002:21).

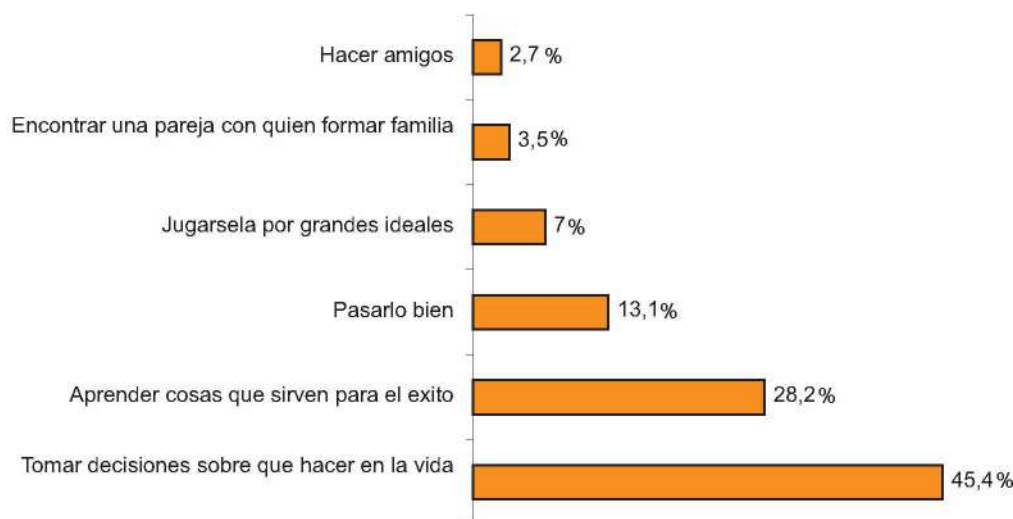
En general, se aprecia la presencia en la publicidad, de un joven más reflexivo que antes, esforzado, que se preocupa de aspectos importantes (tales como la familia y los estudios), lo que contribuye a descentrar la imagen peyorativa del calificativo de “joven light” y la estigmatización del joven con la frase “no estoy ni ahí”. Sin embargo, la relevancia de la imagen negativa del género informativo respecto a los y las jóvenes, tiende a predominar en el espacio televisivo, en el que muchas veces cae en estigmatizaciones y estereotipos de juventud. A menudo los medios generan una “polarización de estereotipos: presentación de una imagen sublimada, de admiración superficial, externa y hasta ‘frívola’ sobre lo joven, por un lado, y representación del mundo del joven, asociada a lo sensacionalista, conflictivo o escandaloso, por el otro” (Rodríguez, 2002:69).

4. Noción de juventud desde los y las jóvenes

Existe una cierta dificultad metodológica para identificar las características que los propios sujetos reconocen en sí mismos y al mismo tiempo que sean generalizables a una cierta población. Para efectos de este Informe se realiza un análisis de la autopercepción de la juventud utilizando la información disponible de la Cuarta Encuesta Nacional de Juventud, realizada por el INJUV el año 2003.⁴

En primer lugar, al momento de consultar a los y las jóvenes acerca de aquella definición que mejor representa lo que define la juventud, destaca una idea modernizadora de la misma (Gráfico N°1). La juventud es mayoritariamente considerada un periodo de toma de decisiones y de aprendizaje de instrumentos útiles para lograr una inserción social exitosa. Cabe destacar que aspectos tales como el placer, la sociabilidad y el compromiso con los ideales ocupa un lugar reducido. Si bien las alternativas no son excluyentes en sus contenidos y no implican una desafección respecto a estas alternativas, como de hecho muestran las investigaciones cualitativas, las respuestas muestran el peso de la deseabilidad y de ciertos mandatos sociales que eventualmente pueden generar malestar y crisis de expectativas a mediano y largo plazo. Respecto a esta tendencia, destaca la escasa diferencia según sexo, edad y nivel socioeconómico.

Gráfico 1: ¿Qué representa mejor lo que es la juventud para ti?



Fuente: INJUV, Cuarta Encuesta Nacional de Juventud (2003).

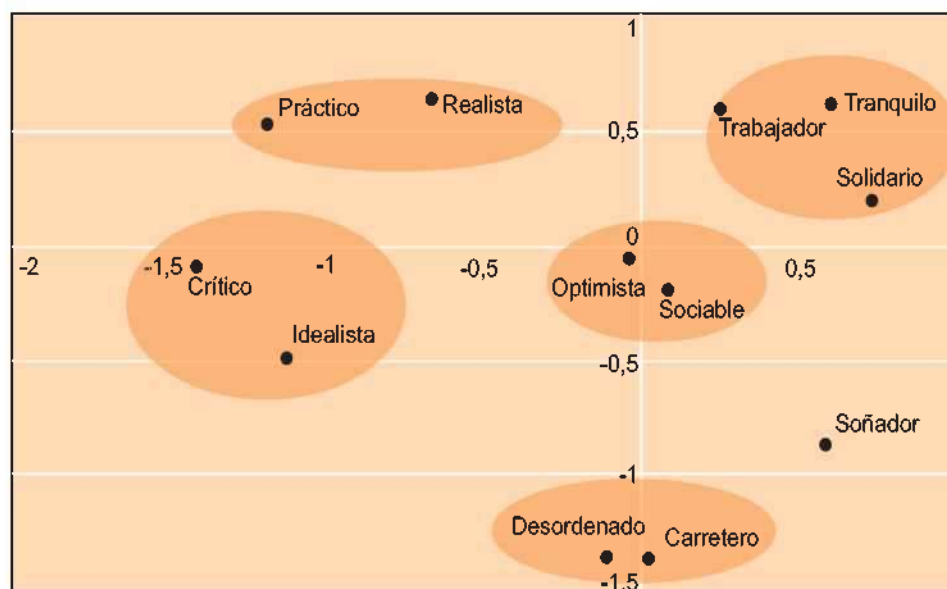
Para el grupo de los y las preadolescentes, el 56% considera que la juventud es un periodo para aprender cosas para el éxito en la vida, para el 23% es un periodo para tomar decisiones sobre qué hacer en la vida, mientras que un escaso porcentaje señala que es para pasarlo bien o jugársela por los ideales. Estas opiniones se radicalizan a menor edad, ya que alrededor del 60% de los y las preadolescentes de 13 y de los de 14 años, señalan que la juventud es un periodo para aprender cosas para el éxito⁵.



La definición de la juventud en estos términos evidencia una visión de esta etapa vital extremadamente instrumental y que eventualmente podría hacer pensar acerca del potencial malestar subjetivo ligado a estas definiciones tan estructuradas respecto del futuro juvenil propiamente tal, incluso de este momento de término de la infancia.

En segundo lugar, al interrogar a los y las jóvenes respecto a las características que más los representan, éstas tienden a aglutinarse en cinco grupos distintos, como se aprecian a continuación⁶:

Gráfico 2: Características que representan a los y las jóvenes



Fuente: INJUV, Cuarta Encuesta Nacional de Juventud (2003)

En el gráfico N° 2 es posible observar las posiciones de las características que representan a los y las jóvenes en un plano que las agrupa según su cercanía. Un primer grupo se compone por las características: trabajador, tranquilo y solidario, las cuales fueron frecuentemente nombradas por los y las jóvenes a la hora de identificarse con algunas de ellas (40.5%, 26.5% y 33.4% respectivamente). El adjetivo “trabajador” es el más mencionado por los y las jóvenes y tiende a aumentar como atributo con el cual ellos se identifican, a medida que aumenta la edad.

¹ La encuesta fue realizada a 7.189 jóvenes entre 15 y 29 años a lo largo del país, y por primera vez tiene resultados representativos a nivel regional.

² INJUV-ISPAP, “Caracterización del tránsito infanto-juvenil del periodo de los 11 – 14 años”. En *Prácticas y estilos de vida de los y las jóvenes del siglo XX*. Estudios del INJUV. Volumen N°3. Santiago 2005.

⁶ Se realizó un análisis de correspondencia múltiple, con lo cual se obtuvo la posición de las diferentes características en el plano. Para este análisis se obviaron las características mencionadas por menos de un 10% de los y las jóvenes, para evitar obtener resultados influenciados por estos casos. Al observar los resultados, es posible identificar aproximadamente cinco grupos de características, para lo que se realizó un análisis de conglomerado para identificar los centros de cada agrupación.

Por otra parte, destaca el hecho que a menor nivel socioeconómico un mayor porcentaje de jóvenes se identifica con dicha característica, lo cual refleja que el atributo “trabajador” constituye una dimensión crucial en los procesos de identidad de jóvenes que se están orientando hacia la vida adulta y la inserción laboral a mayor edad. Asimismo, constituye un eje central entre los y las jóvenes más pobres, para quienes el ser trabajador pasa a ser parte de su condición social o situación de vida.

La característica “solidario”, por su parte, es un atributo con el cual se identifican más las mujeres jóvenes. Además, a menor nivel socioeconómico se aprecia una mayor autoatribución de la solidaridad como característica juvenil al igual que el atributo “tranquilo”. En definitiva, los y las jóvenes de nivel socioeconómico más bajo son los que en mayor medida se identifican y constituyen este grupo como trabajadores, tranquilos y solidarios, autoasignándose una mayor relación con las características del esfuerzo, la preocupación por los demás y la tranquilidad.

Un segundo grupo está formado por aquellos que se autoperciben como jóvenes realistas y prácticos (27.2% y 12% respectivamente), características que se asocian a un joven “con los pies en la tierra”. Cabe destacar que los jóvenes hombres, de mayor nivel socioeconómico y de mayor edad, son los que en mayor medida se identifican como prácticos, mientras que las mujeres tienden a identificarse en mayor porcentaje con ser realistas.

Estos dos grupos reflejan el perfil del joven que tiende a entregar una definición moderna de la juventud: se trata de un joven para quien la juventud es una etapa para tomar decisiones sobre qué hacer en la vida y para aprender cosas que sirvan para el éxito. Además, los y las jóvenes consideran que para tener éxito en la vida hay que ser constantes y trabajar responsablemente, y que para ser feliz es condición *sine qua non* construir una buena familia, desarrollarse como persona y tener un buen trabajo o profesión. Esto se relaciona con la noción de juventud como una etapa de transición, donde los y las jóvenes se preparan para entrar a la etapa adulta y toman decisiones pensando en su futuro como adultos.

Un tercer grupo reúne las características de un joven crítico e idealista, que refleja a un tipo de joven que podría asemejarse a los y las jóvenes de los sesenta: luchadores, ideológicos y rebeldes. Ambas características fueron mencionadas por un porcentaje menor de jóvenes (13.3% y 15.9% respectivamente), lo cual demuestra que actualmente este perfil de joven tiene una menor presencia en los procesos de autoidentificación debido al mayor énfasis en la dimensión pragmática de las preocupaciones y prioridades. Son los hombres y los jóvenes de nivel socioeconómico más alto quienes más se identifican con este grupo crítico e idealista. Si hipotetizáramos que el criticismo e idealismo se relacionan con elementos básicos que facilitan el cambio social -entendido en términos tradicionales- obtendríamos que este potencial, al menos en términos de autodefinición, opera más en procesos de identidad a mayor nivel socioeconómico.



Las características “optimista” y “sociable” conforman el cuarto grupo y son atributos de alta autoasignación entre los y las jóvenes (23.1% y 31.4% respectivamente). Estas definiciones representan al joven que se concibe en base a características positivas respecto a la vida y de la sociabilidad. Esta noción de juventud articula dos vertientes tradicionalmente ligadas a lo juvenil: por una parte, lo juvenil como una actitud hacia la vida (joven vital, alegre, jovial, que habla de lo que tiene porvenir y futuro) y, por otra, la dimensión del grupo de pares y la amistad. Mientras que los hombres se declaran más optimistas que las mujeres, respecto a la sociabilidad el mayor porcentaje lo presentan las mujeres, de mayor grupo socioeconómico, de menor edad y que tienden a ser estudiantes. Esto concuerda con que los y las jóvenes de mayores recursos y menor edad, tienen menor carga de responsabilidad, por lo tanto pueden presentar en mayor medida conductas lúdicas, desprovistos de grandes preocupaciones.

Finalmente, se puede observar un quinto grupo compuesto por los y las jóvenes “desordenados” y “carreteros”. Estas características no son mencionadas por un alto porcentaje de jóvenes (13.3% y 10.2% respectivamente), aspecto que indica que se trata de un grupo minoritario el que se identifica predominantemente con estas características.

Esta modalidad de autodefinition, ciertamente influida por procesos de deseabilidad social, reafirma el hecho de que los y las jóvenes tienen mayoritariamente una autopercepción positiva y que se conciben más como jóvenes con intención de integrarse en la sociedad y el mundo adulto, que como jóvenes cuyo eje de preocupación está centrado en los aspectos más lúdicos, y sin reparar en los límites y el control social. Se puede destacar el hecho de que los y las jóvenes que más se identifican con ambas características (desordenado y carretero) son hombres y de menor edad. Además, entre los y las que se consideran desordenados, aumenta la identificación a mayor nivel socioeconómico.

En este sentido, esta noción general de juventud se distancia absolutamente de la noción de juventud como problema que se consolida en los años '90 y que asocia a los y las jóvenes a “conductas desviadas” como el consumo de alcohol, drogas y delincuencia.

Sin embargo, al mismo tiempo, al consultarles por los principales problemas que afectan a los y las jóvenes, sitúan en primer lugar, los problemas vinculados al acceso y al consumo de alcohol y de drogas, la falta de oportunidades y la violencia. Cabe destacar, sin embargo, que estos problemas son asociados como problemas de los y las “jóvenes”, de la “juventud”, como si se hablase de un otro distinto.

En consecuencia, los y las jóvenes hacen parte de sí ambas nociones de juventud: una predominante, visibilizada y difundida ampliamente respecto a su condición de problema y, por otra, aquella que los considera como un grupo que presentan una orientación hacia el esfuerzo y preocupación por aquellas

cosas que consideran importantes para su futuro. Esta última visión es la que tiende a predominar en la autopercepción de los y las jóvenes chilenos.

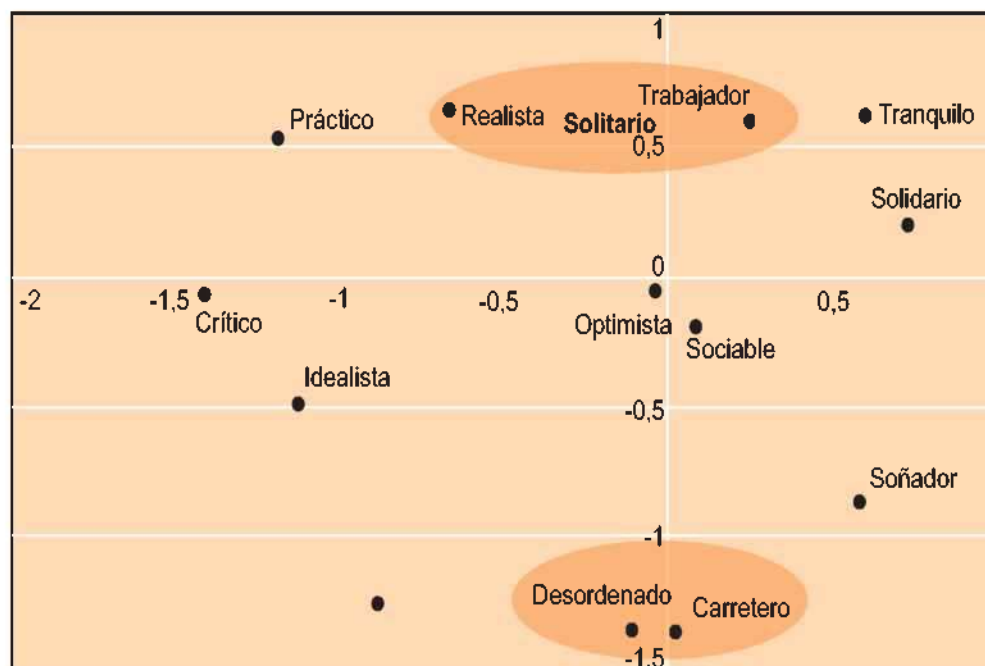
Por otra parte, la definición de la juventud está íntimamente ligada a la relación con el grupo de pares y la sociabilidad. Las autodefiniciones de los y las jóvenes en términos de “solitario” y de “carretero” constituyen dos polos netos de esta dimensión, interesante de profundizar.

En el primer polo de la sociabilidad, la característica “solitario”, es mencionada por sólo por un 8% de jóvenes, porcentaje que si bien es menor, requiere profundizar su nexo con otras características en términos de autodefinición. Por ello se incluye en el análisis por tratarse de un concepto que permitiría identificar a un tipo de joven particular.

En el Gráfico N° 3, la característica “solitario” aparece cercana a “trabajador” y a “realista”, por lo cual sería posible configurar un nuevo grupo identitario formado por las características: “realista”, “solitario” y “trabajador”. Esta nueva configuración permite reflejar no sólo a un joven esforzado y “con los pies en la tierra”, sino que además, indicaría a un sujeto que estaría alejándose de la sociabilidad y de las relaciones de amistad, características propiamente juveniles. Si se analiza más detalladamente la característica “solitario”, se observa que las mujeres y los jóvenes de menor nivel socioeconómico se identifican en mayor medida con ella.



Gráfico 3: Características que representan a los y las jóvenes



Fuente: INJUV, Cuarta Encuesta Nacional de Juventud (2003).

En el otro polo de la sociabilidad, la característica “carretero”, por otra parte, se encuentra muy cerca del atributo “desordenado”, formando el grupo que eventualmente podría ser denominado “jóvenes problema”. Cabe destacar que los y las jóvenes carreteros se alejan de la característica de sociabilidad, lo que podría reflejar que este joven representa un exceso de sociabilidad, característica que pasa a tener una connotación negativa. Además, el atributo “carretero” se encuentra relativamente cerca -en el plano- a la de soñador, lo que muestra al grupo formado por los y las jóvenes desordenados, carreteros y soñadores como opuesto al grupo de jóvenes realistas, trabajadores y solitarios.

En relación a la heterogeneidad social (Cuadro N°1), destaca el hecho de que para la mayoría de los y las jóvenes la diferencia de género no tiene mayor relevancia, ya que uno de cada dos jóvenes considera que los jóvenes hombres piensan y actúan de manera similar a las mujeres. Las diferencias más importantes que se verifican son según nivel socioeconómico y al momento de compararse intergeneracionalmente. En otras palabras, hay mayor distinción entre los y las jóvenes de distintos grupos socioeconómicos (uno de cada cinco opina en esta línea) que entre jóvenes y adultos (uno de cada cuatro) que entre hombres y mujeres jóvenes (uno de cada dos).

Cuadro 1

Acuerdos en diferencias entre jóvenes y con los adultos		
	De acuerdo	En desacuerdo
Los y las jóvenes de clase baja piensan de manera parecida a los de clase alta	17,5 %	82,5 %
Los y las jóvenes piensan y actúan de manera parecida que los adultos	25,8 %	74,2 %
Las mujeres jóvenes piensan y actúan de manera diversa a los hombres jóvenes	51,7 %	48,3 %
Los y las jóvenes son responsables de sus acciones	44,2 %	55,8 %

Fuente: INJUV, Cuarta Encuesta Nacional de Juventud (2003).

Además, es relevante señalar que un alto porcentaje de jóvenes (55.8%) considera que los y las jóvenes no son responsables de sus acciones. El alto acuerdo con esta afirmación llama la atención si se compara con el perfil de joven con que se identifica la mayoría y que se caracteriza por las cualidades de “trabajador” y “responsable” y que además define la juventud como un periodo para tomar decisiones y aprender. Esto se puede interpretar como una modalidad de autodefinición desde el discurso del otro en el cual ellos se identifican con la dimensión de búsqueda de la integración e inserción social para la cual se requiere las cualidades de “trabajador” y “responsable”, mientras desde la dimensión del discurso que resalta los aspectos anómicos de la juventud perciben a “los y las jóvenes” como “irresponsables”.

5. Conclusiones

Si bien la noción de juventud ha presentado modificaciones importantes en el curso de los últimos cuarenta años, éstas se anclan en ciertas dimensiones constantes que se enfatizan en modo diferencial en algunos momentos: cambio/estabilidad, anomia/orden social, individualismo/colectivismo, hedonismo/sacrificio, riesgo/seguridad, entre otras.

En este marco las imágenes de lo juvenil tienden a reducirse y a generar estereotipos que orientan los sentidos sociales. En los años '60 emerge de manera masiva la imagen del joven estudiante contestatario, rebelde y apasionado que lucha por las causas sociales, cuyo campo de acción es la arena política y la articulación de redes de acción social dirigidas al cambio de la sociedad. El estudiante es el icono de reconocimiento de lo juvenil desde la sociedad y el Estado chileno.

En los '80 surge una imagen crucial en escena: el joven urbano popular que protesta ante el régimen militar, encarnando la crítica a la exclusión social, política y económica de un importante sector social. Esta imagen tiene una doble vertiente: esperanzadora y dirigida al movilizar fuerzas de cambio, y la



dimensión anómica y problemática de estos jóvenes. Esta última se convierte en foco de estudio de las ciencias sociales, de acción de algunas organizaciones no gubernamentales y de represión por parte de las políticas de control social policial.

Los '90, en cambio, observan la presencia de varias imágenes coexistiendo. Por una parte, se recrudece la imagen del joven problema y se articula a la delincuencia, las drogas y la violencia social. Las políticas públicas, las ciencias sociales y, especialmente, los medios de comunicación colaboran en este proceso. Por otra parte, el nacimiento del INJ subraya el reconocimiento de un joven lúdico, legitimando la orientación juvenil al ocio y al tiempo libre, como parte importante y necesaria para el desarrollo del sujeto juvenil; por lo tanto, el contar con un adulto “más productivo” para la sociedad y mejor habilitado para aprovechar las oportunidades y tener una mejor calidad de vida.

Asimismo, los '90 y el retorno de la democracia evidencian elementos crecientes de distanciamiento con la esfera política y pública del sujeto juvenil, en el marco de las dificultades del sistema político para integrar en forma efectiva la voz y voto juvenil, aspectos que se plasman en la imagen del joven apático. Del mismo modo, se mantiene la imagen del joven en búsqueda de su propia identidad en un proceso de construcción de biografía en la lógica de la individualización: educación terciaria e inserción laboral son los ejes cruciales de estas búsquedas. Los medios de comunicación, la publicidad y las políticas sociales han colaborado activamente en estas imágenes de lo juvenil.

Los y las jóvenes definen la juventud en términos modernos, es decir, como un período para tomar decisiones importantes y para realizar aprendizajes significativos. Esta definición instrumental en los procesos de autoidentificación con las características de “trabajador”, “solidario” y “tranquilo”, que se asocian al grupo de jóvenes más pobres. Las características “realistas” y “prácticos” se asocian a niveles socioeconómicos más altos, a mayor edad y a jóvenes hombres, mientras que el grupo que se identifica con la clásica dimensión “crítico” e “idealista” es más bien menor y aglutina a jóvenes de niveles socioeconómicos altos. El optimismo y la sociabilidad se relacionan con jóvenes que presentan una menor carga de responsabilidad y, en consecuencia, con los más jóvenes, en tanto que la autodefinición de “desordenados” y “carreteros” es definitivamente bajo en preferencias y agrupa especialmente a jóvenes hombres adolescentes.

Tanto en las percepciones de la sociedad como en las representaciones que los y las jóvenes tienen de sí mismos, aunque en menor escala, resalta la sobre representación de imágenes negativas que circulan en el discurso social respecto de la juventud. El capítulo muestra que las imágenes de lo juvenil ocupan un lugar específico dependiendo de las características y énfasis de los discursos sociales predominantes.

La juventud de hoy dispone de más posibilidades y recursos para la construcción de sus proyectos de vida que las generaciones anteriores. No obstante, vivimos en una sociedad más compleja, donde aún es alto el riesgo de no lograr construir el futuro que se desea.







CAPÍTULO 2. UN NUEVO PAÍS EN CONSTRUCCIÓN. LAS LUCES Y LAS SOMBRAS DE LAS TRANSFORMACIONES SOCIOCULTURALES EN CHILE

El objetivo de este capítulo es describir el nuevo país en que las actuales generaciones viven su juventud.



En estos días, constituye un lugar común de los discursos políticos y sociales afirmar que Chile ha cambiado fuertemente en los últimos 16 años. Para casi cualquier observador informado, el Chile del año 2005, con su democracia reconstruida, sus inversiones en infraestructura, su sistema económico orientado a la exportación, su nueva estructura demográfica, entre otros cambios, tiene pocos puntos de similitud con el Chile de principios de los años 80. De la misma manera, los problemas que enfrentaba y las posibilidades que ofrecía el país a sus ciudadanos en ese entonces, eran muy distintos a los de hoy.

Los expertos en juventud tampoco dudan que estas transformaciones tienen un fuerte impacto en las condiciones y posibilidades en las cuales los y las jóvenes deben construir su biografía, estructurar su identidad y cumplir sus metas vitales. De hecho, ya existe una generación de chilenos que han nacido y se han desarrollado en los gobiernos de la Concertación en un ambiente democrático y de expansión económica, y otro grupo que ha podido experimentar las diferencias entre los '80 y los '90, generando gran heterogeneidad al grupo comprendido entre los 15 y 29 años que se define como joven.

Por esas razones, el carácter “novedoso” del Chile actual no tiene por qué ser asumido conscientemente por los y las jóvenes chilenos, principalmente por los grupos de menor edad, grupo sobre el cual han estado focalizados los principales programas y acciones del Estado.

Los y las jóvenes construyen su identidad en el día a día, hecho que de cierta forma imposibilita su reflexión consciente sobre las características y especificidades del Chile de comienzos del siglo XXI, ni tampoco tienen necesariamente imágenes claras y definidas respecto de las condiciones en que vivían y vivieron sus congéneres de generaciones pasadas.

Entonces, si la vivencia social juvenil es, al menos en parte, atemporal, ¿qué sentido tiene hacer un relato de las transformaciones experimentadas por el país en el marco de un Informe Nacional de Juventud?. Dicho esfuerzo se justifica desde tres puntos de vista:

En primer lugar, si bien una parte de los y las jóvenes no son conscientes de las transformaciones que ha vivido el país en los últimos decenios - siempre han vivido en un contexto democrático y de expansión económica -, esos cambios sí han sido registrados en la memoria e historias de vida de las anteriores generaciones, e influyen en la percepción que los adultos tienen respecto a como “deberían ser” los y las jóvenes de hoy, mediatizado por las posibilidades que la situación actual les brinda.

En este sentido, parte de la tradicional incomprensión generacional puede tener su origen en esta diferente percepción de la temporalidad.

En segundo lugar, estudiar los cambios experimentados por el país permitirá tener una mayor claridad respecto de cuáles son las características que permiten describir a la juventud actual en contraste con las otras generaciones, separando estas propiedades de aquellas que en realidad son compartidas con los adultos. En relación a esto, muchas veces se describe a la juventud en función de aspectos que no siempre son exclusivos de los y las jóvenes, sino que recorren a casi toda la sociedad (como por ejemplo, el desinterés por los temas políticos). El sentido de es ejercicio será ayudar a desmitificar la descripción de “lo juvenil” en el país, evitando atribuir a los y las jóvenes características que en verdad son propias de un marco cultural general.

En tercer lugar, comprender la situación del Chile actual a la luz de sus transformaciones culturales, ayuda a concebir mejor el medio en el cual los y las jóvenes deben construir su propia biografía. Eso permitirá entender más claramente sus desafíos, sus demandas por derechos, sus preferencias, etc. y contextualizará la forma en que el Estado de Chile puede contribuir a que la juventud sea vivida de la manera más plena y satisfactoria posible.

Finalmente, si bien casi nadie niega la ocurrencia de grandes transformaciones en Chile y que estos cambios socioculturales modifican la forma en que se vive la juventud, no existen acuerdos en dos aspectos cruciales de estos fenómenos:

a. En primer lugar, no existe acuerdo respecto de la forma en que es posible interpretar en forma global y comprensiva estos cambios. De hecho, para unos constituyen un signo de modernización y desarrollo, mientras que para otros sólo constituyen una reacomodación de las relaciones de dominación, entre otras posibles interpretaciones.

b. En segundo lugar, tampoco existe acuerdo respecto de cuáles son los ejes más relevantes del proceso de transformación. Mientras algunos ponen el acento en la disminución de la pobreza y el aumento de las posibilidades de consumo, otros se enfocan en la mantención de las brechas socioeconómicas o en los cambios político institucionales. Asimismo, mientras algunos investigadores centran la mirada en los avances que se han registrado, otros enfatizan solamente los rezagos, olvidos o nuevos problemas originados por el mismo desarrollo.

Es por esto que en este capítulo se intentará dar una mirada comprensiva y global del proceso de transformaciones socio culturales chilenas de los últimos 20 años, y de las formas de interpretar este proceso, con el fin de establecer el nuevo contexto histórico en el cual los y las jóvenes deben construir y desplegar sus biografías. Las especificidades relacionadas con la realidad juvenil se abordan en los capítulos 3 y 4.



1. Transformaciones Socio – Demográficas:

Todas las mutaciones que puede experimentar un conglomerado social tienen su base en la reserva biológica de dicha agrupación. En definitiva, son las personas las que constituyen las sociedades humanas y los sucesos a nivel bio-social son muy relevantes para comprender su evolución económica, social y psicológica.

Por ello, este recuento comenzará dando una rápida cuenta de las principales modificaciones que ha experimentado el país en la dimensión demográfica, las cuales pueden ordenarse en tres grandes temas:

a. Cambios en el volumen y composición de la población:

La población chilena ha continuado aumentando en los últimos años. Entre 1992 y 2002 hay 1,7 millones habitantes más en Chile, alcanzado 15,1 millones de personas¹.

No obstante, este aumento poblacional se realiza a un ritmo claramente decreciente, es así como entre 1980 y 1992 se creció a un promedio de 1,6% anual, mientras que entre 1992 y 2002 la tasa de aumento poblacional fue tan sólo 1,2% anual.

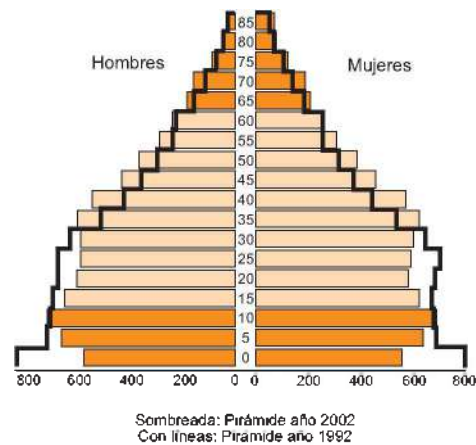
Esta tasa decreciente se explica principalmente por la disminución de las tasas fertilidad de la población: es así como se pasa de una media de 2,34 hijos por mujer en el año 1992, a 2,26 hijos por mujer el año 2002.

La disminución de la fertilidad se ha dado en un contexto de un aumento de la esperanza de vida, por lo tanto se registra un claro envejecimiento de la población.

Como síntesis global, en el siguiente gráfico se puede observar como se ha transformado entre 1992 y 2002 la pirámide de la población chilena a consecuencia de estos cambios. Se aprecia que la población se asemeja cada vez más a una ojiva, imagen característica de la fase de “envejecimiento” de la transición demográfica.

¹ Véase en INE, Censos de Población y Vivienda de los años 1992 y 2002

**Gráfico 1: Pirámide de edades en Chile
años 1992 y 2002**



Fuente: INE, Elaboración propia a partir de datos de los Censos de 1992 y 2002.

b. Cambios migratorios:

La sociedad chilena a tenido tradicionalmente bajos niveles de inmigrantes extranjeros. Es así como en el año 1992 sólo el 0,8% de la población en Chile había nacido en otro país (lo anterior implicaba la presencia de 105 mil inmigrantes).

Por contraposición, en el año 2002 el Censo de Población y Vivienda detectó la presencia de más de 184 mil extranjeros, que representan ahora el 1,2% de la población nacional.

Si bien esto implica que aún los inmigrantes constituyen sólo una pequeña parte de la población nacional, debe notarse que en 10 años aumentó en un 75% el número de extranjeros en el país.

Además, el origen de estos extranjeros ha cambiado, en el año 1992 el 55% de éstos provenía de América Latina, frente al 68% del año 2002. Esto implica que Chile se ha hecho un lugar más atractivo para la emigración de países más cercanos.

c. Cambios en la organización espacial y familiar de la población:

Paralelamente a estos cambios cuantitativos, la población chilena ha cambiado su forma de organización, tanto en relación a la ocupación del territorio, como en su organización familiar.



Con relación a la ocupación del territorio chileno, en estos últimos años se ha profundizado el carácter urbano de la población de Chile. Si bien el año 1992 este proceso ya se encontraba bastante avanzado con un 83,5% de la población chilena viviendo en áreas urbanas, hoy en día este porcentaje ha aumentado hasta el 86,7%.

Por su parte, con respecto a la organización familiar de la población, los chilenos y chilenas han continuado evolucionando hacia una estructura de familias nucleares, de tamaño pequeño y con menores niveles de formalización legal. De esta forma, el número promedio de personas por familia ha descendido desde 4 personas por hogar en el año 1992, a 3,5 en el año 2002.

Parcialmente responsable de esta disminución es que en un contexto de amplio predominio de familias nucleares (las que constituyen el 57% de los hogares), aumentan levemente las familias unipersonales (que pasan de 3,2% en 1992, a 4,3% en el año 2002), disminuyendo en casi la misma proporción las familias extensas (las que pasan de ser un 23,4% de las familias en el año 1992, a 21,9% en el 2002).

El menor grado de formalización de estas uniones familiares se refleja en que las familias fundadas en lazos de matrimonio formal pasan de 51,8% en el año 1992, al 46,2% en el 2002, y las uniones basadas sólo en la convivencia aumentan desde el 5,7% al 8,9% entre el año 1992 y el año 2002.

Todos estos cambios constituyen el sustrato biológico social sobre el que se han dibujado las transformaciones sociales y psicosociales que ha vivido Chile en los últimos años y que se reseñan a continuación.

2. Transformaciones Político-Institucionales

Un eje clave de las transformaciones que ha experimentado Chile en los últimos 20 años tiene relación con una lenta, aunque progresiva, construcción o reconstrucción de un sistema político cada vez más democrático.

Es así como poco a poco se han ido desmontando los mecanismos de control que el proyecto institucional militar – gremialista instalaron en la constitución de 1980 y en otras reglamentaciones, con el fin de tutelar y restringir la capacidad de acción de la democracia.

En este sentido, la aprobación de las últimas reformas constitucionales que significan el fin de la inamovilidad de los Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas y el término de los Senadores Designados, entre las más importantes, representa un paso más en este extenso y exitoso proceso.

En el mismo tenor se puede señalar el progresivo dismantelamiento de las defensas político – legales, que impedían el investigar y juzgar a los principales responsables de las violaciones a los derechos humanos. Ciertamente que no todos los responsables de violaciones han sido juzgados, y menos de ellos han sido condenados, pero también se debe reconocer que ha ido aumentando el número de personas responsables de estos hechos que han pasado por la cárcel, o al menos por largos procesos legales.

Un importante complemento histórico – simbólico se ha logrado instalar como verdad oficial la existencia de injustificables violaciones a los derechos humanos durante la dictadura militar, de tal manera que prácticamente ningún actor político niega este hecho o lo justifica.

La ventaja de la mirada a largo plazo, al finalizar el tercer gobierno de la Concertación de Partidos por la Democracia, permite comprender que no eran ciertos los temores de quienes, desesperando por la lentitud de estos avances democratizadores, afirmaban que la Concertación sólo estaba administrando un sistema no democrático imposible de modificar.

Claramente tanto la influencia de hechos puntuales (detención de Augusto Pinochet en Londres, Informes de Derechos Humanos, descubrimiento de enterramientos ilegales, entre otros), como la labor sistemática de los políticos de la Concertación y los acuerdos con la derecha liberal, han logrado ir desmontando el edificio tan sólidamente diseñado para proteger a la democracia de sí misma.

En esta breve síntesis cabe señalar que un aporte muy relevante a este proceso ha estado constituido por la forma en que los políticos han actuado en su rol de elite dirigente.

Es así como la gran mayoría de los políticos chilenos, alejándose de los grandes metarrelatos y de la búsqueda de hegemonías político – culturales que caracterizó su acción desde los años 60, han optado por una actitud más pragmática, negociando acuerdos, más que imponiendo su posición y opiniones a sus adversarios.

Esta actitud de flexibilizar plazos y ser capaces de negociar perspectivas para el logro de objetivos en pos de la gobernabilidad y desarrollo, ha posibilitado una reconstrucción democrática sin grandes traumas.

Finalmente, se debe reconocer el papel que ha jugado la ciudadanía en todo este proceso. Los ciudadanos, independiente de las opiniones que han podido expresar en encuestas u otros medios, han desarrollado patrones conductuales legitimadores del sistema democrático, como se puede deducir de la altísima inscripción en los registros electorales para el plebiscito del año 1988 y las altas tasas de participación electoral de quienes se encuentran inscritos en los registros electorales.



Es así como, según información del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, en promedio el 84% de la población con derecho a voto está inscrita en los registros electorales y ejerce efectivamente este derecho casi el 75% de dicha población, siendo este último indicador claramente superior al promedio de participación en América Latina y superior al nivel de participación previo a 1973 (Navia, 2002).

Sin embargo, si estos cambios no son suficientes para explicar la sensación de frustración e impaciencia que predomina en algunos grupos sociales. Para entender ese conglomerado de sensaciones críticas cabe destacar las dificultades que ha experimentado y continúa experimentando el proceso de transformación democrática, que se desenvuelve en un contexto internacional y nacional, cuyos resultados generan cierto “malestar” en sectores sociales.

Estos problemas se pueden sintetizar en 4 grandes temas:

a. La relativa lentitud del proceso democratizador: a pesar de los avances que arriba se reconocen, este tránsito hacia una democracia desarrollada no ha sido tan rápido como algunos hubiesen querido (16 años, tres gobiernos), es decir, sueños y expectativas versus realidades concretas y específicas.

Además, el proceso está aún lejos de completarse, ya que, por ejemplo, el sistema electoral aun está regido por un sistema binominal que produce altas tasas de desproporcionalidad electoral (es decir, de diferencia entre escaños y votos obtenidos por los partidos políticos) y de votos ganados por partidos políticos que finalmente no obtienen representación parlamentaria (la segunda más alta de Latinoamérica, según el informe del PNUD 2004 respecto a la democracia en América Latina).

Estos indicadores, más otros relacionados con la debilidad de los mecanismos de democracia “desde abajo” o “deliberativa” (plebiscitos vinculantes, por ejemplo), con la existencia de un sistema electoral altamente burocrático que dificulta la inscripción electoral y con el diseño de distritos electorales que introducen fuertes distorsiones en el valor real de los votos ciudadanos, demuestran que el proceso democratizador aún no ha culminado en términos institucionales.

Tanto la lentitud de esta transformación, como su carácter incompleto, se pueden explicar no sólo por la moderación de las elites políticas o las actitudes sociales conservadoras de la población, sino porque el mismo proceso de cambio se ha dado en un contexto legal heredado de la dictadura que obliga a los pactos con fuerzas de oposición muy interesadas en limitar el alcance de las transformaciones.

b. La crisis de sentido de la actividad política: Si bien anteriormente se señaló que la falta de rigidez ideológica de los políticos chilenos actuales ha tenido efectos positivos en términos de gobernabilidad, también es importante notar que por esta mayor estabilidad se ha pagado un costo en términos de

² PNUD, 2004, *La Democracia en América Latina, hacia una democracia de ciudadanos y ciudadanas*. PNUD, Santiago de Chile.

complejizar la transmisión de sentido de la política. Además, esta actividad y la acción de la elite política han perdido relevancia ante la ciudadanía.

Al parecer, la falta de grandes principios intransables y objetivos éticos vitales ha dificultado justificar la acción política, haciendo caer sobre ella la sospecha de que sus únicas motivaciones son el obtener privilegios corporativos o personales.

A esto se puede agregar que la acción política ha perdido capacidad de entregar bienes sociales o brindar herramientas de movilidad ascendente, como fue característico de otros tiempos, transformándose en una actividad más “abstracta” y de difícil comprensión para la población.

Por todo esto la actividad política ha perdido la centralidad que antes tenía en la vida nacional, cambio que redundo tanto en la mayor dificultad que encuentra la ciudadanía para distinguir entre las diferentes opciones políticas, como en la “farandulización” de la política y la deriva hacia actitudes más o menos populistas por parte de algunos actores políticos.

En suma: no ha sido fácil construir el sentido ético, valórico y estratégico de la acción política, para la consolidación de un sistema democrático, pluralista, inclusivo y tolerante, en un contexto en que la política ya no es más el instrumento para la repartición de los bienes sociales, ni tampoco construye grandes ideologías movilizadoras.

C. La posición crítica de la población respecto de la democracia: Ante la dificultad para comprender el sentido de la acción política por parte de los ciudadanos y el manto de sospecha que ha caído sobre quienes participan en la actividad política, los ciudadanos, al menos a nivel de su opinión subjetiva, ya que no en términos de participación electoral, han restado legitimidad al sistema democrático chileno.

Esto queda claramente reflejado en algunos estudios de opinión pública que muestran una caída paulatina pero sostenida, en el porcentaje de personas que se encuentra de acuerdo con la afirmación “la democracia es el mejor sistema político para un país como el nuestro”, respuesta que pasa de un 90% en 1990 a un 74% en 1998 (Huneus, s/f).

Al mismo tiempo, se señala que sólo un cuarto de la población chilena se siente conforme con el funcionamiento del sistema político actual y aumenta regularmente la proporción de población que considera que los logros del desarrollo económico benefician fundamentalmente a los más ricos (respuesta que comparte más del 85% de los encuestados).

Una posible manifestación conductual del relativo alejamiento de la población respecto de la democracia,



lo constituye el bajo nivel de inscripción electoral de los y las jóvenes (que posiblemente funcionan como indicador de una situación general, ya que los adultos, al estar inscritos, no pueden abstenerse de la inscripción o retirarse de ella).

Si bien no es posible afirmar que la población chilena rechace el sistema democrático en sí mismo, estas respuestas son un síntoma del relativo malestar que la población siente respecto de la capacidad del sistema político actual.

d. La elitización y cerrazón de la conducción político / social: Tal como muestra con claridad el informe del PNUD del año 2004, la elite política y social chilena, si bien tiene claro su rol conductor del país, asumiendo su capacidad de guiar el destino de Chile, posee también algunas características preocupantes³.

Entre éstas es posible señalar: a) una cierta perplejidad e incompreensión frente a las transformaciones culturales que ha experimentado el país, b) una concepción de la democracia bastante menos liberal que lo defendido por elites de otras latitudes, y c) una cierta tendencia a la “cerrazón”, es decir, a limitar el acceso de personas externas a esta elite.

El primer problema tiene relación con la aceptación parcial que hace la elite de la modernización del país: si bien, en general, se aceptan y aprueban las transformaciones económicas, su correlato en términos de transformaciones culturales parecen poner a la clase dirigente a la defensiva.

El segundo problema está asociado con una cierta inconsistencia de la elite chilena: si bien acepta la democracia en su discurso, cuando se trata de precisar sus límites se tiende a restringir su ámbito de acción. Quizá este proceso explique que Chile no disponga demasiados mecanismos de “democracia desde abajo” (como señala el informe respecto de la democracia en América Latina⁴), o permita entender la lentitud y prudencia con que se han ido consiguiendo mayores espacios para la democracia en Chile.

El tercer problema tiene relación con una relativa tendencia a la “estamentización” de la élite chilena, la que proviene principalmente de un grupo reducido de familias o allegados, usualmente se educa en los mismos colegios y tiende a generar procedimientos electorales que hacen muy difícil su derrota o salida de la política.

De esta forma, si bien la elite actual se educó en una cierta proporción en colegios que no eran de elite, tiende a matricular a sus hijos en colegios de elite casi con exclusividad. Además, en términos de origen social, generalmente proviene de familias de estrato alto⁵. Evidentemente estas características, contribuyen al discurso negativo respecto a la política y la elite chilena.

³ PNUD, 2004, *Desarrollo Humano en Chile: El poder: ¿para qué y para quién?*, Santiago de Chile.

⁴ PNUD, 2004, Op. Cit. *La Democracia en América Latina, hacia una ...* Santiago de Chile, Santiago de Chile.

⁵ Ibid

En suma, dando una mirada de conjunto a las transformaciones político institucionales que ha vivido el país en los últimos 20 años, se puede decir que si bien hay importantes avances en el proceso de consolidación de la democracia, existen actualmente una serie de desafíos (algunos antiguos y otros nuevos) que pueden tener importantes consecuencias negativas a largo plazo de no ser adecuadamente abordados.

3. Transformaciones Económicas

Desde fines de la década de los ochenta, Chile ha mostrado un crecimiento económico sostenido y relativamente alto, a pesar de la existencia de interrupciones como el shock externo de la crisis asiática en 1997. Como se observa en el cuadro 1, esto ha permitido que Chile se ubique sostenidamente en los dos primeros lugares dentro de los países con mejor crecimiento económico de América Latina.

Cuadro 1

Crecimiento económico 1980-2000 países latinoamericanos escogidos promedio década			
País	1980-89	1990-99	2000
Argentina	-1	4,2	-0,5
Bolivia	-0,3	4,1	2,5
Brasil	2,9	1,8	4,2
Chile	3,5	6,4	5,4
Colombia	3,4	2,8	2,8
Costa Rica	2,5	5,1	4,5
México	2,3	3,3	6,9
Perú	0,1	3,4	3,6
Uruguay	0,9	3,3	-1
Venezuela	0,1	2,3	3,2

Fuente: Landerretche, 2001.

El adecuado manejo de economía del país y la estabilidad política durante gobiernos de la Concertación, más condiciones externas favorables, han permitido la matención de condiciones macroeconómicas controladas y estables, permitiendo la inserción de Chile en la economía mundializada.

Como se puede observar en el siguiente cuadro, los últimos gobiernos en Chile han tendido a controlar la mayor parte de los indicadores de estabilidad macroeconómica como son la inflación, el desempleo y el gasto fiscal.



Cuadro 2

Comparación de variables macroeconómicas claves según gobierno				
Variable	Pinochet 1974-1989	Aylwin 1990-1993	Frei 1994-1999	Lagos 2000-2003
Tasa de inflación	79,9	17,7	6,1	2,8
Tasa de desempleo	18,1	7,3	7,4	10,1
Salario real (1970=100)	81,9	99,8	123,4	137,4
Superávit del gobierno general (% del PIB)	0,3	1,6	1,1	-0,5

Fuente: French-Davis, 2003.

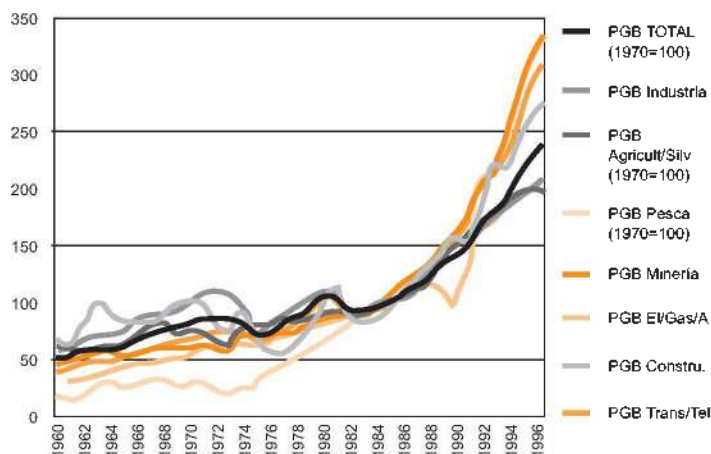
En otras palabras, hablando en términos generales, los énfasis de la política macroeconómica implementadas por la dictadura militar han sido continuadas y complementadas con fuertes políticas microeconómicas, por los gobiernos de la Concertación, tales como: equilibrio de las cuentas fiscales, estabilización de las condiciones macro económicas, incremento de los niveles de flexibilidad del mercado laboral, niveles crecientes de inversión social y apertura creciente de la economía a los capitales y el comercio exterior; que sumadas a la apertura política, han posibilitando los niveles de desarrollo económico y social que se han logrado en la actualidad.

En este contexto se entiende la decidida acción diplomática en post de un creciente proceso de apertura comercial que ha llevado a que el país haya suscrito seis tratados de libre comercio y siete acuerdos de complementación económica, transformando a Chile en el país de América Latina con mayor acceso a los principales mercados del mundo⁶.

Esta apertura económica se ha visto facilitada por la buena imagen del país en materia de crecimiento económico. El Producto Geográfico Bruto (PGB), es un indicador que demuestra el importante crecimiento de Chile en sus diversas áreas de desarrollo económico, como se observa en el siguiente gráfico.

⁶ Véase en Apec, 2004, *Chile, un luchador del libre comercio*, Noticias Históricas, documento electrónico, www.apec2004.cl.

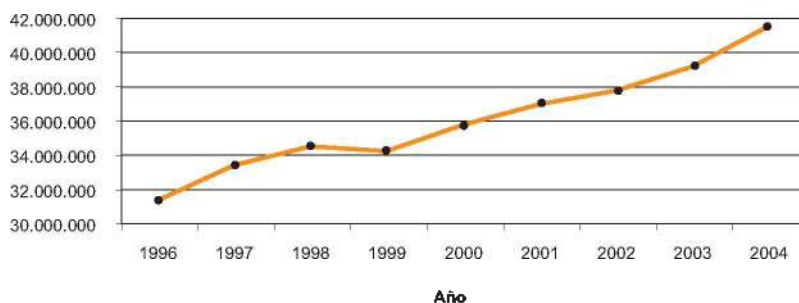
Gráfico 2: Chile: PGB total y Ramas 1960 - 1997 (1981 - 100)



Fuente: Riesco, M., 1998.

Otro indicador que da cuenta del crecimiento económico del país, es el Producto Interno Bruto (PIB). El siguiente gráfico muestra que a pesar de los efectos negativos que provocó el shock externo de 1997, el PIB ha presentado un aumento sistemático en los últimos años.

Gráfico 3: Producto Interno Bruto, Serie Anual



Fuente: INE, Base de datos en www.ine.cl.

Este proceso de apertura y crecimiento económico ha conducido a una reestructuración de la economía chilena: algunos sectores se han fortalecido, mientras que otros se han debilitado. Así, se presenta una *tercerización* del mundo laboral, ya que se produce un aumento de la población ocupada en el área de



servicios, mientras pierden importancia sectores como la agricultura y la industria. Es por ello que, si se mira la distribución de los ocupados por rama de actividad económica, se observa que en los últimos 10 años, los sectores que han perdido peso ocupacional son la agricultura (que bajó del 16% el año 1992 a sólo 10,7% en el 2002) y la industria (de 17,4 a 12,3%); mientras que los sectores de servicios financieros y el comercio han incrementado su volumen (Tironi y Ariztía, citados en INE, 2003). El empleo en Chile, por lo visto, tiende a alojarse progresivamente en el área de servicios.

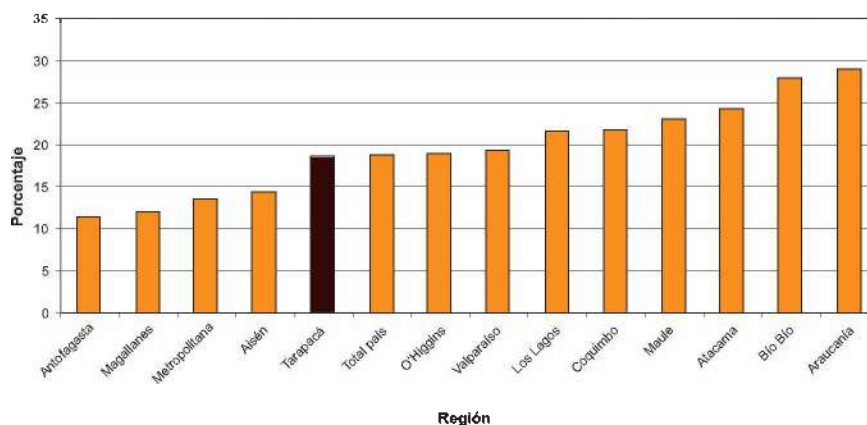
Complementario a este proceso, también se ha modificado la composición por género de la población económicamente activa, ya que la participación de la mujer en el mercado laboral pasa de un 28,1% en 1992 a un 35,6% en el año 2002. Las mujeres chilenas, aún no se incorporan plenamente al trabajo remunerado, sin embargo, poseen altas expectativas de hacerlo, siempre y cuando se mejoren las condiciones salariales y no salariales que enfrentan.

Finalmente, aunque no se ha alcanzado los niveles de los países desarrollados, cabe destacar de todas formas, el fuerte aumento que ha experimentado en Chile la utilización de las nuevas tecnologías de la comunicación. Según datos de la Subsecretaría de Telecomunicaciones, entre el año 2000 y el 2004 aumentaron en un 96% las conexiones a Internet, mientras que entre el año 2000 y el 2003 la penetración de abonados a teléfonos móviles pasó de 22,2% a 47,4% (SUBTEL, 2004).

No obstante lo anterior, si bien el país ha mostrado un avance positivo en los ámbitos antes señalados, persisten problemas socioeconómicos que se vienen arrastrando desde hace décadas, al tiempo que aparecen nuevos problemas a consecuencia de este mismo tipo de crecimiento económico.

Uno de los problemas que persiste durante décadas en el país es la desigualdad espacial, es decir, las diferencias socioeconómicas entre la Región Metropolitana y el resto de las Regiones del país. Como se puede observar en el siguiente gráfico, existen regiones de Chile que poseen el doble de pobreza que las más favorecidas.

Gráfico 4: Pobreza Total 2003



Fuente: CASEN, 2003.

A pesar que hoy en día existen diversas propuestas para descentralizar las actividades económicas en el país, la desigualdad espacial continúa siendo un problema central. Esto lo constata el siguiente gráfico, en donde se observa que casi la mitad del PIB de Chile se concentra en la Región Metropolitana.

**Gráfico 5: Producto Interno Bruto según región a precios constantes
Año 2000 (millones de pesos año 1996)**



Fuente: Sociedad de Fomento Fabril, en www.sofofa.cl

Por otra parte, uno de los problemas que surgen a fines de la década del noventa, es que el ritmo de crecimiento de la economía no se ve reflejado en una reducción significativa de las tasas de desocupación. Fenómeno explicado en gran medida por una fuerte incorporación de personas a la fuerza de trabajo,

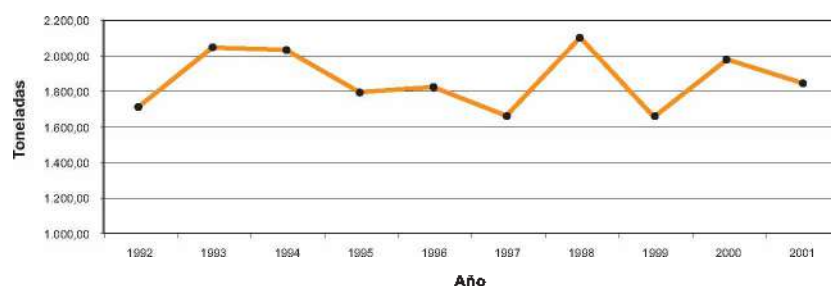


especialmente mujeres, asociada al aumento de expectativas por el crecimiento de la economía y cambios culturales. Como se verá más adelante, la desocupación es un problema que afecta particularmente a los y las jóvenes.

Otro problema que aparece a raíz del fuerte desarrollo económico, es el daño medioambiental. Desde 1990, Chile ha experimentado un crecimiento económico rápido y creciente, diversificado y liderado por las exportaciones. Esto, pese a beneficiar a ciertos sectores productivos, ha sido positivo para el conjunto de la sociedad, sin embargo, ha ejercido una considerable presión sobre algunos recursos naturales, principalmente en minería, silvicultura y acuicultura.

Actualmente, Chile continúa enfrentando importantes desafíos en materia de salud y contaminación del aire. En el sector minero, aún faltan normas generales de emisiones para los procesos industriales, así como también para los emisores de contaminantes tóxicos al aire. El gráfico que se presenta a continuación, demuestra que los niveles del consumo de sustancias agotadoras del ozono, se han mantenido sostenidamente altos durante los '90.

Gráfico 6: Evolución del consumo de sustancias agotadoras de Ozono, 1992-2001



Fuente: www.ine.cl, base de datos.

Las evidencias de una degradación ambiental cada vez más grave, han llevado al énfasis en la protección ambiental. Según la CEPAL y la OCDE, “Chile debe enfrentar distintos desafíos, como aplicar sus políticas ambientales en forma cabal y eficiente; profundizar en la integración de las consideraciones ambientales en las decisiones económicas, sociales y sectoriales; y fortalecer su cooperación ambiental internacional” (CEPAL y OCDE, 2005).

En los últimos veinte años, el país fortaleció sus instituciones ambientales, en especial con la Ley sobre las Bases Generales del Medioambiente de 1994, en virtud de la cual se creó la Comisión Nacional del Medioambiente (CONAMA).

A pesar de ello, aún no existe una ley específica de conservación de la naturaleza, y las estructuras de manejo dan una importancia secundaria a los objetivos de conservación ante las metas de otras instituciones. A su vez, los fondos para la protección de la naturaleza y la diversidad biológica, son insuficientes. De esta manera, es necesario que las políticas gubernamentales reconozcan adecuadamente el valor de la naturaleza como un activo vital para el país.

4. Transformaciones en la Gestión Administrativa y Social del Estado

4.1. Modernización de la Gestión Pública

A lo largo de los últimos veinte años, la creciente complejidad de la sociedad y velocidad de la vida moderna, aumenta la exigencia de las demandas ciudadanas a la gestión administrativa del Estado. Las personas y empresas del mundo moderno disponen de menos tiempo para realizar trámites y demandan mayores niveles de calidad en los servicios provistos por los organismos de gobierno.

Frente a esta situación, el Estado Chileno ha tendido, por una parte, a modernizarse, para enfrentar con efectividad y transparencia las demandas de la sociedad civil. Y, por otra parte, a generar ambientes de confianza y de seguridad, con el fin de disminuir la percepción de incertidumbre.

Por ello, Chile comienza en la década de los noventa una serie de procesos de modernización que se materializan en el “Acuerdo de Modernización” firmado el año 2003. En este acuerdo se establecen tanto una Agenda de Modernización del Estado, como una Agenda de Transparencia⁷.

En la Agenda de Modernización del Estado se promueven las acciones tendientes a mejorar la Gestión Pública, cuyos objetivos son la simplificación y digitalización de los procedimientos administrativos, dentro de los cuales se encuentran los desarrollados, entre otros, por el Registro Civil, el Servicio Médico Legal y el Servicio de Impuestos Internos.

En segundo lugar, la modernización de la Gestión de Recursos Humanos del Estado, en donde se destaca la profesionalización del servicio público y el fortalecimiento y profesionalización de la alta gestión pública en donde destaca la creación del Servicio Civil y disminución paulatina de cargos políticos de confianza. Finalmente, esta Agenda incorpora compromisos con la descentralización nacional y con el mejoramiento de la gestión financiera del Estado.

Por otra parte, la Agenda de Transparencia Estatal se preocupa, tanto de transparentar el financiamiento de



la política, específicamente de las campañas electorales y de los partidos políticos, como de perfeccionar la labor parlamentaria y aumentar la probidad de la gestión administrativa del Estado.

Además, se han implementado nuevas iniciativas, entre las cuales se encuentra la modernización del Servicio Nacional de Aduanas, la creación de los Tribunales del Trabajo, de Familia y la Reforma Procesal Penal, basada en una nueva forma de administrar la justicia, a partir de la separación de las funciones de investigar y juzgar; la nueva Ley de Responsabilidad Penal Juvenil y Adolescente. Asimismo, es posible destacar avances en la protección de derechos, consagrados en legislaciones internacionales suscritas por el país.

Todo esto sirve de ejemplo del importante esfuerzo realizado en las últimas dos décadas por el Estado Chileno, con el fin de mejorar la eficiencia y limitar la corrupción que puede aparecer en su gestión.

Es satisfactorio comprobar que, a pesar de algunos problemas aún existentes en ambos ámbitos, en términos globales el Estado es capaz de mostrar índices internacionalmente muy satisfactorios tanto en eficiencia como en transparencia.

Por ejemplo, según la Organización “Transparencia Internacional”, Chile se sitúa en el lugar número veinte a nivel mundial (dentro de 145 países) y primero a nivel latinoamericano, en cuanto a la percepción de corrupción y transparencia internacional⁸.

De la misma manera, comparaciones internacionales muestran que el país posee un Estado bastante eficiente dado su tamaño y nivel de desarrollo (Banco Central de Chile, 2005).

En fin, se observan un cúmulo de transformaciones que han hecho al Estado de Chile un más efectivo promotor del desarrollo social y económico nacional. No obstante, no todos los ámbitos del Estado se han modernizado o han transparentado sus procedimientos a la misma velocidad.

Algunos ejemplos de ello son las denuncias de corrupción en algunos procesos de licitación pública o gestión de fondos públicos. Además, según investigaciones internacionales sobre acceso a información pública, el Estado (central y descentralizado), muestra en este tema niveles internacionalmente insatisfactorios⁹. Esta debilidad refleja el atraso del país en conceder a la ciudadanía un rol más activo en el control de la acción gubernamental. La mayor parte de los controles y modernizaciones de gestión implementados en Chile olvidan esta variable “ciudadana”.

⁷ Véase en Gobierno de Chile, 2003, *Acuerdos político-administrativos para la modernización del Estado, la transparencia y la promoción del crecimiento*, documento electrónico, www.modernización.cl.

⁸ Véase en Transparency Internacional, 2004, *Índice de percepción de la corrupción 2004*, documento electrónico, www.transparency.org.

⁹ Véase en Participa y Open Society Justice Initiative, 2005, *Acceso a la Información Pública en Chile*, documento electrónico, www.participa.cl.

4.2.- Intervención social del Estado

Uno de las señas distintivas de la dictadura militar fue disminuir fuertemente el gasto social del Estado chileno, rompiendo con la tendencia histórica a su aumento.

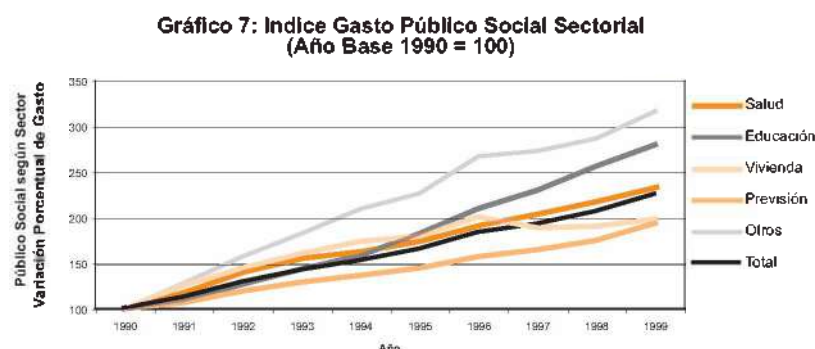
Esta disminución era coherente con el proceso de transformación del rol del Estado, desde un Estado benefactor hacia un Estado regulador, que disminuye su presencia en las relaciones sociales, económicas y laborales, cuya función se limita a establecer las reglas del juego, con el fin de permitir el mejor funcionamiento del mercado.

Sin embargo, esta reforma se llevó a cabo en el contexto de un gobierno autoritario y dictatorial que provocó intencionalmente la fractura del movimiento social, gremial o sindical, liberalizando las relaciones laborales y eximiendo al Estado de su rol protector de los trabajadores. De la misma manera, se abandonan o disminuye el aporte a las políticas sociales universales, en función de dar más importancia a los programas focalizados sólo en los sectores más carenciados.

En este contexto de focalización se entiende que la dictadura militar diseñe y comience a implementar hacia fines de los ochenta una serie de instrumentos tecnológicos para facilitar la gestión de los programas sociales, como son la Encuesta CASEN y la Ficha CAS.

A partir de la recuperación de la democracia estas tendencias y forma de entender el rol de un Estado moderno se revierten y a partir de la estabilidad económica del país, el Estado ha aumentado significativamente su nivel de intervención en las distintas áreas sociales, aumentando el gasto social y, en general, la cobertura de los servicios ofrecidos, con el objetivo de generar mayor integración y pagar la deuda social que se tenía con los sectores más castigados por las políticas de la dictadura militar.

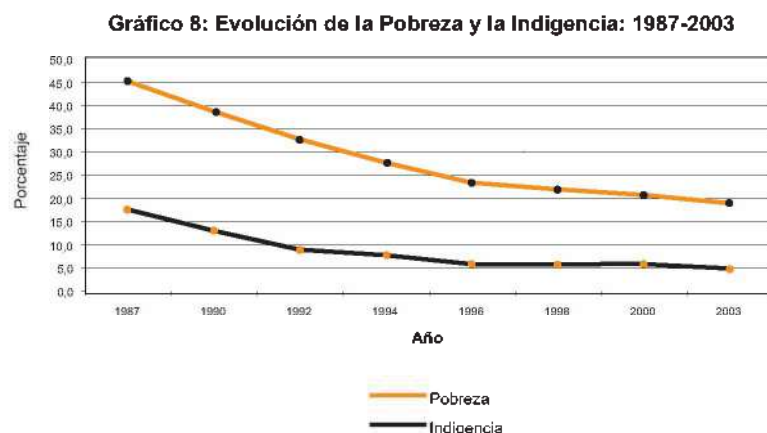
Como se observa en el siguiente gráfico, el gasto social ha aumentado sistemáticamente en todos los sectores desde comienzos de los años noventa, principalmente en salud y educación.



Fuente: Mideplan, 2001.



La relación virtuosa entre aumento sostenido del gasto social y el crecimiento económico ha tenido un fuerte impacto en la disminución de la pobreza y la indigencia a nivel nacional. De hecho, tal como muestra el gráfico 8, se mantiene una baja sostenida en el volumen de población pobre e indigente desde fines de la década del ochenta.

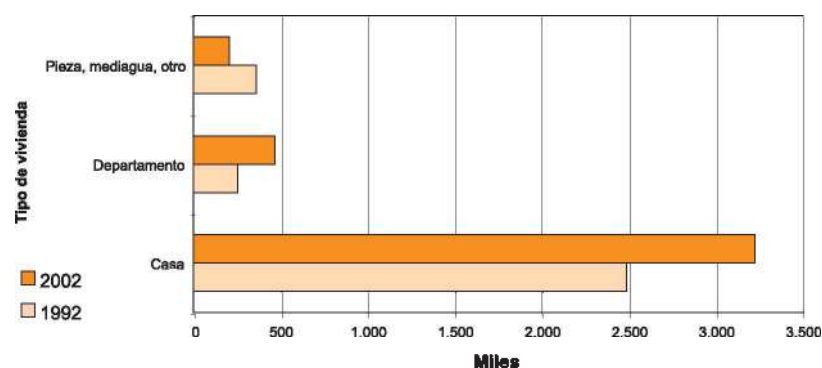


Fuente: Elaboración propia en base a Encuestas Casen.

Además, el aumento del gasto social por parte del Estado, ha impactado de diversas maneras en los sectores anteriormente señalados.

En vivienda, se ha disminuido el déficit habitacional endémico que arrastraba el país desde hace muchas décadas atrás, aumentando el número de viviendas disponibles (ver gráfico 9) y disminuyendo el nivel de hacinamiento. Entre ambos censos (1992-2002), el número de viviendas para uso residencial aumenta en un 25,7%, duplicando al crecimiento de la población. Esto tiene como consecuencia una menor densidad residencial, hecho que deriva en una mejoría significativa de la calidad de vida de la población (Tironi y Ariztía, 2003). A partir de lo anterior el desafío hoy día es avanzar hacia una comprensión del espacio privado y público desde una perspectiva más humanista e integradora; que incorporen las preocupaciones relativas a la calidad de la convivencia familiar y comunitaria, en el diseño de la vivienda.

Gráfico 9: Número de viviendas 1992 vs. 2002



Fuente: Tironi y Ariztia, 2003.

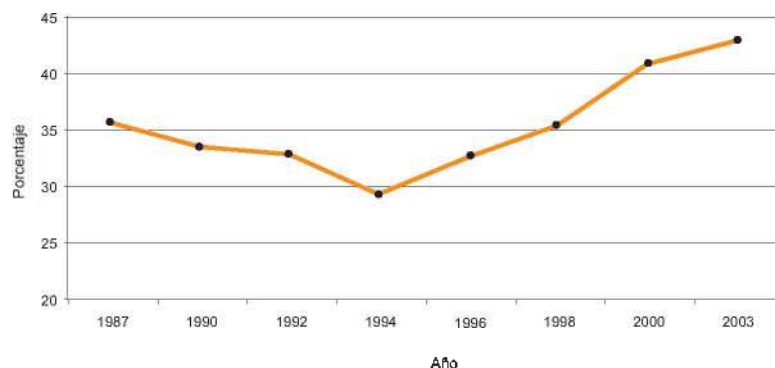
Si bien no todo el aumento del parque de viviendas puede ser atribuido a la acción del Estado, tampoco es menor el impacto que, en este tema, ha tenido el aumento de cobertura de los programas de subsidios a la vivienda, tanto de sectores populares, como los orientados a sectores medios.

En el ámbito laboral, resulta importante señalar que si bien se ha optado por mantener relativamente altos niveles de flexibilidad en el mercado del trabajo (disminuyendo la capacidad de los asalariados para presionar por mejoras en sus salarios), también se ha intentado aumentar las garantías de los trabajadores a través de moderados pero continuos mejoramientos del salario mínimo, un mayor esfuerzo en la fiscalización de las relaciones laborales y el establecimiento de un subsidio de cesantía.

En la protección de la salud, durante la dictadura militar la tendencia era aumentar la participación privada y reducir la ingerencia y tamaño del Estado. Es en este contexto en que se crean en 1981 las Isapres, pensadas para satisfacer las aspiraciones de salud de los sectores medios y altos.

A comienzos de la década del noventa coexistía un subsistema de salud privado en pleno desarrollo y un subsistema público más disminuido y deprivado. Sin embargo, durante estos años, el rol del Estado vuelve a ser preponderante, al aumentar significativamente la cobertura y calidad de la atención del sistema Estatal de salud. De esta manera, desde mediados de los noventa, ha aumentado sostenidamente la cantidad de afiliados al sistema de salud público, como lo demuestra el siguiente gráfico.

Gráfico 10: Evolución de Afiliados al Sistema de Salud Público (Fonasa)

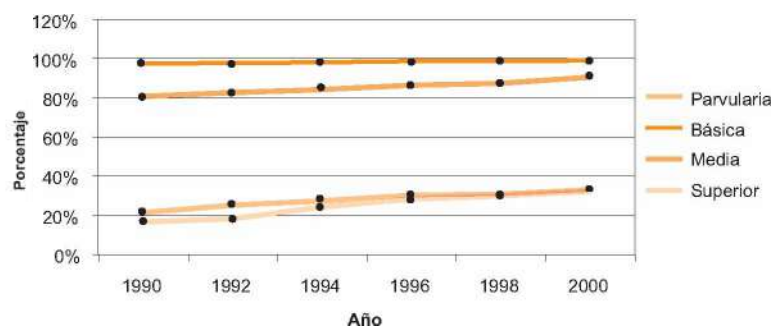


Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN.

Por último, en materia de educación, los objetivos tradicionales del Estado Chileno han sido la reducción de las tasas de analfabetismo, el aumento de matrículas y mejorar el nivel de retención del sistema.

Parte importante de estos objetivos se han logrado en los últimos veinte años. Por ejemplo, se observa que durante este periodo ha aumentado la cobertura de la educación en todos sus niveles. En educación preescolar, aumenta la cantidad de centros de atención de párvulos; en educación básica se alcanza prácticamente la cobertura universal, mientras que la educación media se hace obligatoria y la educación superior casi triplica las matrículas de los años 80. El siguiente gráfico muestra de que manera ha aumentado la cobertura de la educación en sus distintos niveles desde 1990.

Gráfico 11: Cobertura por nivel de enseñanza, 1990-2000



Fuente: Tironi y Ariztia, 2003.

Producto del éxito alcanzado en las metas de cobertura, es que en los últimos años el énfasis ha estado puesto cada vez más en el mejoramiento de la calidad de la enseñanza, especialmente en la educación básica y media.

Así es posible entender el esfuerzo realizado para la extensión de la jornada educativa y el invertido en la modernización educativa (dentro de cuyos objetivos está el mejoramiento de la enseñanza del inglés, la alfabetización digital y el desarrollar habilidades básicas en el manejo de las nuevas tecnologías de la información y comunicación).

No obstante, todos estos logros observados en la intervención social del Estado, la plena integración social de todos los chilenos a los beneficios del desarrollo es aún una meta por alcanzar.

Por ejemplo, - al observar nuevamente el gráfico 8 - se aprecia el conjunto de personas que aún viven en condiciones inaceptablemente precarias que aún es importante. Además, en este gráfico se aprecia que cada vez es más difícil reducir el número de personas que viven en condiciones de indigencia o pobreza.

Por otra parte, los esfuerzos gubernamentales no han logrado disminuir la brecha de desigualdad social que mantenemos desde hace décadas. El siguiente cuadro muestra en qué medida se ha mantenido la desigualdad de ingresos entre el quintil más alto (Q5) y el más bajo (Q1) de la población, desde 1987 hasta el año 1996. Esta información es confirmada por el Coeficiente Gini, que se ha mantenido establemente alto en todo este período.

Cuadro 3

Distribución del Ingreso Autónomo años 1990 - 2003							
	1990	1992	1994	1996	1998	2000	2003
Dif. Q5/Q1 (por hogares)	14	13,2	14,3	14,6	15,5	15,3	14,3
Coef. GINI (por personas)	0,58	0,57	0,58	0,57	0,58	0,58	0,57

Fuente: MIDEPLAN, 2004.

En suma, a pesar los éxitos en la reducción absoluta y relativa del nivel de pobreza de la población, esta tarea está lejos de estar terminada y Chile sigue siendo un país extremadamente desigual.

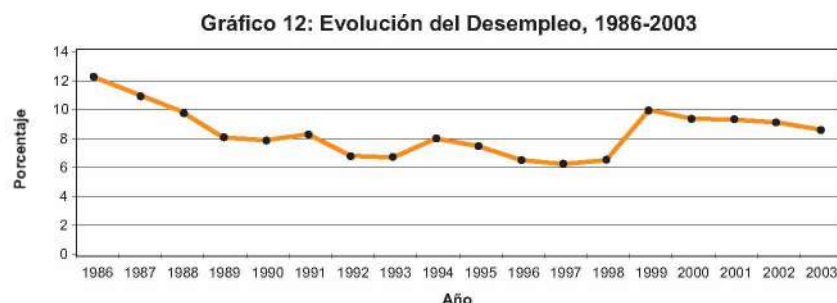
Una segunda fuente de problemas consiste en la dificultad de transformar el mayor gasto Estatal en mejoramientos en la calidad de los servicios entregados a la población. Lo anterior se hace más crítico en la actualidad, ya que el mismo aumento en la cobertura de los servicios, toma más central el problema de la calidad de éstos.



Por ejemplo, en las políticas de vivienda, si bien el modelo habitacional chileno presenta éxitos en la disminución del déficit habitacional y el saneamiento sanitario de la casi totalidad de la población urbana, cabe señalar la precaria calidad de algunas de las soluciones habitacionales implementadas.

Por otra parte, a pesar de la modernización del mercado laboral chileno, en la práctica lograr mejores condiciones dentro de éste continúa estando más asociado a las relaciones sociales o de clase, que al mérito profesional o académico, como demuestra una investigación de la Universidad de Chile. Como conclusión de ella, Núñez y Gutiérrez (2004) señalan que "...observamos que los orígenes socioeconómicos de un sujeto son relativamente más importantes que su desempeño académico en determinadas áreas del mercado laboral. Esto demuestra que el mercado laboral chileno está lejos de basarse en la meritocracia".

Finalmente, resulta importante destacar los altos niveles de desempleo que se mantienen en los últimos años a pesar del crecimiento económico, como se observa en el siguiente gráfico.

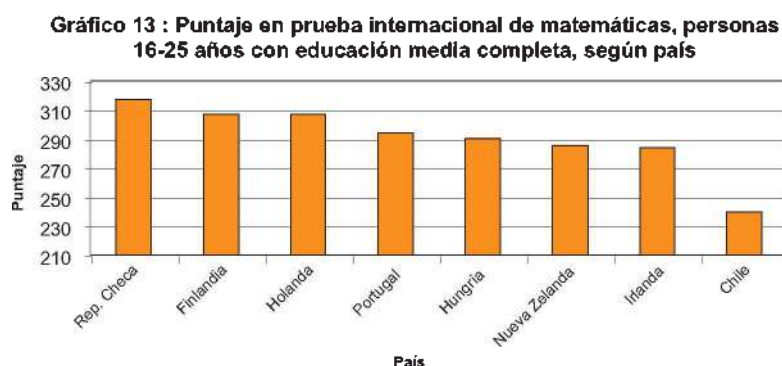


Fuente: Banco Central, Base de Datos Estadísticos en www.bcentral.cl.

Por otra parte, en el área de la salud, si bien ha habido un importante aumento del gasto social por parte del Estado, éste se ha orientado principalmente hacia la prevención y tratamiento de enfermedades cubiertas tradicionalmente, sin dar toda la importancia requerida a las enfermedades que han incrementado su prevalencia producto del ritmo de vida actual, como son el stress, depresión y otras relacionadas con la salud mental de la población. De todas formas, en materia de salud, cabe destacar la implementación a partir del año 2005 del Sistema de Garantías Explícitas en Salud AUGE, que en la actualidad entrega a la población atención garantizada para 40 patologías y que ha significado un fuerte aumento de recursos en la atención primaria.

Finalmente, en el área de educación, si bien se ha aumentado la cobertura del sistema en todos sus niveles y se han realizado esfuerzos por extender la jornada escolar, la calidad de la formación entregada no ha mejorado en el mismo nivel.

De esta forma se observa que los resultados de la prueba SIMCE no han mostrado mejoras claras en la calidad de la educación municipalizada o subvencionada, tal como sugieren comparaciones internacionales. El gráfico 13, muestra los bajos niveles de desempeño comparados de Chile en un área crítica para el desarrollo, como es la formación en matemáticas.

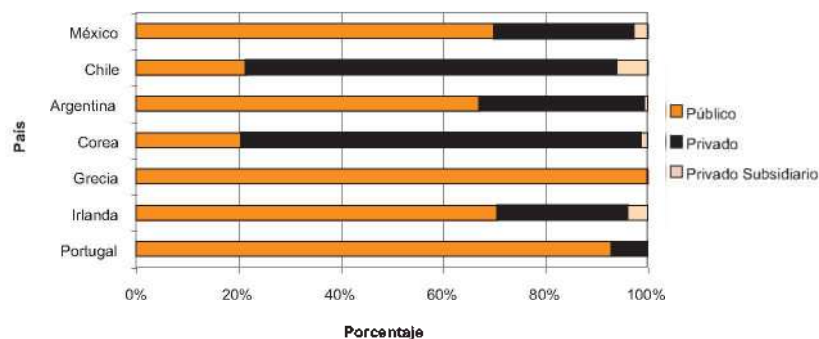


Fuente: Brunner y Elacqua, 2003.

Además, a pesar de los mejoramientos de cobertura, Chile aún presenta un déficit en cuanto al acceso a la educación preescolar. A nivel latinoamericano, el país se encuentra, en este nivel educativo bajo México, Brasil, Argentina y Colombia (Brunner y Elacqua, 2003).

Por último, en el área de la educación superior, si bien ha existido un importante aumento de cobertura, ésta se ha logrado principalmente por la inversión y el esfuerzo privados. Tal como se observa en el gráfico 14, Chile es uno de los países en que menos porcentaje de gasto en educación superior proviene del Estado.

Gráfico 14: Porcentaje del gasto en Educación Superior por sistema, según país en 1999



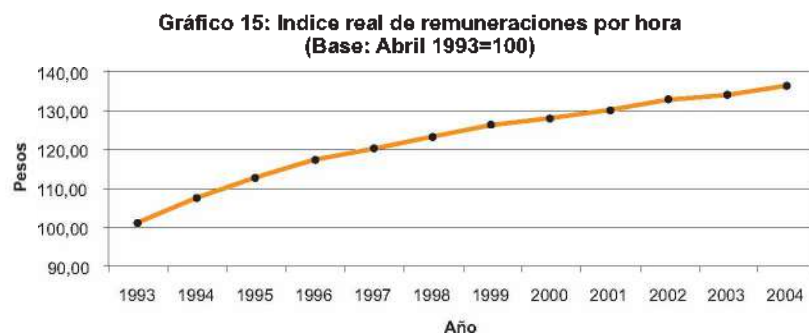
Fuente: Brunner y Elacqua, 2003.

En síntesis, en estos últimos 16 años, el Estado de Chile ha aumentado su nivel de implicación en el logro de mayores niveles de integración social de la población. No obstante, aún no se ha logrado la plena integración de todos los ciudadanos a los beneficios del desarrollo.

Aún subsisten diferencias sociales amplias y el aumento del gasto social no siempre se ha traducido en mejoramientos sustantivos en la calidad de los servicios ofrecidos por el Estado.

5. Transformaciones en la Calidad de la Vida de los Chilenos

El crecimiento económico de Chile, más las políticas públicas ligadas al aumento del salario mínimo, entre otras variables, han contribuido al aumento del poder adquisitivo de la población. En el siguiente gráfico se puede ver de qué manera ha aumentado la remuneración por hora de trabajo, entre los años 1993 y 2004.

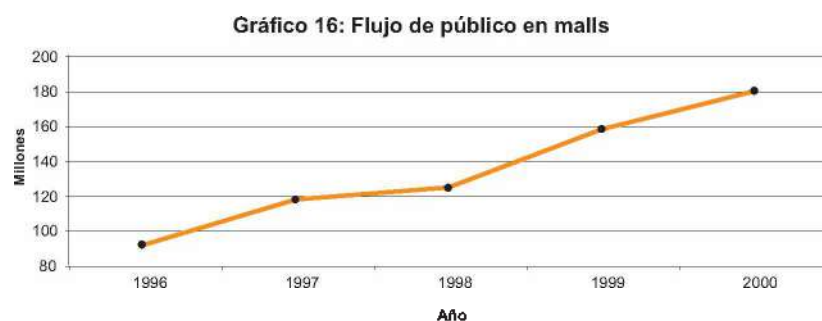


Fuente: Banco Central, Base de Datos Estadísticos en www.bcentral.cl.

Al mismo tiempo, gracias al aumento del poder adquisitivo de la población, su nivel de consumo de bienes ha crecido al punto que este se presenta actualmente como una nueva forma de producir cultura. Según el PNUD, “para muchos chilenos, el consumo tiene un significado similar al que antes tenía el trabajo. Sería la cristalización física de la identidad individual, al tiempo que un nuevo anclaje material al vínculo social” (PNUD, 2002).

Este consumo masivo influye en la identidad de las personas y colectivos. La satisfacción ya no consiste sólo en saciar una carencia. Ahora es muy importante el significado de un bien, en términos de autorrealización o para enviar señales a otras personas. Según la hipótesis de Larraín, “en Chile, uno de los legados de la dictadura ha sido un cambio cultural profundo que se manifiesta en que se ha pasado del énfasis en el movimiento colectivo a un énfasis en el consumo como base de la construcción de identidades y de la búsqueda de reconocimiento” (Larraín, 2000).

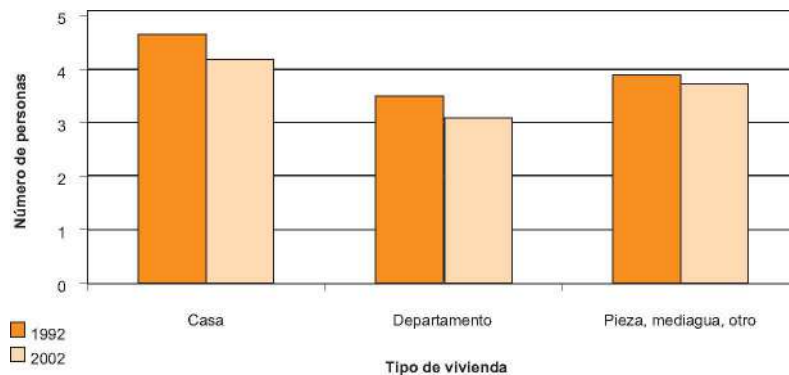
Como icono de esta nueva época aparecen los Malls, que combinan en un sólo lugar espacios destinados al consumo, al esparcimiento y al encuentro público, llegando a ser muy significativos como lugar de paseo para una parte importante de los chilenos.



Fuente: PNUD, 2002.

No obstante, más allá de estas consecuencias culturales, la mayor disponibilidad de recursos se ha reflejado también en el mejoramiento del bienestar material de la población.

Por ejemplo, ha habido un significativo aumento en la cantidad de viviendas en el país, como también una disminución en la cantidad de personas por hogar, lo cual da cuenta de las mejores condiciones de habitabilidad de las viviendas.

Gráfico 17: Número de personas por vivienda 1992 vs. 2002

Fuente: Tironi y Ariztía, 2003.

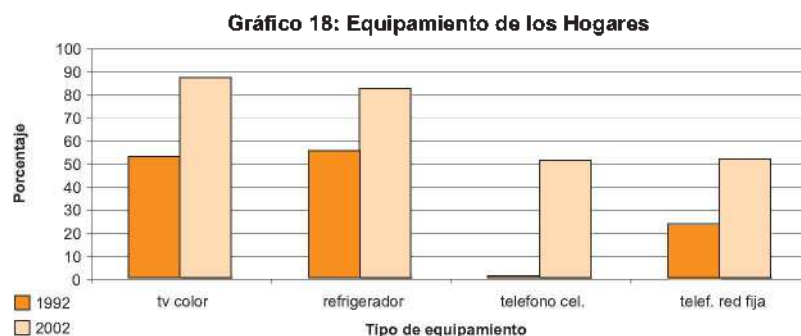
También hay un aumento en el porcentaje de viviendas propias y, a pesar que muchos de sus propietarios pueden estar actualmente sujetos a algún tipo de deuda, la transformación de los chilenos en propietarios, con las obligaciones y satisfacciones que esto implica, sin duda tiene alguna incidencia en sus actitudes y conductas.

Por otro lado, la vivienda en que habitan los chilenos es actualmente de una calidad muy superior a la predominante una década atrás. De esta forma, al definir un umbral de estándares mínimos que incluyen diferentes dimensiones de la vivienda, se comprueba que “el 90,7% de la población vive en residencias que satisfacen esos estándares de calidad, lo que se compara positivamente con 1992, cuando ese porcentaje llegaba sólo al 81,1%” (Tironi y Ariztía, 2003).

Con relación al acceso a los servicios de infraestructura básica, tales como la electricidad, el agua potable y el alcantarillado, también se constata un importante cambio entre 1992 y 2002: “un 79,1% de las personas vivía en hogares que cumplía con todos ellos en 2002, contra un 61,1% en 1992”¹⁰.

También en relación con los bienes durables disponibles en los hogares se registran mejorías significativas: los hogares chilenos disponen de mayor cantidad y diversidad de este tipo de equipamientos.

¹⁰ Ibid..



Fuente: INE, 2002.

Por otra parte, también se presenta una mejoría en los indicadores biológicos de calidad de vida de los chilenos. Debido a la incorporación de nuevas y más avanzadas tecnologías en el área de la salud, ha sido posible aumentar la esperanza de vida de la población, y disminuir la mortalidad infantil, como lo muestra el gráfico que se presenta a continuación.

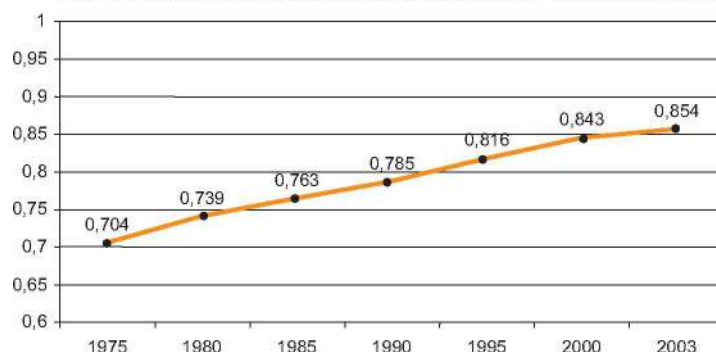


Fuente: INE, 2003.

Como una forma de mostrar el mejoramiento global de la calidad material de vida de los chilenos, en el siguiente gráfico se muestra la evolución del Índice de Desarrollo Humano elaborado por las Naciones Unidas para el país. Es importante notar que el valor actual del índice ubica actualmente a Chile en el grupo de países con mayor desarrollo humano, específicamente en el lugar 37 entre 177 países (UNDP, 2005).



Gráfico 20: Evolución del Índice de Desarrollo Humano en Chile



Fuente: UNDP, 2005.

En suma, los distintas dimensiones vinculadas con la calidad material de vida de la población chilena han mejorado sustantivamente. No obstante, no todo ha sido tan positivo en este ámbito. El mismo cambio en las condiciones de vida ha engendrado nuevas dificultades, que inciden la percepción positiva de los logros alcanzados en los últimos años.

Es así como, producto de un ritmo de vida más acelerado, se presentan nuevos problemas psicológicos en la población. De hecho, en Chile estas enfermedades han aumentado su incidencia, especialmente en las mujeres. Se estima que 70.000 mujeres entre 14 y 30 años sufren anorexia, mientras que 350.000 mujeres padecen bulimia¹¹. Además, a pesar que no existen datos sistemáticos sobre el problema, algunos especialistas sostienen que ha aumentado la prevalencia de enfermedades como los trastornos de pánico, los trastornos de ansiedad y las fobias.

Por otro lado, Chile ha sido considerado por la Organización Mundial de la Salud, OMS, como uno de los países donde la obesidad es el problema nutricional más prevalente en la población infantil. Según las últimas estadísticas, el 30% de los niños estaría con sobrepeso o presentaría cuadros de obesidad¹².

Conjuntamente con estos nuevos problemas de salud, aparecen otros problemas relacionados con la convivencia social en las zonas urbanas. Es así como una preocupación común entre los habitantes de las distintas ciudades del país es la sensación de temor a ser víctima de algún delito. Un estudio mostró que, en promedio, “el 30% de las familias de la región había sufrido un robo o un asalto en los 12 meses anteriores a la encuesta, es decir, una de cada tres familias” (Ministerio del Interior, 2004, a).

Según el Ministerio del Interior, “a la inseguridad que produce la posibilidad de un asalto o de un secuestro, se agregan a las inseguridades que se comparten con todos los países, tanto ricos como pobres,

¹¹ Véase en Anycities, s/f, *Espejos y Sombras*, documento electrónico, www.anycities.com

¹² Véase en Padres OK, 2005, *Obesidad: niños con problemas de grandes*, documento electrónico, www.padresok.com.

a partir de la globalización: la inseguridad del empleo y la inestabilidad del ingreso, los problemas de salud y el medio ambiente, el hambre (...) y la desterritorialización de los sentidos de pertenencia de los ciudadanos”¹³.

Lo anterior es posible de ser corroborado con la importancia que le da la población al tema de la seguridad. Según los estudios de opinión del CEP, la delincuencia se encontraba entre las tres primeras preocupaciones de la población entre 1990 y 1999, situación que se renueva en julio del año 2003, después de haber ocupado la cuarta posición entre 1999 y 2002 (Ministerio del Interior, 2004, b). De la misma manera la encuesta realizada por el Ministerio del Interior mostró que el 36% de la población consideraba la seguridad ciudadana como uno de los derechos más importantes¹⁴. En relación a lo anterior, cabe destacar la creciente población reclusa en cárceles en Chile, que según datos de Gendarmería, no ha dejado de aumentar desde 1992¹⁵.

La sensación de inseguridad produce resultados negativos para la sociedad, derivados tanto de la limitación de las libertades de desplazamiento que generalmente están asociadas a las medidas básicas de autoprotección que toman los ciudadanos, como también del debilitamiento de los lazos de confianza y solidaridad entre las personas. De hecho, según el Informe de Desarrollo Humano del año 2002, más del 66% de los chilenos afirman que, “en general, no se puede confiar en las personas” en Chile (PNUD, 2002).

El debilitamiento de los lazos de confianza se agudiza por la pérdida de centralidad de identidades de clase, religiosas o políticas y por una orientación crecientemente individualizada de la acción.

Finalmente, la contrapartida del consumo, que ha mejorado sensiblemente la calidad de vida de los chilenos, es su nivel de endeudamiento, el que se transforma en un nuevo problema social en la década del noventa, ya que el pago diferido no sólo abre nuevos espacios de acceso a bienes deseados por la población, sino que también restringe las libertades personales.

En este sentido, según algunos autores, el endeudamiento incluso podría ocultar formas sutiles de dominación, ya que la amenaza de la pérdida del acceso al crédito (y con él al consumo) restringiría la capacidad de los sectores populares de luchar por derechos ciudadanos o sociales (Moulián, 1998).

6. Transformaciones Culturales y Valóricas

También en el campo cultural, los últimos 20 años han sido fecundos en mutaciones para el país.



Si bien muchos de estos cambios no han sido radicales sino que, por el contrario, lentos y progresivos, y por lo mismo, la mayor parte de ellos no constituyen procesos terminados sino en desarrollo, la magnitud de transformación acumulada en estos años es considerable.

Por ejemplo, en el campo de la igualación de las oportunidades y posibilidades para todos los chilenos, es indudable que la mujer ha conquistado una serie de espacios que antes tenía limitados.

Esto se ha reflejado tanto en aspectos estructurales como subjetivos. Como ejemplo de los primeros se puede observar el progresivo ingreso de las mujeres en el mercado laboral o la relativa igualación de la tasa de escolaridad de hombres y mujeres el año 2002 (INE, 2003).

Por su parte, como ejemplo de los cambios subjetivos, se aprecia que las diferencias de expectativas vitales entre hombres y mujeres se han tendido a homogeneizar (INE, 2004), así como han tendido a perder legitimidad las creencias que asignaban a las mujeres un espacio subordinado o privado en la sociedad (Universidad de Chile, 2003).

Dicho en otras palabras, socialmente existe cada vez menos discriminación hacia la mujer, porque los discursos de quienes sostienen esas actitudes, han tenido que hacerse menos explícitos, por su carácter relativamente minoritario de sus portadores y las fuertes sanciones sociales asociadas.

Quizá menos radical que en el caso de las mujeres, es el aumento relativo del nivel de tolerancia hacia otros grupos antes fuertemente discriminados, como son las minorías sexuales.

A pesar del carácter parcial de esta modificación actitudinal, cuando se compara la sociedad actual con el Chile de hace unas décadas atrás, sorprenden los espacios ganados por dichas minorías (sirva como ejemplo de lo anterior su presencia mucho más legitimada en los medios de comunicación de masas).

Igual imagen se desprende de las Encuestas de Tolerancia y No Discriminación, realizadas por la Universidad de Chile y la Fundación Ideas, donde se señala que “lo importante es el lugar donde se ha concentrado el cambio: la homofobia y el aborto. No deja de ser interesante que ambos temas tengan relación con la sexualidad, y en ese sentido con lo íntimo o privado. Y así, al parecer el lugar donde se ha vuelto más fuerte la tolerancia con el transcurso del tiempo es lo que tiene que ver con los asuntos más personales. Es ese ámbito donde pareciera que es donde se forma inicialmente la tolerancia”¹⁶.

También es destacable que la no discriminación se haya transformado en objeto de políticas públicas, brindando el Estado su respaldo a este conjunto de cambios.

¹³ Ibid..

¹⁴ Ibid.

¹⁵ Ministerio del Interior, 2004, Op. Cit. *Diagnóstico de Seguridad Ciudadana en Chile* - División de Seguridad Ciudadana, Ministerio del Interior, Santiago de Chile.

¹⁶ Ibid.

Como ejemplo de este apoyo gubernamental se puede citar el “Plan por la Igualdad y la No Discriminación” que impulsa, desde el año 2004, la Secretaría General de Gobierno a través de su División de Organizaciones Sociales. Este plan define explícitamente al Estado como “promotor de la tolerancia y la no discriminación”, precisando que su acción se concentra en el racismo, el clasismo, la xenofobia, la homofobia y el sexismo.

Por otro lado, también se observan signos claros de un mayor nivel de liberalidad en otras áreas de la sociedad chilena, donde destacan la nueva Ley de Matrimonio Civil, que por primera vez en nuestra historia permite la disolución del vínculo matrimonial; o el relajamiento de la censura y controles legales de carácter moral a la industria cinematográfica.

Posiblemente actúa como fuente de muchas de las transformaciones arriba señaladas el que en estos últimos tiempos la sociedad chilena ha perdido algo de su tradicional aislamiento, para comprometerse subjetiva y culturalmente con la globalización.

Es así como se ha hecho habitual el consumo de productos de origen extranjero, y se valora y generaliza cada vez más la experiencia de vivir o viajar al exterior (sobre todo en la elite social) y se aceptan con cierta rapidez y facilidad modas nacidas fuera de nuestras fronteras (PNUD, 2002).

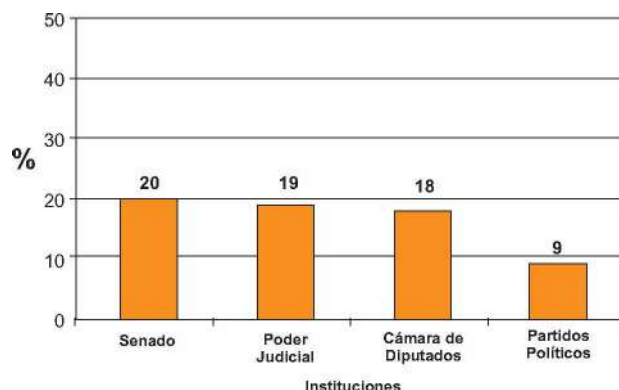
Por su parte, también en el campo de las prioridades vitales de las personas se aprecian transformaciones relevantes.

En primer lugar, han perdido fuerza las representaciones político - ideológicas como matriz para pensar las principales tareas y metas que debe enfrentar la sociedad. En este sentido, se abre paso una clara desideologización. La esfera de lo político es cada vez un referente más débil para la gente común.

Esta relativa pérdida de importancia de lo político puede sostenerse tanto a partir de los bajos niveles de militancia política de los ciudadanos en Chile, como a través de la generalizada desconfianza que la población manifiesta respecto de las instituciones de carácter político, como muestra el siguiente gráfico.



Gráfico 21 : Porcentaje de personas que confían en:



Fuente: CERC, 2004.

Complementario a lo anterior, los discursos que afirmaban la primacía de las motivaciones de carácter colectivo han cedido el paso a un progresivo aumento del nivel de individualismo e individuación en las motivaciones conductuales de los chilenos. Según el PNUD, “tal vez el rasgo más sobresaliente de la sociedad chilena hoy en día sea el acelerado proceso de individualización. El chileno tiende a romper los vínculos sociales y hábitos tradicionales que a la vez, lo encerraban y lo protegían. Esta “salida al mundo” forma parte de un proceso de emancipación que permite al individuo ampliar su horizonte de experiencias”¹⁷.

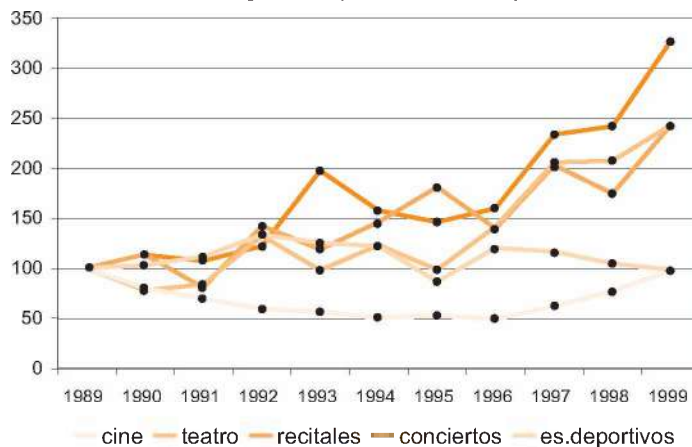
Existe contundente evidencia que muestra que las personas están progresivamente valorando más el tomar decisiones respecto a su vida en función de valores personales, por sobre el respeto a normas sociales pretéritas o tradicionales, fenómeno que parece más claro en los y las jóvenes. Al parecer, el cambio se abre paso a través de la renovación generacional (INJUV y PNUD, 2004).

Finalmente, además de las transformaciones cualitativas arriba señaladas, se aprecian claramente algunos cambios de carácter netamente cuantitativo: la población chilena tiene un mayor nivel de consumo de productos culturales que hace algunos años.

Tal como se observa en el siguiente cuadro para el caso de la asistencia a espectáculos de carácter cultural en la década de los 90, los chilenos asisten más a espectáculos culturales que hace algunos años (con la excepción del cine que cae, para luego entrar en una clara fase de recuperación y la asistencia a espectáculos deportivos, que alcanzan su cima hacia mediados de la década).

¹⁷ Ibid.

**Gráfico 22: Asistencia Relativa a Espectáculos
Según Año (base 1989 = 100)**



Fuente: INE, 2000.

Lo descrito hasta ahora muestra una situación crecientemente auspiciosa: una sociedad menos discriminadora, más liberal, más integrada al mundo, con mayor nivel de consumo cultural y más individuada que las sociedades precedentes.

No obstante, en el campo de las transformaciones culturales, tampoco todo es tan positivo. Por el contrario, quedan importantes desafíos que enfrentar y se pueden clasificar en tres tipos: i) aquellos que emergen del carácter incompleto y parcial de muchas de las transformaciones que se han descrito; ii) aquellos que aparecen producto de las diversas velocidades con que se ha producido el cambio cultural en los diferentes segmentos de la sociedad; y iii) aquellos que surgen de la desorganización social que produce un cambio que debilita creencias y valores que jugaban roles estabilizadores en la sociedad.

Con relación al carácter incompleto de muchas de las transformaciones precedentes se puede mencionar el caso de la permanencia de ciertas creencias, instituciones y actitudes claramente discriminatorias.

Por ejemplo, a pesar de la relativa igualación de los niveles de integración de hombres y mujeres en el mercado del trabajo y en la educación, aún se dan profundas desigualdades. De hecho, la encuesta Casen nos muestra que la principal razón por la que las mujeres jóvenes declaran abandonar el mercado del trabajo y el sistema educacional es el embarazo, situación que no tiene igual consecuencia para los hombres.



Este tipo de fenómenos habla de la persistencia de actitudes que privilegian roles más públicos para los hombres y más privados para las mujeres. Posiblemente reflejan también ciertas discriminaciones del mercado laboral que hacen más rentable el trabajo masculino que el femenino.

En definitiva, a pesar de una serie de igualaciones valóricas y actitudinales entre hombres y mujeres, aún persisten importantes diferencias entre ambos sexos¹⁸.

Otros ejemplos de transformaciones incompletas en el campo de la disminución de las discriminaciones, están constituidos por las restricciones que enfrentan las minorías sexuales para el reconocimiento de sus derechos familiares y legales.

En este mismo sentido, la Encuesta de Tolerancia y No Discriminación, señala que algunas formas de intolerancia no muestran demasiadas tendencias a la disminución en el tiempo, como es el caso del autoritarismo. Según estudios de la Universidad de Chile, “el aspecto donde se concentra mayormente la intolerancia es en relación al autoritarismo. Los chilenos aparecen como claramente autoritarios, y como más autoritarios que intolerantes entre otros aspectos” (Universidad de Chile, 2003).

En segundo lugar, con relación a los desafíos que emergen de las diversas velocidades con que se ha producido el cambio cultural en la sociedad, también es posible mencionar algunos casos emblemáticos.

Si bien la relativa liberalización de las costumbres y la disminución de la discriminación hacia la mujer es algo que cruza la sociedad entera, tampoco es posible negar que son especialmente las clases más acomodadas quienes han liderado el proceso, dejando a los segmentos de menor nivel socioeconómico en posiciones considerablemente más conservadoras.

En este sentido, la Cuarta Encuesta Nacional de Juventud muestra que son los y las jóvenes de estratos sociales más bajos quienes tienen actitudes más conservadoras respecto del rol de la mujer en la sociedad y quienes más manifiestan actitudes discriminadoras¹⁹.

Lo mismo se puede señalar con relación a la velocidad de los cambios en las diferentes generaciones. Por ejemplo, algunas investigaciones señalan que, tanto el nivel de apertura al extranjero, como el nivel de individuación de los y las jóvenes son mucho más altos que los del mundo adulto (INJUV y PNUD, 2004).

También se encuentra información similar cuando al analizar el consumo y mercado cultural según las distintas regiones en que está organizado administrativamente el país. El PNUD muestra que la diversidad espacial económica de Chile se reproduce también en estos ámbitos, logrando ciertas regiones índices de dinámica cultural casi el doble que otras (PNUD, 2002).

¹⁸ INJUV, 2004. *Los y las jóvenes: Similitudes y Diferencias*, Revista del Observatorio de Juventud, Santiago de Chile.

¹⁹ INJUV, 2004, *Cuarta Encuesta Nacional de Juventud: La integración social de los jóvenes*, Santiago de Chile, 2005, Santiago de Chile.

En síntesis, claramente las grandes transformaciones culturales que ha experimentado el país han tensionado y diversificado la estructura valórica, provocando la coexistencia de sectores de población con muy diversos niveles de aceptación de estos cambios.

Finalmente, es cabe reflexionar acerca de los desafíos que aparecen debido al debilitamiento de valores y creencias que jugaban roles relevantes en la estructura social, especialmente tres aspectos:

En primer lugar, el aumento del individualismo de las personas ha contribuido al debilitamiento y a la pérdida de legitimidad de una serie de organizaciones e instituciones antes cruciales para la vida social.

Es así como las organizaciones gremiales, profesionales y sindicales juegan un rol casi nulo en el acontecer actual (con sólo ciertas excepciones), al tiempo que mantienen un bajo nivel de legitimidad social. Por ejemplo, sólo un 24% de la población declara tener confianza en los sindicatos, mucho menos que la población que confía en los bancos (CERC, 2004).

El problema es que el debilitamiento de los lazos sociales produce un aumento de la sensación subjetiva de inseguridad, como ha mostrado claramente el informe de Desarrollo Humano del año 2002 (PNUD).

Un ejemplo del bajo nivel a que han llegado las confianzas interpersonales en Chile, está dado por el alto porcentaje de personas que considera difícil confiar en los demás hoy en día. Por ejemplo, en una encuesta de opinión pública realizada el año 2004, el 69% de los encuestados declaró creer que las personas trataban constantemente de aprovecharse de ellos, mientras que sólo un 19% declaró lo contrario²⁰. Según esta misma fuente, esta desconfianza interpersonal no ha cambiado apreciablemente en varios años.

El desafío entonces es lograr reconstruir redes sociales en un contexto cultural más individuado, donde uno de los focos centrales sea la instauración de confianza a nivel social.

En segundo lugar, la mayor participación laboral femenina y el tamaño relativamente menor de las familias, están cambiando rápidamente las funciones que desarrolla esta institución.

La familia, si bien no parece estar en crisis desde el punto de vista de la valoración que hacen de ella sus integrantes (ya que es la institución que genera más confianza en los y las jóvenes y casi el 97% de ellos se declara feliz de la familia propia²¹), parece estar generando dificultades en el funcionamiento de otros sub-sistemas sociales.

Es así como se ha detectado que es casi un lugar común en los adultos funcionarios públicos un discurso que acusa a la familia actual de abdicar de su rol como formadora valórica de las nuevas generaciones²².



En tercer lugar, tanto el creciente nivel de individuación, como la mayor exposición del país a las influencias extranjeras, han tendido a vaciar de sentido a la identidad nacional. Según el Informe de Desarrollo Humano, casi el 58% de la población señalan que hoy en día es difícil hablar con claridad del contenido de “lo chileno” (PNUD, 2002).

Eso no significa que ya no se valore el ser chileno, sino que el sentido de esa identificación resulta más difícil de interpretar, aumentando la sensación de inseguridad y transitoriedad que señalada anteriormente y relajando más aún los lazos de solidaridad.

También acá el desafío es construir una identidad nacional coherente en un contexto más fluido y permeable que antes. Resolver estos desafíos facilitará remontar la sensación de desconcierto e inseguridad que parece consustancial a la subjetividad de este contexto social.

En síntesis, también en el ámbito cultural Chile ha experimentado transformaciones importantes en los últimos 20 años. Sin embargo, se debe considerar que a pesar que muchas de estas transformaciones pueden calificarse de positivas para el desarrollo del país, no se debe olvidar que, tanto por las diferentes velocidades de cambio cultural experimentados por diferentes segmentos de la sociedad, como por el carácter incompleto de dichas transformaciones y la aparición de nuevos problemas culturales, Chile tiene también relevantes desafíos en esta área.

7. Descifrar y conducir la transformación: el desafío de los intelectuales.

Tal como se ha podido observar, el proceso chileno de transformación ha sido multidimensional y complejo. Además, no hay seguridad respecto del tipo de sociedad que finalmente emergerá de estos cambios, dado que la mayor parte de los procesos descritos aún se encuentran en curso.

No obstante, en principio se pudo constatar que la situación actual implica que los ciudadanos chilenos de hoy disponen de más posibilidades y recursos para la construcción de sus proyectos de vida que las generaciones anteriores.

Sin embargo, producto tanto de las tensiones generadas por un proceso de cambio incompleto y desigual, como de las consecuencias negativas de la transformación, tampoco se puede negar que actualmente se vive en una sociedad más compleja, donde aún es alto el riesgo de no lograr construir el futuro que se desea.

Con el fin de comprender el ritmo y forma de las transformaciones socioculturales actuales, se han

²⁰ Ibid.

²¹ INJUV, 2004, Op. Cit. *Cuarta Encuesta Nacional de Juventud...* Santiago de Chile, 2005.

²² INJUV, 2005, *Representaciones y relaciones entre jóvenes y adultos en cuatro ámbitos: educación, salud, seguridad pública y trabajo*. Investigación no publicada.

formulado una serie de teorías, las que por su parte han incidido en las estrategias que se han propuesto para intervenir más o menos racionalmente en este proceso.

Dado que estas transformaciones socioculturales no sólo han ocurrido en Chile, sino que algunos aspectos de ellas son comunes a lo sucedido en otros países y regiones, los pensadores que interpretan el proceso de cambio no son sólo nacionales, sino que también provienen de otros países.

Es así como se ha señalado que estamos transitando desde una “sociedad industrial” a una “post-industrial”, que estamos entrando a una “sociedad del conocimiento” o a una “sociedad de la globalización”, que ha emergido una “sociedad del riesgo” o que ha terminado la modernidad, configurándose actualmente una “sociedad postmoderna”.

Cada una de estas interpretaciones pretende dar una lectura coherente de los cambios que han experimentado las sociedades alrededor del mundo en los últimos años, por la vía de tratar de detectar cuáles son sus elementos críticos y, por tanto, enfatizando algún o algunos elementos de este cambio social.

Si bien este no es el lugar para discutir cada uno de estos enfoques, de todas maneras resulta valioso hacer una breve síntesis respecto de algunas de las interpretaciones que más impacto han tenido sobre el debate teórico y político en Chile.

Al respecto, es posible identificar tres interpretaciones que se diferencian fundamentalmente en el grado en que su posición es crítica respecto de la situación chilena. Evidentemente de cada una de estas perspectivas se deducen diferentes consejos para un mejor desarrollo futuro del país.

a. La primera y más estructurada de ellas está personificada a nivel mundial por autores como Anthony Giddens y Ulrich Beck quienes, desde una visión medianamente crítica, desarrollan la “Teoría de la Sociedad del Riesgo”, presentando un marco de interpretación comprensiva frente a los cambios vividos mundialmente en las últimas dos décadas.

Estos pensadores sostienen que si bien todas las sociedades y culturas han enfrentado riesgos, éstos son actualmente de diferente naturaleza que los anteriores.

De esta manera, si bien el riesgo que enfrentaba una sociedad con anterioridad se relacionaba aspectos externos a la propia sociedad, es decir, con la naturaleza (grandes diluvios, amenaza de los animales, terremotos, enfermedades infecciosas, entre otros) o con otras sociedades (invasiones, saqueos), las sociedades actuales enfrentan riesgos producidos por el propio funcionamiento de dichas sociedades.

El alto desarrollo tecnológico, científico e industrial alcanzado, entraña no sólo oportunidades para la realización de las expectativas de las personas, sino también produce riesgos.



Es así como la capacidad de la violencia humana para destruir completamente una sociedad, es más alta que nunca en la historia. Además, la industrialización ha presionado al medio ambiente hasta límites que hacen posible la ruptura de equilibrios ecológicos críticos para la misma sustentación de la sociedad (Giddens, 2002; 100).

Otro elemento que hace novedosos los riesgos que enfrentan las sociedades actuales, es que éstos son de carácter global. Hasta fechas muy recientes cuando una sociedad enfrentaba problemas, posiblemente sus vecinas u otras un poco más lejanas se mantenían en calma. Hoy en día, los riesgos son cada vez más universales: tanto las guerras como los problemas ambientales han adquirido un carácter global y amenazan al conjunto de la humanidad.

Por todo ello, según Giddens, la modernidad “es un fenómeno de doble filo. El desarrollo de las instituciones sociales modernas y su expansión mundial han creado oportunidades enormemente mayores para que los seres humanos disfruten de una existencia más segura y recompensada que cualquier tipo de sistema premoderno. Pero la modernidad tiene también un lado sombrío que se ha puesto de manifiesto en el presente siglo”²³.

Por otra parte, en los países del tercer mundo estos problemas y riesgos se agravan. Por ejemplo, Kliksberg (2000) sostiene que en América Latina los acelerados avances tecnológicos han desatado capacidades productivas y de progreso de inmensa magnitud, pero a la vez han potenciado agudos desequilibrios sociales, condenando a vastos sectores de la población a la pobreza, han generado fluctuaciones acentuadas en el ritmo económico y serios problemas ecológicos.

Se señala también que hoy en día predomina la incertidumbre social y han aumentado las experiencias de vulnerabilidad, de inestabilidad, de fragilidad y de precariedad. Esta época se caracteriza por la flexibilización del trabajo, cesantía, individualización e instituciones que se vuelven incoherentes, como la familia, el Estado, la burocracia y la ciencia.

Por todo ello, Kliksberg plantea que “alcanzar la deseada meta del desarrollo económico y social es más viable que nunca en términos de tecnologías y potencia productiva pero, al mismo tiempo, el objeto se halla muy distante de amplias poblaciones en diversas regiones del mundo, entre ellos, en América Latina”²⁴.

A partir de este diagnóstico, se proponen una serie de políticas que podrían hacer más compatibles el crecimiento económico y las transformaciones sociales actuales, con una mayor seguridad y bienestar de las personas.

Una de las propuestas que se relacionan con este diagnóstico (y quizá la más estructurada actualmente)

²³ Ibid, p.20.

²⁴ Ibid, p. 19

es la llamada “La Tercera Vía”. Esta propuesta es heredera tanto de las tradiciones de la socialdemocracia Europea, como de desarrollos del liberalismo en Estados Unidos y el Reino Unido.

Los principios de la Tercera Vía se sostienen en aceptar la globalización y transformaciones actuales con sus respectivas consecuencias, mientras que al mismo tiempo se generan acciones específicas que permitan modernizar el Estado para que este asuma un rol más activo en el asegurar igualdad de oportunidades; fomentar las relaciones entre los sujetos y dentro de sus familias; reducir la criminalidad; abogar por el derecho con responsabilidad; fortalecer el capital humano mediante la educación y aumentar la fortaleza de la sociedad civil²⁵.

Además, la tercera vía propone crear sistemas de protección social a cargo del Estado, aumentar los niveles de confianza interpersonal, de capital social y de participación de la sociedad civil.

De esta manera, Beck señala que la Tercera Vía propone firmar “nuevos pactos sociales tendientes a contrarrestar el excesivo peso del mercado y sus efectos, aminorar los riesgos y ampliar el perímetro social y cultural del individuo. Los procesos de comunicación y el desarrollo de medios al servicio de la sociedad civil adquieren una importancia determinante en el cambio de mentalidad o resocialización en la que debe fundarse el equilibrio y la disminución de la incertidumbre”²⁶.

Una versión nacional de la Tercera Vía ha sido propuesta por el actual gobierno de la Concertación de Partidos por la Democracia. Se ha llamado a este proyecto “Nuevo Trato”, el que consiste en un programa para fomentar la participación ciudadana y la sociedad civil, apoyando la constitución de actores capaces de enfrentar los desafíos del país.

Este nuevo Trato Social intenta promover las relaciones de confianza entre las personas y de éstas con las instituciones, a través de políticas y programas que favorezcan la participación en las políticas públicas y el afianzamiento de relaciones de solidaridad y cooperación en la sociedad chilena.

Muy cercanos a estas reflexiones se encuentran también los diagnósticos realizados por el Programa de las Naciones Unidas Para el Desarrollo.

Es así como en el marco de los Informes de Desarrollo Humano que el PNUD – Chile publica regularmente, se constató que pese a que la población chilena reconocía los logros económicos del país, eso no significaba que la ciudadanía estuviera satisfecha. Por el contrario, un difuso malestar recorría ciertos sectores de la sociedad. El aumento del individualismo, junto a un alto nivel de inseguridad y desconfianza interpersonal, tenía fuertes consecuencias negativas para la subjetividad de la población.



Según el PNUD (1998, s/p), una de las paradojas de la situación chilena actual sería “un país con notable desarrollo económico donde la gente no se siente feliz”, en otras palabras, el buen desempeño económico del país no brinda necesariamente un sentimiento de seguridad a la población. Es sabido que la modernización conlleva seguridades e inseguridades. Hoy en día, los chilenos tienen la seguridad de no pasar hambre y de ser respetados en sus derechos humanos. Simultáneamente, expresan sentimientos de inseguridad, incertidumbre y básicamente tres tipos de miedo: a la exclusión, al otro y al sin sentido (Kliksberg, 2000; 101).

El informe del PNUD (1998) afirma que una subjetividad vulnerada pone en peligro la sustentabilidad social del proceso de modernización. Uno de los desafíos del desarrollo humano reside pues, en lograr un desarrollo de la subjetividad que sea complementario al avance modernizador.

Esto se podría lograr a través del denominado “Desarrollo Humano Sustentable”, el que busca compensar la actual preocupación por las personas por bienestar material, con el facilitar que éstas amplíen la gama de sus opciones de vida y aprovechen equitativamente las oportunidades que abre la sociedad moderna.

Se busca instalar una perspectiva que se interesa por la persona como sujeto y como beneficiario del desarrollo. En este sentido, la intención del desarrollo gravita en lograr un espacio en que todos puedan aumentar sus capacidades, fomentando la asociatividad y la confianza interpersonal.

Un punto relevante en este propósito es fomentar el desarrollo de capital social y asociatividad entre las personas, ya que se evalúa que una sociedad funciona más eficientemente si tiene capacidades para actuar cooperativamente, armar redes, concertaciones y sinergias en su interior²⁷.

b. Una segunda interpretación de las transformaciones socioculturales actuales, menos crítica que la anterior, está representada por intelectuales como Eugenio Tironi y José Joaquín Brunner, quienes enfatizan el progreso experimentado por el país en estos últimos años, señalando que hoy se vive en un contexto de libertad política, sin exilio, sin policías secretas y sin represiones ideológicas. Las distintas estructuras de la sociedad han vuelto a la normalidad y la democracia se constituye como la forma de convivencia, organización y expresión de la sociedad.

Asimismo, la economía se encuentra en su mejor momento con altos niveles en el PIB y con relevantes intervenciones en foros internacionales. Con todo esto, “en Chile se respira un aire de libertad, esfuerzo e innovación que invita a la esperanza y no a la frustración” (Corporación Tiempo 2000,1998; 3). Por su parte, Tironi señala que aumenta el bienestar y las oportunidades, ya que mejoran las condiciones materiales de vida, hay más acceso a la educación y se acentúan los procesos de inclusión en Chile (Tironi y Ariztia, 2003).

²⁵ Ibid.

²⁶ <http://www.infoamerica.org/teoria/beck2.htm>

²⁷ Ibid, p.29.

A esto, Brunner agrega otros logros importantes, como la disminución de la pobreza, el desarrollo sustentado en la naturaleza y nuevos recursos de conocimiento e información, entre otros (Brunner, 1998; 145).

Con todo ello, el país avanza por la vía de la democracia y el desarrollo. En consecuencia, los problemas que se pueden detectar actualmente serían sólo transitorios, producto solamente de los desajustes que genera el progreso.

En consecuencia, continuar con la actual política económica sería la mejor manera de superarlos, sobre todo si a ella se le agrega un fuerte acento en el mejoramiento del sistema educativo, como forma de impulsar el desarrollo científico y tecnológico del país.

Este desarrollo científico tendría como finalidad producir, a largo plazo, una reconversión de la economía chilena que agregue mayor valor agregado a los productos de exportación y profundice las relaciones con los mercados mundiales. Este es el principal desafío para el Chile del futuro según estos intelectuales.

C. Una tercera interpretación de las transformaciones que ha experimentado Chile tiene como exponente principal a Tomás Moulián (1998), quien enfatiza que la sociedad chilena actual es una construcción de la dictadura: creada entre militares, intelectuales neoliberales y empresarios nacionales o transnacionales.

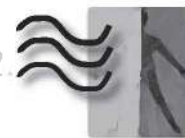
A partir de este origen, la descripción y análisis que este autor hace de la sociedad chilena actual es claramente negativa.

Señala que “ese bloque de poder, esa “tríada”, realizó la revolución capitalista, construyó esta sociedad de mercados desregulados, de indiferencia política, de individuos competitivos realizados o bien compensados a través del placer de consumir o más bien de exhibirse consumiendo, de asalariados socializados en el disciplinamiento y en la evasión. El Chile Actual proviene de una revolución capitalista y de una duradera dictadura revolucionaria de ese tipo” (Moulián, 1998; 18).

El único aporte positivo de la transición estaría dado por la política, al tener actualmente un régimen democrático (aunque cree que se trata más bien una “semidemocracia”).

Con relación al crecimiento económico que ha presentado el país, Moulián sostiene que este ha sido utilizado como estrategia de marketing, pero que en realidad sus beneficios no han llegado a los sectores populares.

Se agrega a lo anterior el que hoy en día, producto de la desideologización de los partidos políticos, han tendido a desaparecer los ámbitos de deliberación argumentada, y las elites que manejan el país se mantienen en el poder y reproducen las normas vigentes durante la dictadura militar.



Además hay una infraestructura pobre a nivel nacional, aumenta la violencia en la ciudad y se mantiene la desigualdad social, ya que a pesar que “todas las cifras muestran un aumento importante del gasto social, esto no ha evitado una disminución de la participación del primer quintil en la distribución del ingreso”²⁸.

A su vez, el consumo se convierte en medio de integración social, hecho que promueve la individualización y una sociedad cada vez más mercantilizada. De esta manera, “la individualización de las relaciones sociales, es el sello de identidad de las instituciones neoliberales del neocapitalismo del Chile Actual”²⁹.

En esta negativa descripción, se plantea que incluso los sectores más acomodados no han mejorado realmente su calidad de vida. Por el contrario, los más ricos “han superado su confort, ¿pero han mejorado su calidad de vida? No, también ellos han perdido en este aspecto. Están asediados por la inseguridad de la delincuencia, agobiados por el desorden urbano y la lentitud del tráfico, sumergidos en el smog, asustados por las nuevas formas turbulentas en que sus hijos viven sus adolescencias”³⁰.

Desde esta posición, Tomás Moulian propone una virtual refundación de Chile, asentando su desarrollo en bases muy diferentes a las implementadas por la dictadura militar. Si bien en concreto esta posición aún no ha sido completamente estructurada, se puede decir que sus principales recomendaciones para el futuro consisten en: asignar un mayor rol al Estado en la regulación de los mercados y de las relaciones entre los distintos grupos sociales, fomentar la aparición de una sociedad civil más fuerte y reflexiva, fundar una democracia preocupada de los derechos de las minorías y comprometida con valores progresistas y apoyar un crecimiento económico que respete los equilibrios naturales y cuyos beneficios se repartan más equitativamente.

En resumen, estas son las teorías que se han utilizado para interpretar y dotar de sentido a los cambios que ha vivido el país. Como se observa, dado que estas transformaciones son multidimensionales, algunos autores ponen acento en unas características de ellas, mientras que otros relevan las contrarias. Además, dependiendo de la ideología de cada autor, los análisis difieren fuertemente en su nivel de crítica al proceso.

Dado el aumento de la heterogeneidad de la sociedad chilena producto de los avances y rezagos de las transformaciones que se ha descrito, resulta difícil etiquetarla con una sola denominación teórica. En otras palabras, Chile no es una sociedad del conocimiento, aunque contiene algunos elementos de este tipo; no es una sociedad post-industrial, aunque pueden reconocerse algunas facetas que le acercan a este modelo societal, y así sucesivamente.

A partir de la información resumida en este capítulo, es posible afirmar que una mirada intermedia, que

²⁸ Ibid. p 96

²⁹ Ibid. p.117.

³⁰ Ibid.126.

reconozca los progresos realizados, pero también señale con claridad los cambios no concluidos, las nuevas contradicciones que aparecen, y resalte las deudas pendientes, constituye la mejor interpretación posible.

Por ello, si bien a lo largo de este informe muchas veces se recurrirá a conceptos e ideas derivados de la Sociedad del Riesgo para clarificar perspectivas, no significa que la sociedad chilena encaje totalmente en este modelo teórico. En otras palabras, si bien este texto sigue las líneas generales de ese enfoque, no sigue necesariamente esa perspectiva en la descripción de los y las jóvenes chilenos.



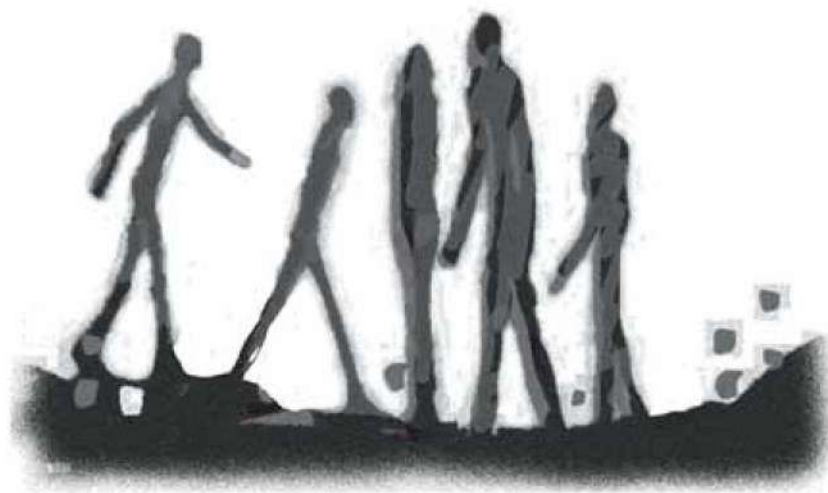
SEGUNDA PARTE

Una mirada a la realidad estructural y
subjetiva de la juventud chilena
contemporánea.

Amplios contrastes caracterizan la integración social de la juventud chilena: posee alta educación, pero dificultades para ingresar al trabajo; goza de buena salud, pero cuenta escasa protección ante los riesgos sanitarios que la afectan; valora la democracia, pero es el segmento que menos participa en las votaciones.







CAPÍTULO 3. SITUACIÓN DE LOS Y LAS JÓVENES EN EL CHILE DE HOY: LAS CONDICIONES DE SU INTEGRACIÓN SOCIAL

El objetivo del presente capítulo es mostrar la situación general de la juventud en Chile a través de una descripción cuantitativa y cualitativa de su integración a diferentes esferas de la sociedad prioritarias en el que hacer del Estado.



En primer lugar, se exponen las principales tendencias sociodemográficas que caracterizan a la población joven, lo que permite visualizar la escala de los fenómenos sociales asociados a este grupo.

A continuación se presenta una descripción de su integración a nivel macro y micro social.

El nivel macro social se refiere a la participación de jóvenes en los grandes sistemas integración social: la educación, el mercado del trabajo, los sistemas de protección social, y el poder político. La integración micro social por su parte, se refiere a la participación de jóvenes en estructuras de integración más restringidas y se introduce la distinción entre participación en espacios de sociabilidad y de asociatividad.

Por último, se analizará en que medida, limitaciones agudas en la integración juvenil a las diferentes esferas, puede derivar en conductas delictivas que perjudican la convivencia social y la calidad de vida de las personas. Específicamente se describirá la participación de jóvenes en delitos, así como su victimización por este tipo de actos.

1. Tendencias sociodemográficas

1.1. Peso juvenil en la población chilena

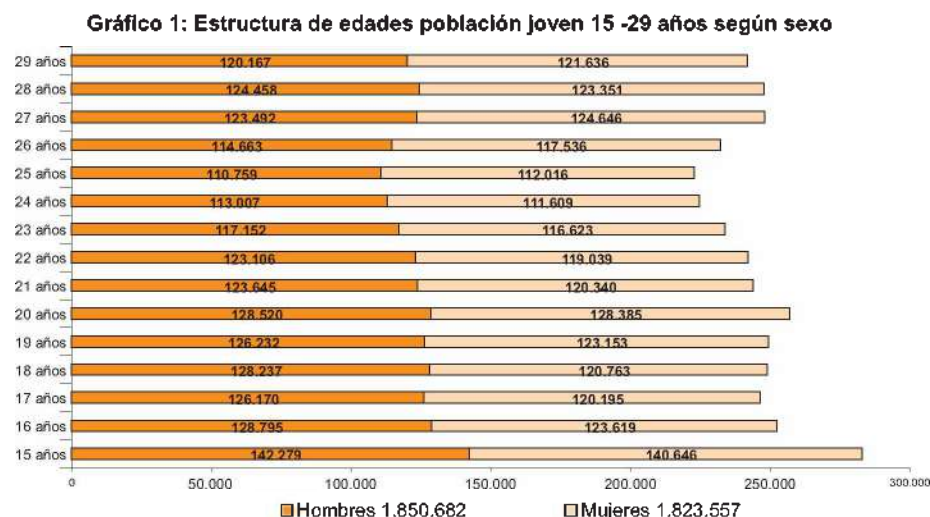
El envejecimiento de la población chilena hace que la población joven constituya una proporción decreciente dentro de la población total de lo país. De acuerdo a estimaciones de CELADE, las personas entre 15 – 29 años han caído desde un 28% a principios de los noventa a un 24% en el 2005, que equivale a cerca de 4 millones de personas. Se estima que hacia el año 2020 la juventud representará sólo el 20% de la población.

Cuadro 1

Evolución del peso de la juventud sobre la población total						
Año	1990		2005		2020	
15 - 19 años	1.235.643	9%	1.463.158	9%	1.236.847	7%
20 - 24 años	1.237.943	9%	1.322.128	8%	1.326.425	7%
25 - 29 años	1.268.512	10%	1.171.107	7%	1.483.179	8%
Total 15 - 29 años	3.742.098	28%	3.956.393	24%	4.046.451	22%
Población total	13.178.782	100%	16.267.278	100%	18.549.095	100%

Fuente: Estimaciones y proyecciones de la población chilena, CELADE, 2005.

El CENSO 2002 registró un total de 3.674.239 jóvenes de 15 - 29 años de los cuales 1.850.682 eran hombres y 1.823.557 mujeres, siendo los de 15 años el grupo más numeroso.



Fuente: Elaboración propia CENSO 2002, INE.

1.2. Distribución territorial de la población joven

a. Población joven en las regiones

En términos regionales la juventud se distribuye en el territorio nacional de acuerdo a los patrones generales de la población y se concentran en: Región Metropolitana de Santiago (41%), Región del Bío-Bío (12%) y la Región de Valparaíso (10%).



Cuadro 2

Distribución de la población joven 15 - 29 años según región				
Región	15 - 19 años	20 - 24 años	25 - 29 años	Total 15 - 29 años
1. Región de Tarapacá	38.234	35.160	35.213	108.607
2. Región de Antofagasta	42.691	40.913	43.424	127.028
3. Región de Atacama	21.512	18.483	19.124	59.119
4. Región de Coquimbo	51.089	46.987	45.903	143.979
5. Región de Valparaíso	132.550	124.713	113.963	371.226
6. Región del General Bernardo O'Higgins	62.887	55.955	60.035	178.877
7. Región del Maule	76.677	67.886	68.730	213.293
8. Región del Bio-Bio	160.639	147.196	139.755	447.590
9. Región de La Araucanía	79.096	66.947	64.394	210.437
10. Región de Los Lagos	91.285	80.826	83.592	255.703
11. Región Aisén del General Carlos Ibáñez del Campo	8.397	6.459	7.235	22.091
12. Región de Magallanes y de La Antártica Chilena	14.340	11.209	11.656	37.205
13. Región Metropolitana de Santiago	500.692	498.692	499.700	1.499.084
Total	1.280.089	1.201.426	1.192.724	3.674.239

Fuente: Elaboración propia CENSO 2002, INE.

b. Distribución de jóvenes en zonas rural y urbana

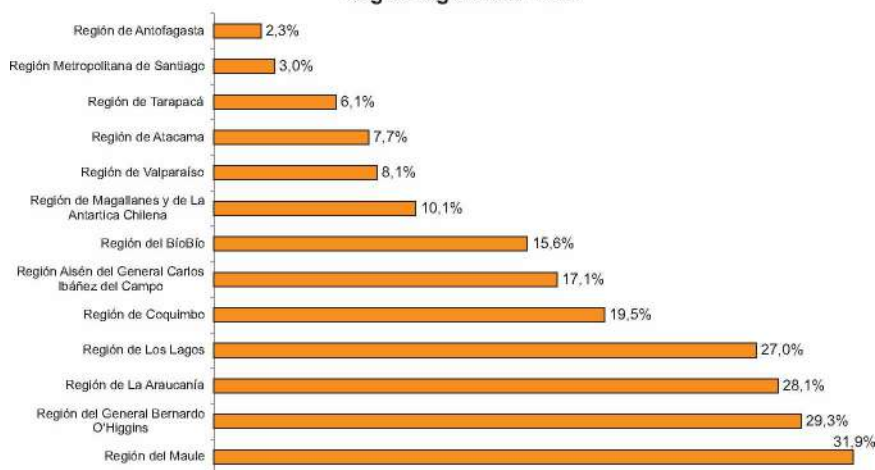
La población joven en Chile es eminentemente urbana, de acuerdo al último censo (INE, 2002) sólo un 12% habita en zonas rurales. Las regiones con mayor proporción de jóvenes rurales (superior a un 20%) corresponden a: Región del Maule, Región del General Bernardo O'Higgins, Región de La Araucanía y Región de Los Lagos.

Cuadro 3

Distribución de la población joven 15 - 29 años según área urbano - rural		
Urbano	3.230.655	88%
Rural	443.586	12%
Total	3.674.241	100%

Fuente: Elaboración propia CENSO 2002, INE.

Gráfico 2: Porcentaje de jóvenes 15 -29 años que habita en zonas rurales según región año 2002



Fuente: Elaboración propia CENSO 2002, INE.

1.3. Con quién y cómo viven las personas jóvenes

La observación de las relaciones de parentesco con el jefe de hogar¹ permite conocer con quién viven las personas jóvenes y estimar sus niveles de dependencia con relación a sus familias de origen.

En este sentido, los datos disponibles sugieren que durante la última década se ha dado un aumento moderado de la dependencia juvenil. Entre los años 1994 y 2003 la proporción de jóvenes que vive con sus padres crece desde un 61% a un 66%. Mientras, el porcentaje de jóvenes que se había emancipado de la familia de origen, ya sea como jefe de hogar o como cónyuge o pareja de un jefe de hogar, cae desde un 24% a un 18%.

Por otra parte, en el año 2003 un 14% de las personas jóvenes vivía en hogares cuyos jefes son otros familiares diferentes de sus padres. Al observar su relación de parentesco con el jefe de hogar según edad, es posible apreciar que la dependencia es total durante la adolescencia y se reduce gradualmente a lo largo de la juventud.



Cuadro 4

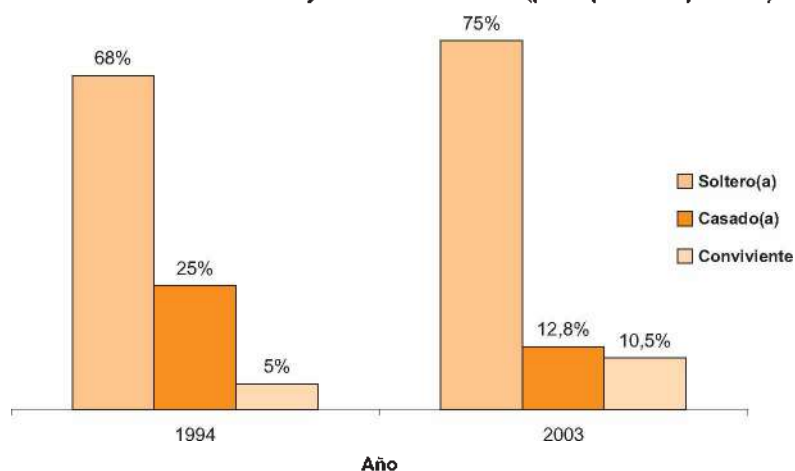
Relación de parentesco con el Jefe(a) de hogar jóvenes 15 a 29 años en quinquetos				
	15 -19 años	20 - 24 años	25 - 29 años	Total
Hijo(a), hijastro(a)	83%	67%	44%	66%
Otro familiar	14%	15%	12%	14%
Cónyuge o pareja	1%	8%	22%	10%
Jefe(a) de Hogar	1%	7%	20%	8%
No familiar	1%	2%	2%	2%
Servicio Doméstico	0%	1%	1%	1%
Total	100%	100%	100%	100%

Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, 2003.

En términos de estado civil, durante la última década ha crecido el porcentaje de jóvenes que permanece soltero mientras que disminuye el emparejamiento en esta etapa. Hacia fines del año 2003 tres de cada cuatro jóvenes se encontraba soltero y uno de cada cuatro estaba casado o convivía.

Otro hecho destacable es que dentro de la población joven se ha producido prácticamente una igualación en la proporción de personas que está casada y que convive. En el año 1994 la relación entre convivientes y casados era de 4 a 1.

Gráfico 3: Estado civil jóvenes 15 - 29 años (principales respuestas)



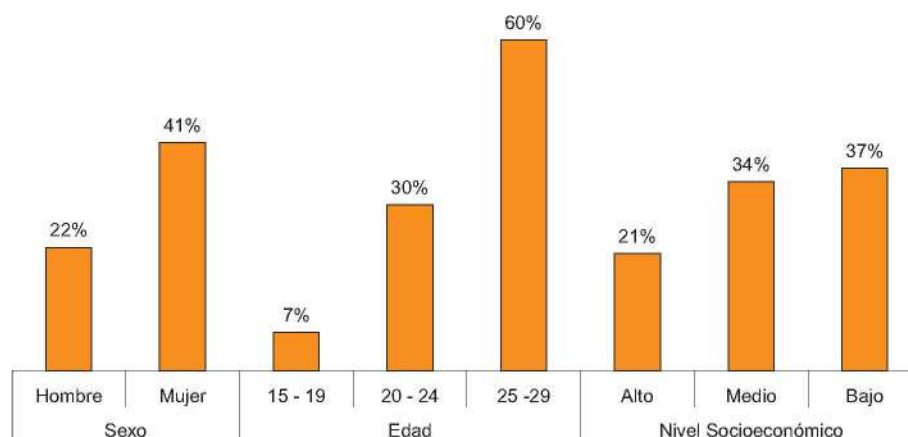
Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, 2003.

¹ De acuerdo a las encuestas de hogares se considera como hogar a una unidad de 1 o más personas con o sin vínculos de parentesco entre sí, que habitualmente hacen vida en común; habitan en la misma vivienda y comparten un presupuesto de alimentación.

1.4. Paternidad y maternidad en la juventud

Según la Cuarta Encuesta Nacional de Juventud, un tercio de la población joven (32%) tiene hijos, este hecho vital resulta determinante en la biografía de las personas y sucede con mayor frecuencia en mujeres, en jóvenes mayores de 20 años y en jóvenes de nivel socioeconómico bajo.

Gráfico 4: Porcentaje de jóvenes que tiene hijos

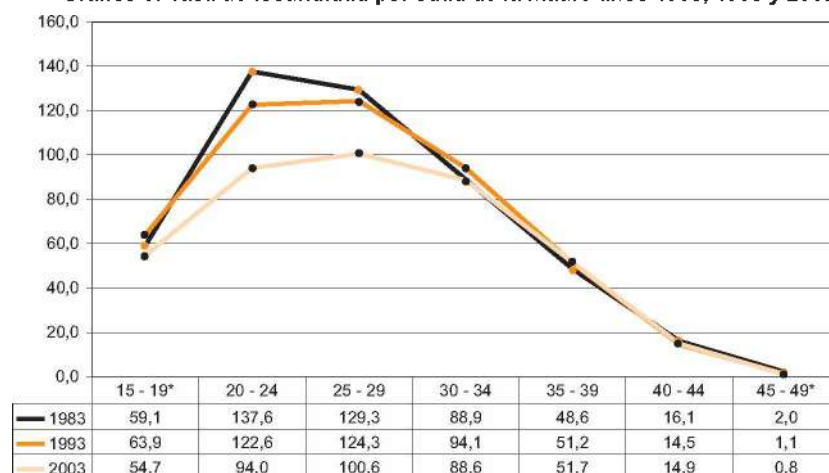


Fuente: Cuarta Encuesta Nacional de Juventud, INJUV, 2003.

Siguiendo la tendencia demográfica general, la población joven, especialmente entre los 20 y los 29 años ha tendido a retardar el nacimiento de hijos, tal como se refleja en la disminución de la fecundidad² en mujeres de edades 20 –24 y 25 – 29 en los últimas 2 décadas. En las mujeres menores de 20 años en cambio, la fecundidad ha experimentado un descenso mucho más moderado, y en algunas edades específicas incluso ha aumentado.



Gráfico 5: Tasa de fecundidad por edad de la madre años 1983, 1993 y 2003



* Las tasas de estos grupos incluyen menores de 15 y mayores de 49 años respectivamente.

Fuente: Anuarios de Demografía, INE, 2003.

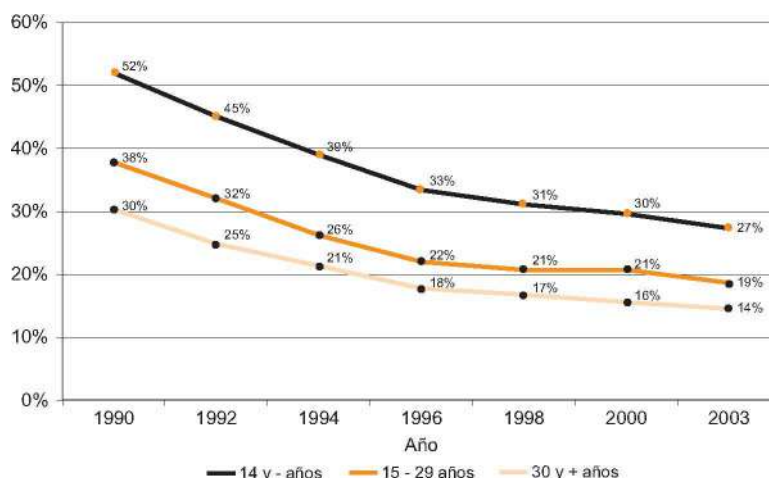
1.5. Jóvenes y pobreza

La expansión de la economía en combinación con un conjunto de políticas sociales permitieron que durante la década de los 90 el país experimentara un drástico descenso en los niveles de población bajo la línea de la pobreza³. Entre los años 1990 y 2003 la proporción de jóvenes en esta condición bajó desde un 38% a un 19%.

² Nacimientos cada 1000 mujeres

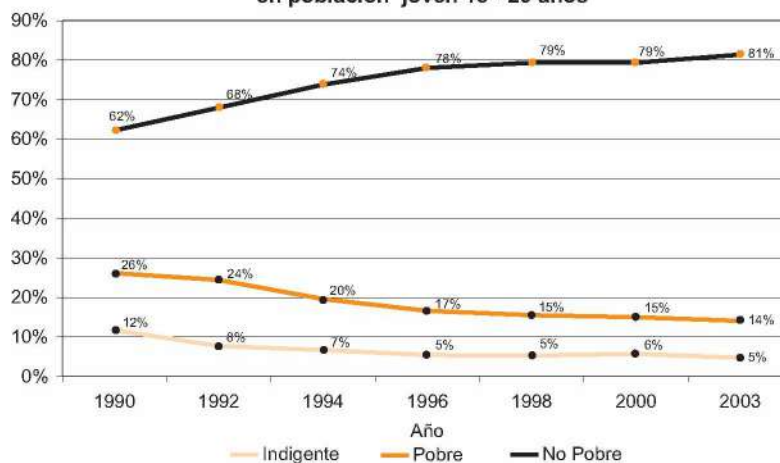
³ A un individuo se le considera "pobre", si el ingreso per cápita de su hogar se sitúa por debajo del nivel mínimo que le permita satisfacer sus necesidades básicas; e "indigente", si éste no le permite satisfacer sus necesidades alimentarias. Estos mínimos se denominan "línea de pobreza" y "línea de indigencia" respectivamente.

Gráfico 6: Población bajo la línea de la pobreza según edad en grupos



Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, años respectivos.

Gráfico 7: Condición de pobreza e indigencia en población joven 15 - 29 años



Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, años respectivos.

Desde mediados de la década de los 90 es posible apreciar una disminución en el ritmo de reducción de la pobreza, mientras que la indigencia tiende a estabilizarse. Hacia fines del año 2003 un 14% de la población joven de 15 – 29 años era pobre, mientras que un 5% era indigente.

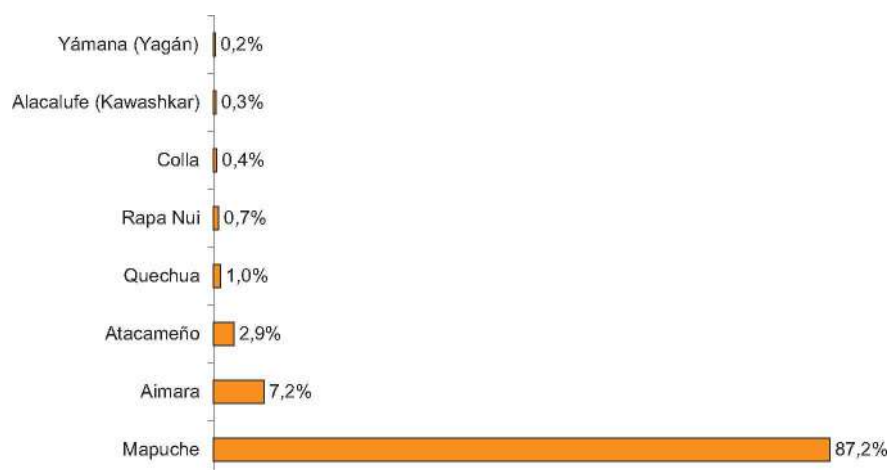


Las regiones que presentaron mayor porcentaje de jóvenes viviendo bajo la línea de la pobreza fueron: Región de La Araucanía (31%), Región del BíoBío (29%) y la Región de Atacama (24%). Los menores niveles de pobreza juvenil se registraron en: Región de Antofagasta (11%), Región Metropolitana de Santiago (13%) y Región de Magallanes y de La Antártica Chilena (13%).

1.6. Jóvenes pertenecientes a pueblos indígenas

De acuerdo al CENSO 2002 en Chile un 4,8% de las personas entre 15 a 29 años - lo que equivale a cerca de 177.000 personas - pertenece a alguno de los ocho pueblos originarios reconocidos por la ley⁴. Dentro de esta población, los Mapuches resultan el grupo predominante alcanzando un 87%.

Gráfico 8: Jóvenes indígenas según pueblo originario de pertenencia

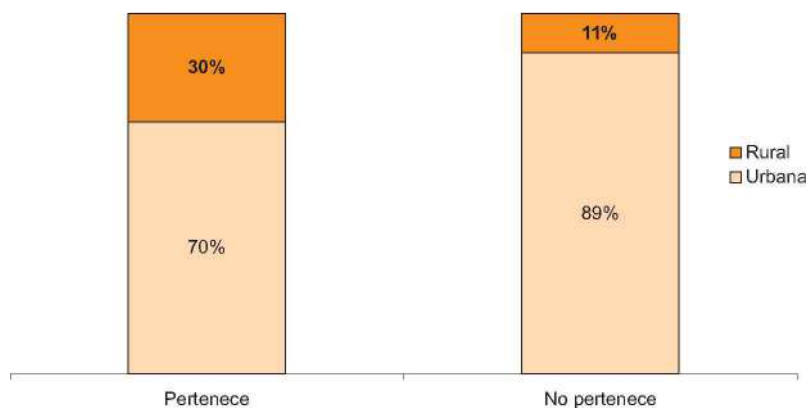


Fuente: Elaboración propia CENSO 2002, INE.

En términos de ubicación geográfica, la juventud indígena se concentran en cuatro regiones: Metropolitana (29%), Región de La Araucanía (28%), Región de Los Lagos (14%) y la Región del Bío Bío (8%).

⁴ Los 8 pueblos originarios reconocidos por la ley en Chile son: Alacalufe (Kawashkar), Atacameño, Aimara, Colla, Mapuche, Quechua, Rapa Nui y Yámana (Yagán)

Gráfico 9: Jóvenes según pertenencia a pueblos originarios y área de residencia



Fuente: Elaboración propia CENSO 2002, INE.

2. Integración macro social

2.1. Integración juvenil al sistema educacional: logros y limitaciones

El desarrollo del capital humano a partir de un sistema universal de educación formal es uno de los ejes centrales del proyecto de desarrollo asumido por la sociedad chilena debido a las capacidades que otorga a los individuos para “desenvolverse en la sociedad y aportar productivamente” (PNUD, 2004).

Existe un difundido consenso de que una sociedad más educada puede acceder a una mejor distribución de los ingresos, mayor cohesión social, diversidad cultural y un crecimiento económico sustentable, entre otros beneficios (CEPAL, 2004). De esta forma, la extensión y la calidad de la participación de las generaciones jóvenes en el sistema educacional hoy, resulta determinante para el desarrollo personal y social en el mediano plazo.

A continuación serán presentados indicadores generales de la integración de personas de 15 a 29 años al sistema educacional en la última década, y se analizarán logros y limitaciones específicos de su participación en la enseñanza secundaria y en la educación superior o terciaria.

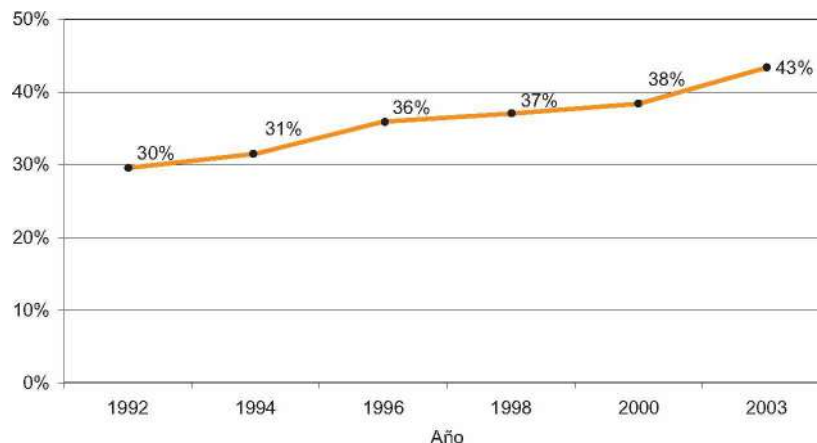


a. Logros educativos generales

Que el esfuerzo de nuestro país por incrementar la integración de las nuevas generaciones al sistema educativo desde el inicio de la década de los noventa ha tenido resultados exitosos, es un hecho que no se puede desconocer.

En primer lugar, es posible observar un aumento sostenido en la proporción de jóvenes que participa de la educación formal. De esta forma, en el período comprendido entre los años 1992 y 2003 el porcentaje de jóvenes de 15 a 29 años que estudian aumentó desde un 30% a un 43%. Esto se traduce en que al finalizar el periodo hay más de 1.600.000 jóvenes asistiendo a establecimientos educacionales.

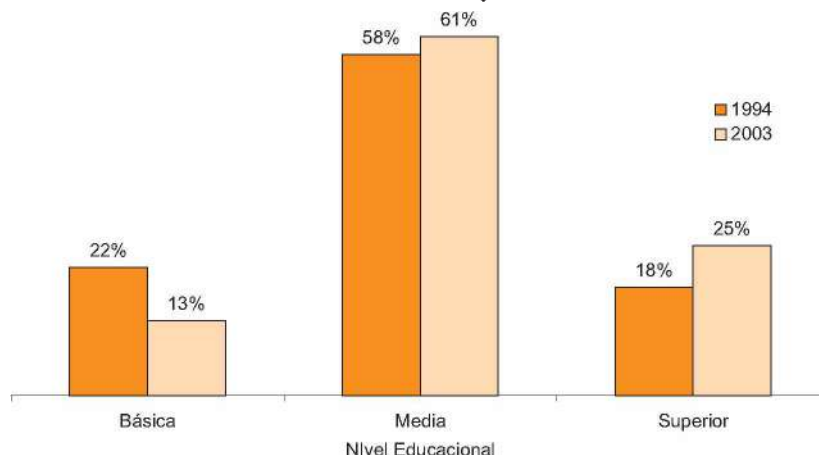
Gráfico 10: Evolución del porcentaje de jóvenes 15 a 29 años que asiste a un establecimiento educacional



Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, años respectivos.

Segundo, durante el período comprendido entre los años 1994 y 2003 mejora significativamente el nivel educacional alcanzado por los y las jóvenes. Si bien el porcentaje de jóvenes de 15 a 29 años con enseñanza media se ha mantenido estable, el porcentaje de jóvenes que solo han alcanzado la enseñanza básica cae desde un 22% a un 13%, mientras que el porcentaje de jóvenes con educación superior sube desde un 18% a un 25%.

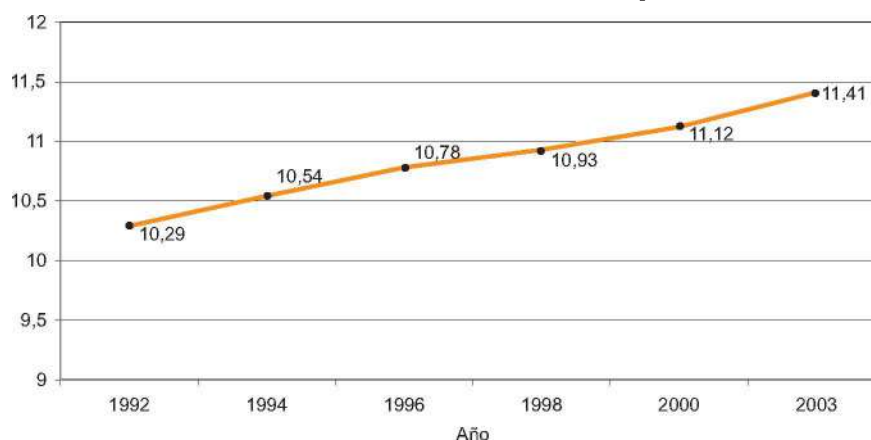
Gráfico 11: Nivel educacional alcanzado por la población joven 15 a 29 años años 1994 y 2003



Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, años respectivos.

Por último, el promedio de años formales de escolaridad en la población joven de 15 a 29 años ha aumentado sostenidamente desde 10,29 años en año 1992 a 11,41 años en el 2003.

Gráfico 12: Promedio de años de educación formal de jóvenes 15 a 29 años



Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, años respectivos.



En general, estos logros educativos son un éxito para el país. Sin embargo, considerando que la persistente desigualdad en la distribución de ingresos característica de Chile condiciona la participación de los y las jóvenes en el sistema educativo, se ha procedido a analizar de forma específica los logros y limitaciones de la participación de jóvenes en la educación secundaria y superior.

b. Jóvenes y educación secundaria

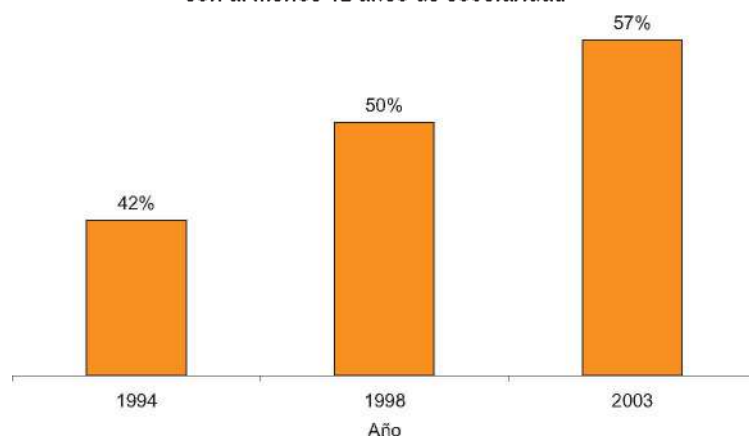
En la última década se dan una serie de transformaciones que afectan positivamente la integración de jóvenes a la educación secundaria.

En primer lugar, en la última década aumenta significativamente el porcentaje de jóvenes que cuentan con educación secundaria terminada. En este sentido, cabe destacar que el Estado chileno asegura 12 años de escolaridad gratuita y obligatoria, un cambio revolucionario en términos del acceso juvenil a la educación secundaria.

En mayo del año 2003, se promulgó una Reforma Constitucional que establece la enseñanza media obligatoria y gratuita, y que entrega al Estado la responsabilidad de garantizar el acceso a este nivel educacional para todos los chilenos hasta los 21 años de edad.

Dicha reforma se suma a la implementación desde el año 2000, del “Programa Liceo Para Todos”, que se propone como meta bajar la tasa de retiro a 5 % en los establecimientos que concentran las mayores dificultades educativas y sociales. En el año 2004, los liceos beneficiados por las iniciativas de este programa ascienden a 428 y los alumnos becados a 16.000.

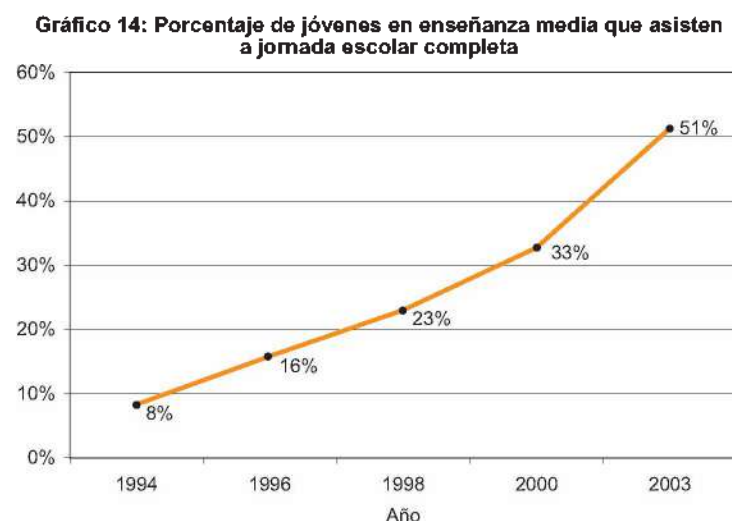
Gráfico 13: Evolución del porcentaje de jóvenes 15 a 29 años con al menos 12 años de escolaridad



Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, años respectivos.

En segundo lugar, durante la última década se ha incrementado significativamente el tiempo de exposición a los aprendizajes en estudiantes primarios y secundarios a través de la extensión de la jornada escolar. De hecho, datos de las encuestas de hogares sugieren que el porcentaje de jóvenes en educación secundaria que asisten a la jornada escolar completa subió desde un 9% a un 51% entre los años 1994 y 2003.

En el año 1998 se estableció por ley un mínimo de 42 horas semanales de clases para alumnos de enseñanza media. La incorporación a la jornada completa se está llevando a cabo de manera gradual y según las disposiciones de la nueva ley de Jornada Escolar Completa (2004) esta debería alcanzar para el año 2010 a la totalidad de establecimientos subvencionados.



Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, años respectivos.

En tercer lugar, más allá de la preocupación por la cobertura, desde principios de la década de los 90 se han introducido una serie de reformas al sistema de educación secundario destinadas a incrementar la efectividad y calidad de esta instancia de formación de capital humano.

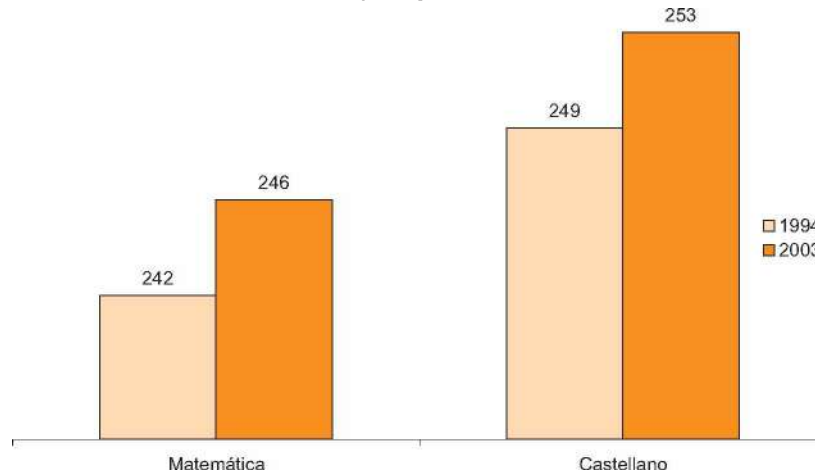
Entre estas iniciativas se destacan el Programa de Mejoramiento de Equidad y de la Calidad de la Educación Media (MECE-MEDIA) desarrollado entre los años 1996 y 2000 a través de la intervención focalizada en 1.300 establecimientos a lo largo del país en estado de privación pedagógica. Una de las líneas de acción de este programa fue el incremento de recursos y mejoramiento de condiciones para el trabajo escolar (bibliotecas, material didáctico, textos, infraestructura y equipamiento), y otra, la optimización de procesos educativos y preocupación por los resultados del aprendizaje (gestión pedagógica, gestión



directiva del liceo, actividades curriculares de libre elección, asistencia técnica educativa, reforma curricular, etc).

El impacto de las iniciativas que persiguen incrementar la calidad educativa se puede observar en un incremento moderado de los promedios nacionales de los puntajes del Sistema de Medición de la Calidad de la Educación⁵ (SIMCE) tanto en matemática como en lenguaje durante la última década.

Gráfico 15: Promedio de puntajes nacionales SIMCE 2° medio



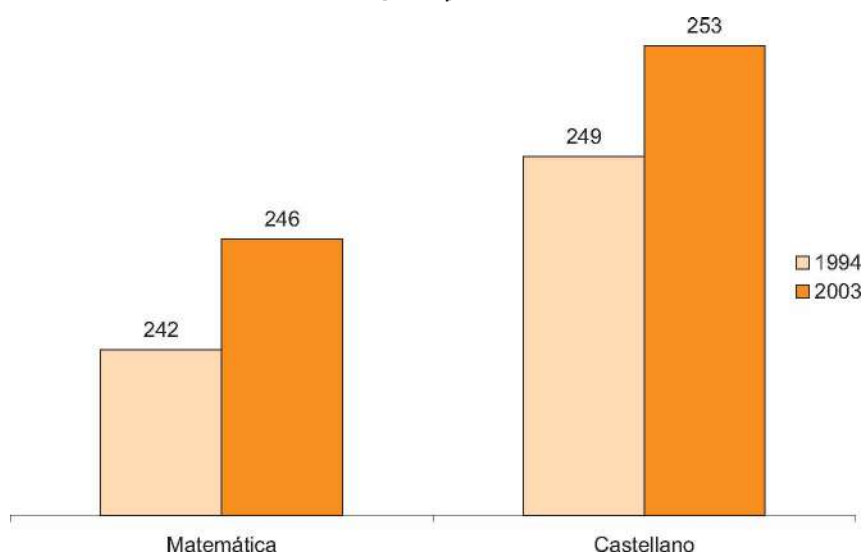
Fuente: Estadísticas MINEDUC, 2005.

Finalmente, cabe destacar que en la última década se incorpora de forma masiva las tecnologías de información y comunicación al trabajo escolar a través de una política nacional que tuvo expresión en el Programa Red Enlaces del Ministerio de Educación.

El objetivo del programa ha sido mejorar los aprendizajes y competencias de los alumnos del sistema educacional municipalizado y particular subvencionado haciendo un uso intensivo de las Tecnologías de Información y Comunicación (TIC). Para lograr esto, en los establecimientos beneficiados se instala la infraestructura computacional necesaria y se provee material de apoyo que permite maximizar el uso de estos recursos digitales en el proceso de enseñanza-aprendizaje. Entre los años 1995 y 2001, el número de establecimientos educacionales que participan de Enlaces sube desde 62 a 1.288, y se espera que durante los años 2005 y 2006, se sumen un total de 660 escuelas rurales.

⁵ El Sistema de Medición de la Calidad de la Educación (SIMCE) funciona en base a una prueba que se aplica a nivel nacional, una vez al año, alternadamente a todos los alumnos del país que cursan 4° Básico, 8° Básico o 2° Medio, sus resultados permiten conocer el desempeño en diferentes sectores de aprendizaje del conjunto de los alumnos.

Gráfico 16: Promedio de puntajes nacionales SIMCE 2° medio



Fuente: Estadísticas de la educación, MINEDUC, 2001

La Red Enlaces ha jugado un papel decisivo en el acceso equitativo a nuevas tecnologías. Según la encuesta CASEN 2003, en 80,5% de estudiantes de enseñanza media tiene acceso a un computador y tres de cada cuatro estudiantes secundarios pobres – perteneciente a hogares del primer quintil de ingreso – accede a un computador exclusivamente en el establecimiento educacional (MIDEPLAN, 2004).

En suma, la expansión cuantitativa y cualitativa del sistema educacional secundario en la última década está aumentando la disponibilidad individual de conocimiento y destrezas del general de jóvenes en edad escolar, promoviendo tanto su desarrollo individual como una integración social virtuosa al mundo adulto.

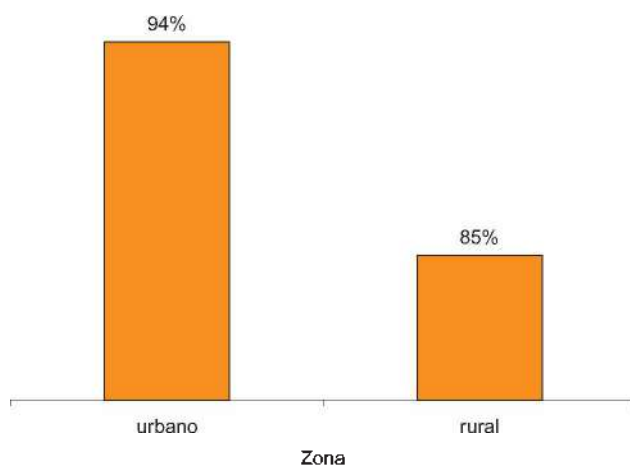
Pese a estos avances, la integración de juvenil a la educación secundaria presenta limitaciones importantes asociadas a la profunda heterogeneidad de la sociedad chilena.

En primer lugar, tal como sugiere el Informe sobre el Capital Humano en Chile, la escuela “todavía no incluye a todos los niños y jóvenes en edad de estudiar” (Brunner, 2003). La cobertura⁶ de la educación secundaria se ha ampliado significativamente durante la última década llegando el año 2003 a un 92,6% (CASEN 2003), sin embargo, aún hay jóvenes que abandonan prematuramente el sistema escolar.

El déficit de cobertura en educación secundaria se asocia fuertemente con la pertenencia a zonas rurales y es directamente proporcional a la riqueza relativa de los hogares.

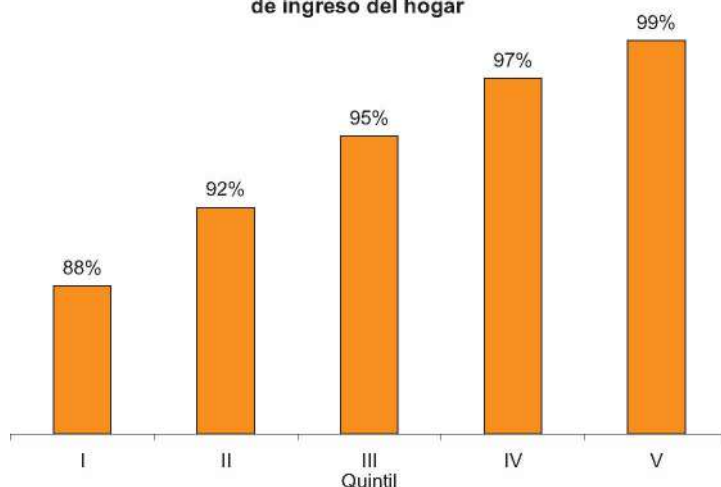


Gráfico 17: Cobertura de enseñanza media según zona de residencia



Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, 2003.

Gráfico 18: Cobertura de enseñanza media según quintil de ingreso del hogar



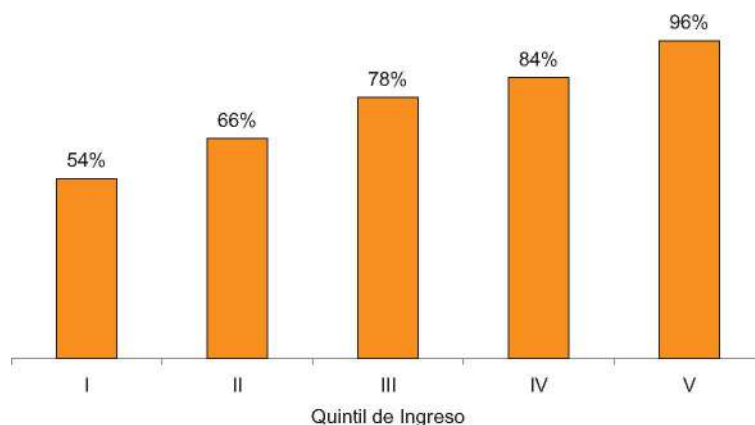
Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, 2003.

En segundo lugar, pese a la alta cobertura, el sistema de educación secundario aún presenta importantes problemas de rendimiento, es decir, en la proporción de jóvenes en edad de graduarse que efectivamente lo hace. De acuerdo al informe de Capital Humano en Chile, este indicador se sitúa en un 56%, es decir, “algo más de la mitad de los jóvenes en edad oficial de graduarse de nivel secundario lo logra oportunamente” (Brunner, 2003).

⁶ Para cálculos de cobertura educacional en este informe se ha usado la metodología aplicada por MIDEPLAN y MINEDUC basada en una población teórica ajustada de 14 a 17 años para la enseñanza media y de 18 a 24 años para la educación superior.

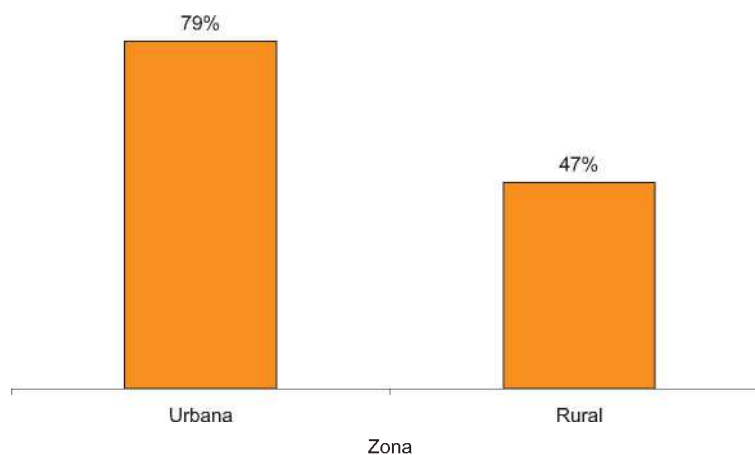
Como es de esperar el rendimiento de la educación secundaria se distribuye de forma muy desigual. Al analizar la proporción de jóvenes con 12 años de escolaridad en el cohorte de 20 a 24 años es posible observar que el déficit de rendimiento de la educación secundaria – al igual que la cobertura - se asocia fuertemente con los bajos ingresos y las zonas rurales.

Gráfico 19: Porcentaje de jóvenes 20 a 24 años con 12 años de escolaridad según quintil de ingreso del hogar



Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, 2003.

Gráfico 20: Porcentaje de jóvenes 20 a 24 años con 12 años de escolaridad por zona de residencia

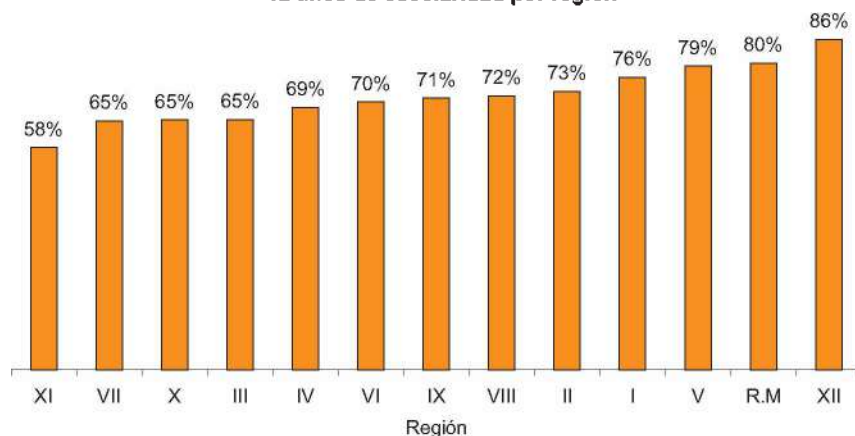


Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, 2003.

El rendimiento de la educación secundaria presenta además profundas diferencias interregionales.



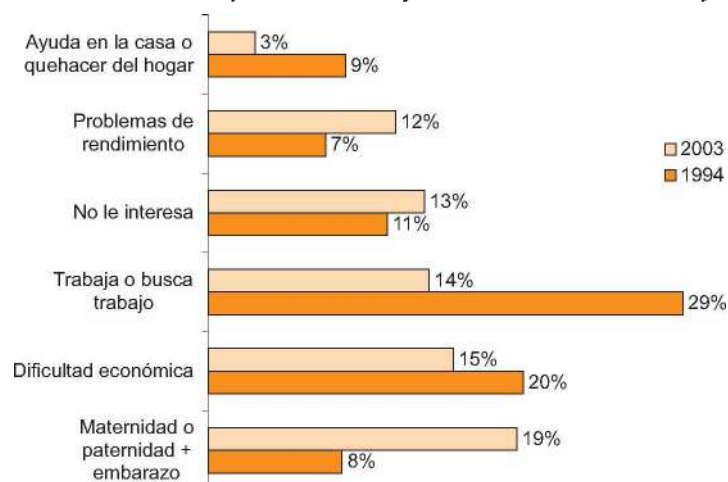
Gráfico 21: Porcentaje de jóvenes de 20 a 24 años que completaron 12 años de escolaridad por región



Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, 2003

En tercer lugar, no se ha logrado abordar con éxito todas las causas del abandono escolar. El análisis longitudinal de los principales motivos para no estudiar de la cohorte de edad de 14 – 17 años⁷ muestra, para el periodo 1994 – 2003, que los quehaceres del hogar, las actividades asociadas al trabajo y las dificultades económicas, pierden fuerza como motivos para no estudiar mientras que la maternidad (paternidad) y el embarazo se convierte en la principal causa del abandono del sistema educacional.

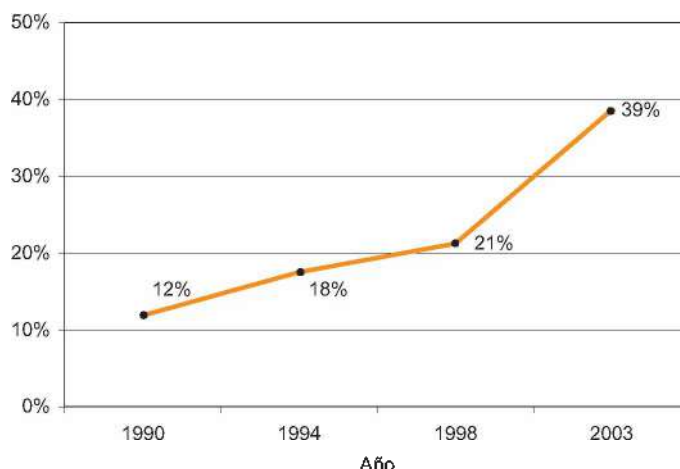
Gráfico 22: Motivos para no estudiar jóvenes de 14 -17 años 1994 y 2003



Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, años respectivos.

⁷ Población teórica objetivo de la enseñanza secundaria según MINEDUC.

Gráfico 23: Maternidad o embarazo como motivo para no estudiar en mujeres jóvenes de 14 a 17 años



Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, años respectivos.

La maternidad como motivo de exclusión de la educación secundaria ha experimentado un aumento significativo en la última década y afecta de manera particular a las jóvenes de hogares más modestos. Según la encuesta CASEN 2003 tres de cada cuatro mujeres de 14 a 17 años excluidas de la escuela por este motivo provienen de los hogares más pobres (quintiles I y II de ingreso).

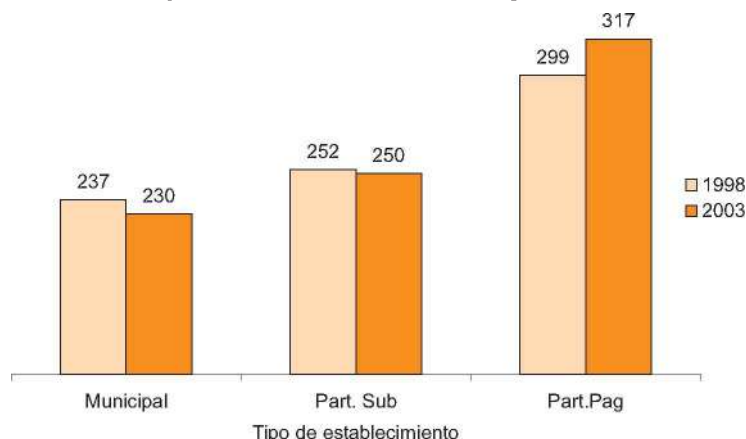
Otra limitación que caracteriza al sistema de educación secundaria en Chile es la distribución desigual de la calidad de los aprendizajes.

Tomando como indicador de calidad de la educación los puntajes de la prueba SIMCE aplicada en enseñanza media se puede observar, por un lado, que los colegios que reciben apoyo estatal – subvencionado y municipales – obtienen puntajes significativamente menores que los particulares.

Por otro lado, - tal como sugiere la comparación entre los años 1998 y 2003 en los puntajes de matemática- es posible que esta desigualdad tienda a incrementarse. Entre los años 1998 y 2003 sólo los colegios particulares pagados subieron sus puntajes, mientras los colegios particulares subvencionados los mantuvieron, y los colegios municipales los bajaron.



Gráfico 24: Puntajes Simce Matemáticas 2° medio, según tipo de establecimiento años 1998 y 2003



Fuente: Estadísticas MINEDUC, 2005.

La distribución desigual de la calidad de los aprendizajes se refleja también en las diferencias en la habilitación para el uso de herramientas de la modernización tales como la computación o idioma extranjero en parte explicables por la participación en la enseñanza secundaria.

Según la Cuarta Encuesta Nacional de la Juventud, un tercio de las personas jóvenes posee sólo conocimientos mínimos de computación y en jóvenes de nivel socioeconómico bajo el desconocimiento de esta herramienta sube a un 57%. En el caso de un idioma extranjero más de la mitad sabe nada o casi nada, ascendiendo a un 73% en jóvenes de nivel socioeconómico bajo (INJUV, 2004).

c. Jóvenes y educación superior

De acuerdo a las estadísticas del MINEDUC, para el año 2003, la matrícula total de educación superior bordeaba las 570.000 personas, y según las encuestas a hogares, los estudiantes de educación superior representan un 37% de la población entre 15 a 19 años que estudia (CASEN 2003).

La oferta de educación superior en nuestro país se concentra en un total de 229 instituciones, y se distribuye en: 63 Universidades, 51 Institutos Profesionales y 115 Centros de Formación Técnica.

En términos de matrícula, en la educación superior la mayor parte de los estudiantes se concentra en universidades (71%), mientras que solo un 29% estudia en instituciones que imparten formación profesional y técnica.

Cuadro 5

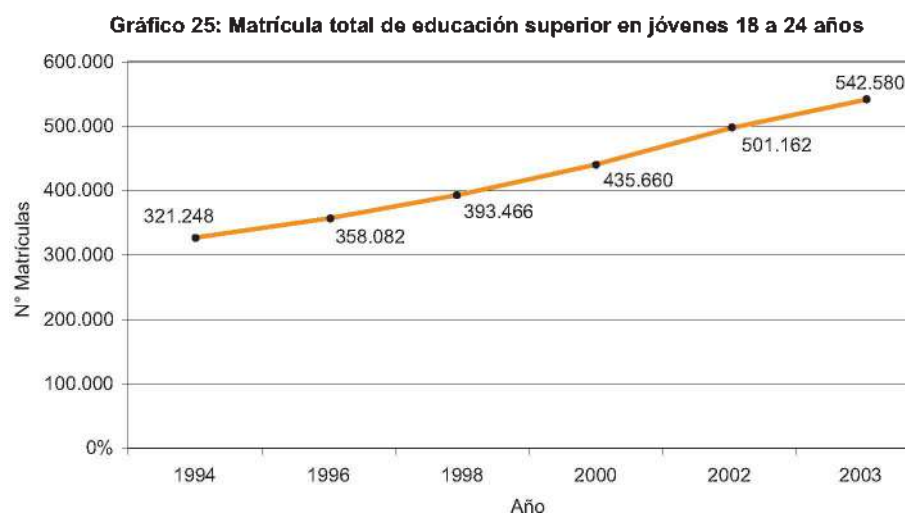
Matrícula total educación superior según tipo de institución por sexo año 2003				
Tipo de Institución	Hombres	Mujeres	Total	%
Universidad	204.761	198.609	403.370	71%
Instituto Profesional	60.926	40.748	101.674	18%
Centro de Formación Técnica	30.149	31.921	62.070	11%
Total	295.836	271.278	567.114	100%

Fuente: Estadísticas de la educación, MINEDUC, 2003.

Tal como en la educación secundaria, el sistema de educación superior presenta para los últimos años un conjunto de logros en términos de integración de los juvenil.

En primer lugar, se han ampliado considerablemente las posibilidades de la población joven para acceder a instancias que les permitan la formación de capital humano avanzado. De hecho el Informe sobre la Educación Superior en Chile (Brunner, 2005) plantea que Chile se encuentra en pleno proceso de masificación de la educación terciaria.

Según cifras del MINEDUC, en el período 1994-2003 la matrícula total de educación superior que ha aumentado en un 73%, mientras que para el segmento de 18 a 24 años ha crecido en un 69%.

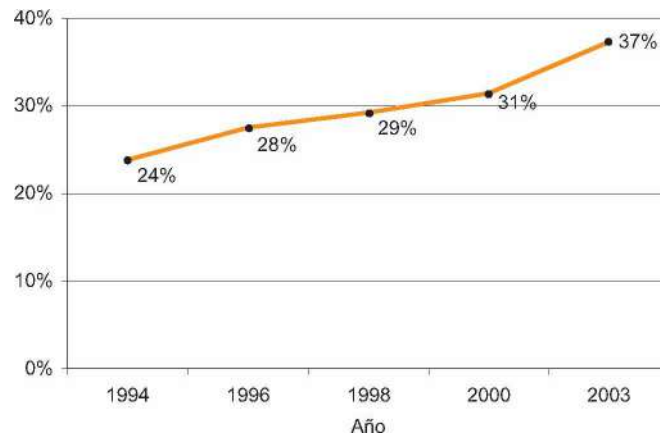


Fuente: Estadísticas de la Educación, MINEDUC, 2003.



Por otro lado, según la Encuesta de Caracterización Socioeconómica (CASEN) la cobertura de educación superior – calculada para una población teórica de 18 a 24 años – creció desde un 24% en el año 1994 a un 37% en el año 2003.

Gráfico 26: Cobertura de educación superior población 18 a 24 años en el período 1994 - 2003



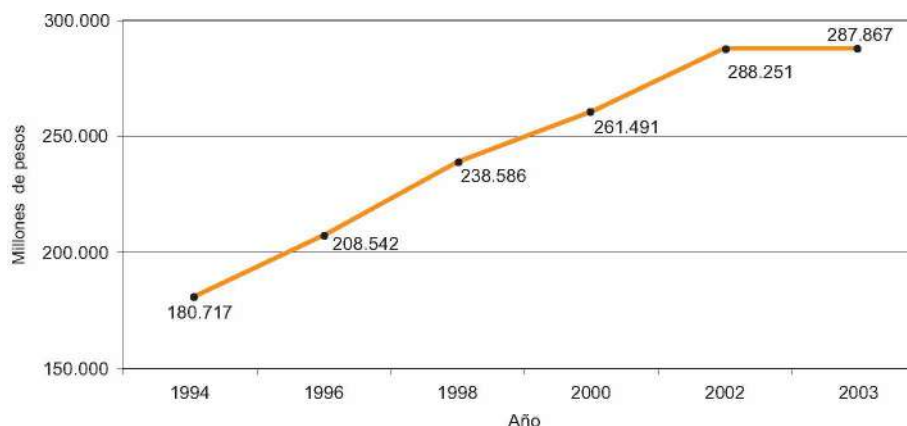
Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, años respectivos.

En segundo lugar, durante la última década se ha producido un importante aumento del gasto público en educación superior. Según el MINEDUC, el aporte fiscal total destinado a la educación superior creció un 59% entre los años 1994 y 2003.

Pese a este aumento de recursos, es importante tener en cuenta que el porcentaje del gasto público total destinado por Chile, en el año 2004 a la educación superior (2.6%) aún es bajo en comparación con el gasto de los países que componen la OECD⁸ (Brunner, 2005).

⁸ Organization for Economic Co-Operation and Development compuesta por: Argentina, Brasil, Chile, México, Corea, Malasia, Hungría, República Checa, España, Grecia, Irlanda, Portugal, Finlandia, Holanda, Nueva Zelanda.

Gráfico 27: Aporte fiscal total destinado a la educación superior en moneda real por año



Fuente: Estadísticas de la Educación Superior, MINEDUC, 2003.

En tercer lugar, y por último, el Estado comienza a desarrollar un rol más activo para promover la educación superior de calidad a través de la creación del Programa de Mejoramiento de la Calidad y la Equidad de la Educación Superior (MECESUP).

El programa MECESUP se definió como una nueva política de desarrollo de la educación y se implementa a partir del año 1999 a través de un Fondo Competitivo, un Sistema de Acreditación y el rediseño de las regulaciones para la educación superior.

El Fondo Competitivo apoya a las instituciones de educación superior en la creación de programas de pregrado, postgrado y formación técnica, y financia perfeccionamiento de RR.HH, equipamiento e infraestructura.

El sistema de acreditación busca asegurar la calidad de la educación superior en pregrado y postgrado y opera a través de dos comisiones interministeriales (Comisión Nacional de Acreditación de Pregrado-CNAP y Comisión Nacional de Acreditación de Postgrado-CONAP). Entre 1999-2003 fueron acreditados 171 programas de pregrado y en la actualidad hay 371 procesos de acreditación en marcha para 62 instituciones. En postgrado se han acreditado 81 programas de doctorado de 128 existentes y 103 programas de maestría.

En términos del rediseño de las regulaciones para la educación superior se destaca la nueva Ley de Financiamiento Estudiantil con Aval del Estado que operará a partir del año 2006 y que posiblemente



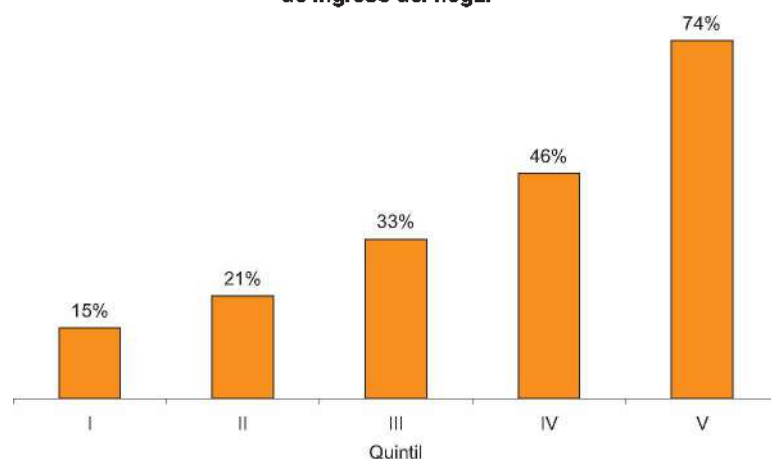
tendrá un impacto redistributivo profundo en las posibilidades de acceso a instancias de formación de capital humano avanzado.

En conclusión, el aumento de la cobertura y los recursos y el reciente esfuerzo por aumentar la calidad de la educación superior, constituyen como logros muy significativos que claramente incrementan las posibilidades de desarrollo de la juventud actual.

Pese a estos avances, considerando el proyecto de desarrollo Chile en la economía global, la integración juvenil a la educación superior es un proceso incipiente.

En primer lugar, muchos jóvenes están excluidos de la educación superior. La cobertura de este nivel de educación mantiene un fuerte sesgo a favor de jóvenes provenientes de hogares más ricos - 15% en el quintil I de ingreso versus un 74% en el quintil V - contribuyendo a sostener una estructura social desigual.

Gráfico 28: Cobertura de educación superior en según quintil de ingreso del hogar



Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, 2003.

La distribución regional de la cobertura de la educación superior muestra que las posibilidades de desarrollar conocimientos y destrezas avanzadas se concentran solo en algunas regiones.

Por otro lado, el aumento proporcional de la cobertura para hombres y mujeres hace que la razón entre mujeres y hombre en la educación superior no presente variaciones en la última década y se mantenga en un 0.9.

En segundo lugar, el sistema de educación superior posee una baja eficiencia en términos de retención de los estudiantes durante el transcurso de sus carreras, de esta forma, los avances en la cobertura de la educación superior no se traducen en aumentos en las tasas de graduación. Esta situación se ve fomentada por la rigidez curricular de la oferta, la excesiva duración de las carreras universitarias y la falta de recursos para financiar carreras tan largas (Brunner, 2005).

Mientras que, en el año 1999, Chile presentaba una tasa de graduación de un 28%, la tasa de graduación de los países de la OECD era de un 42%. La consecuencia de esto es un bajo número de profesionales y técnicos para el nivel de desarrollo del país. En el año 2002, el stock de capital humano avanzado en Chile apenas supera el 10% (570.000 profesionales y técnicos), y el promedio en los países de la OECD alcanzaba al 20% (Brunner, 2003).

Una tercera limitación para la integración juvenil a la educación superior - hasta ahora⁹ - son los problemas para financiar estos estudios (costos de matrícula y gastos de mantención) y la distribución desigual del financiamiento.

En Chile, pese al aumento de los recursos fiscales destinados a la educación superior, la inversión en capital humano avanzado constituye un esfuerzo fundamentalmente privado, es decir, los propios estudiantes y sus familias financian en mayor medida sus estudios superiores.

Del gasto total en educación superior en el año 1999, un 22.8% corresponde al gasto público, un 77.2% corresponde al gasto privado y un 6.3% al gasto privado subsidiado (Brunner, 2003). Esto se debería a que más de la mitad de la matrícula postsecundaria se concentra en instituciones privadas y a que los aranceles de universidades públicas son similares al promedio de las instituciones privadas.

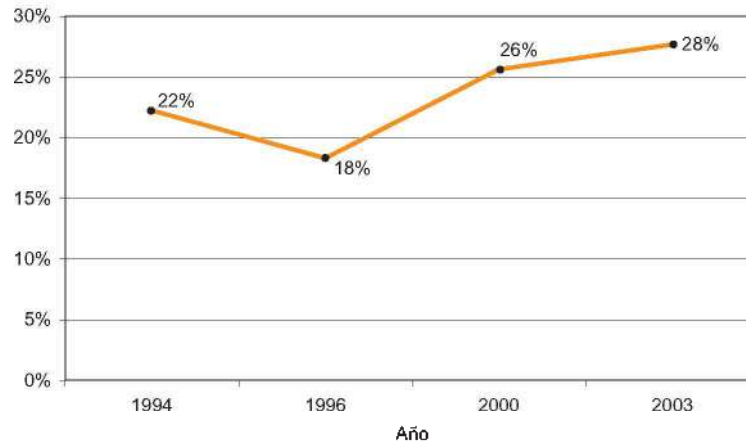
A este desequilibrio entre esfuerzos públicos y privados en el financiamiento de la educación superior, se suman las hasta ahora bajas posibilidades de obtener becas y créditos.

En la última década, el porcentaje de estudiantes de educación superior beneficiados por becas estatales no ha experimentado variaciones significativas, alcanzando un 12% en el año 2003. Cabe destacar que a pesar de ello, la proporción de becados en instituciones de educación superior técnica ha experimentado un sensible aumento llegando a beneficiar a cerca del 10% de los estudiantes.

El crédito para financiar la educación superior por otro lado, luego de aumentar moderadamente durante la última década llegó a cubrir al 28% de los estudiantes (CASEN 2003).



Gráfico 29: Evolución del porcentaje educación superior que recibe crédito universitario

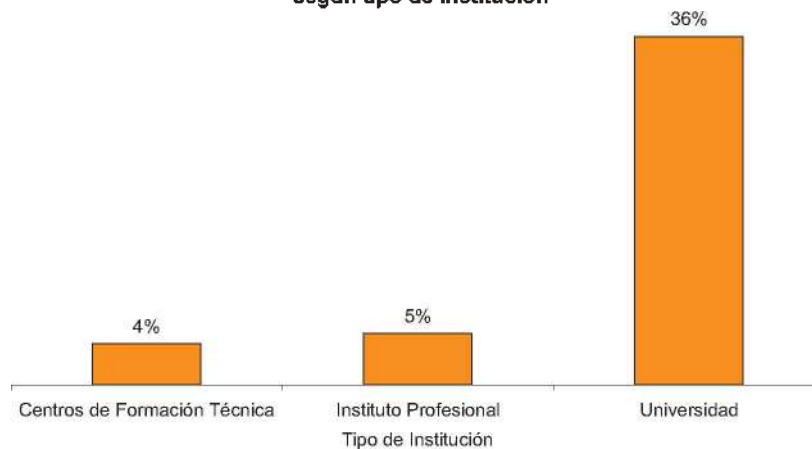


Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, años respectivos.

Por último, la posibilidad de obtener ayuda económica para financiar la educación superior vía crédito no solo es baja, sino que además, está distribuida de manera desigual de acuerdo al tipo de institución.

Entre universidades, centros de formación técnica (CFT) e institutos profesionales (IP) se mantiene una significativa brecha en las posibilidades de los estudiantes de acceder a créditos. En el año 2003, un 36% de los y las jóvenes universitarios recibía crédito mientras que solo un 5% de los y las estudiantes de IP y un 4% de los de CFT contaba con esta ayuda.

Gráfico 30: Porcentaje de estudiantes con crédito universitario según tipo de Institución



Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, 2003.

⁹ Teniendo en cuenta que la Nueva Ley de Financiamiento de la educación superior tiene el potencial de reconfigurar este panorama.

En cuarto lugar, la educación superior en tanto mercado presenta una serie de imperfecciones que no solo afectan los potenciales retornos de la inversión en capital humano avanzado, sino también, lleva a equilibrios sociales menos óptimos.

Una imperfección es que los y las jóvenes que eligen un determinado proyecto de educación superior no cuentan necesariamente con toda la información que se requiere para una evaluación adecuada de sus opciones. Esto se explica en parte porque muchas instituciones de formación avanzada ofrecen sus servicios apelando a factores ajenos a la calidad de sus proyectos educacionales, por ejemplo, utilizando imágenes asociadas a estilos de vida juveniles. A juicio de del Coordinador General del Programa MECESUP “...la masiva información publicitaria por parte de la oferta no es objetiva en cuanto a la calidad...”¹⁰.

A la falta de información se suma el problema de que muchos jóvenes no disponen de los recursos necesarios para evaluar la adecuación o calidad de sus proyectos educativos. Muchas veces el joven es la primera generación de su familia que ingresa a la educación superior, o proviene de establecimientos de educación secundaria donde no ha sido preparado para tomar decisiones basadas en la calidad de las instituciones de educación superior.

De todas formas, respecto de la decisión de invertir en un proyecto de educación superior cabe destacar la implementación de la iniciativa del Observatorio del Empleo a través del sitio <http://www.futurolaboral.cl>, herramienta que permite a sus usuarios estimar los potenciales retornos de sus selecciones. También es destacable el reciente lanzamiento del programa computacional JOBLAB, desarrollado por el Ministerio de Educación con financiamiento y apoyo de la GTZ que entrega orientación vocacional e información sobre 42 distintas profesiones y sus respectivos contenidos y costos.

Por último, la juventud enfrenta una oferta de educación superior que no se ajusta necesariamente a las necesidades del mercado, y no se han establecido mecanismos para regular la expansión de la oferta de carreras específicas. En este sentido, llama la atención como ha crecido en la última década la matrícula en áreas del conocimiento como la educación, las ciencias sociales y el arte y arquitectura.



Cuadro 6

Matrícula pregrado total universidades según área del conocimiento			
Área del Conocimiento	Año		Tasa de crecimiento
	1994	2003	
Educación	20.169	59.733	196%
Salud	13.821	34.981	153%
Ciencias Sociales	32.373	75.925	135%
Arte y Arquitectura	11.516	26.816	133%
Derecho	14.859	26.739	80%
Tecnología	52.862	94.571	79%
Adm. y Comercio	17.767	24.826	40%
Agropecuaria	19.474	22.724	17%
Ciencias Básicas	6.533	7.356	13%
Humanidades	16.364	5.165	-68%
TOTAL	205.738	378.836	84%

Fuente: Estadísticas de la educación, MINEDUC, 2003.

2.2. Integración de la juventud al mercado del trabajo

La entrada al mundo del trabajo ocurre durante la juventud temprana. La relevancia de este hecho radica en que el trabajo constituye la principal fuente de ingreso de las personas y resulta determinante en su desarrollo integral.

No solo "...proporciona integridad social y conlleva legitimidad y reconocimiento social. Es también un ámbito de desarrollo interpersonal que facilita los contactos y la inclusión a redes, y permite la participación en acciones colectivas" (CEPAL-OIJ, 2004), sino que, se también trata de un factor determinante para la economía.

a. Jóvenes en la PEA

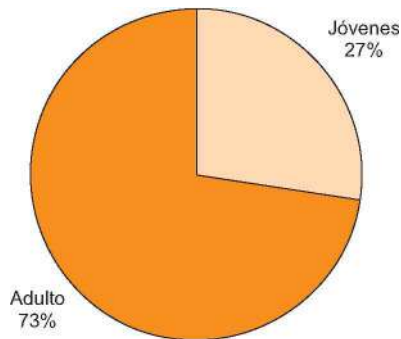
Respecto de la relación de la población joven en edad de trabajar¹¹ y el mercado del trabajo, un primer nivel de integración que interesa describir es su condición de activos - pertenecientes a la población económicamente activa (PEA) que trabajan o buscan empleo - e inactivos.

En Chile, la cuarta parte de la fuerza de trabajo (PEA) tiene entre 15 y 29 años y poco menos de la mitad de los y las jóvenes pertenece a este segmento.

¹⁰ Entrevista a Ricardo Reich Alberz, Coordinador General del Programa MECESUP, 2 de junio del 2005, Santiago, Chile.

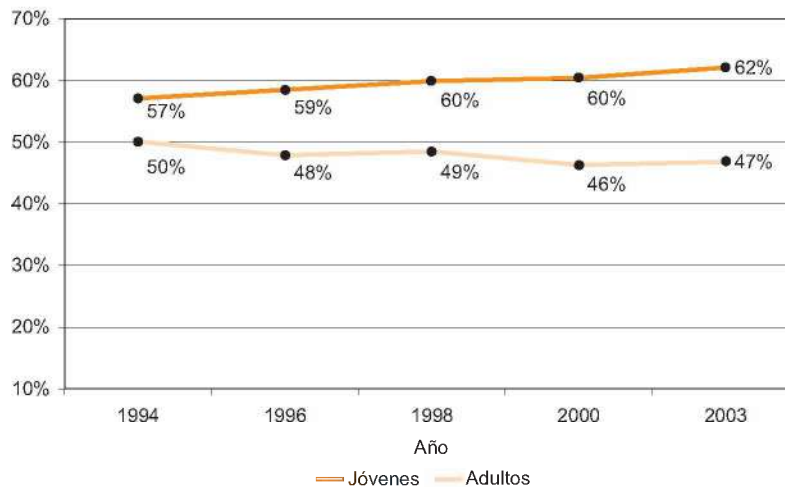
¹¹ En Chile 15 años y más.

Gráfico 31: Composición de la PEA según edad



Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, años respectivos.

Gráfico 32: Porcentaje perteneciente a la PEA según edad por año



Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, años respectivos.

Una primera tendencia destacable en la última década, ha sido el descenso moderado del porcentaje de jóvenes económicamente activos, que se explica por el decreciente peso de la juventud en la población total¹², y por la expansión del sistema educacional que crecientemente mantiene a los y las jóvenes como inactivos.



De hecho, la condición de estudiante constituye el principal motivo para no entrar al mercado del trabajo en jóvenes de edades entre 15 a 24 años. Entre los años 1994 y 2003, la participación en la PEA de adolescentes (15 a 19 años) ha disminuido en un 6%, sin embargo, en la juventud tardía (25 a 29 años) la participación aumenta en un 4%.

Cuadro 7

Motivos de la población joven para no buscar trabajo por grupos de edad			
	15 -19	20 - 24	25 - 29
Quehaceres del hogar	3%	18%	44%
Estudiante	86%	55%	25%
Otra razón	5%	7%	6%

Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, 2003.

Una segunda tendencia que se observa en la última década, ha sido la reducción de la brecha entre mujeres y hombres en la PEA joven.

Durante el período 1994 – 2003 el porcentaje de mujeres jóvenes en la fuerza de trabajo sube desde 36% a un 39%, mientras que en los hombres cae 75% a un 55%. Hacia fines del año 2003 la razón entre mujeres y hombre activos económicamente era de 0,7 (CASEN, 2003).

En el caso de los hombres en el periodo 1994-2003 la participación en la PEA disminuye especialmente en los tramos de edad de 15 a 24 años, posiblemente por una mayor permanencia en el sistema educacional.

En las mujeres en cambio, la participación en la PEA crece sensiblemente en la juventud tardía (25 a 29 años). Esto se debería a que los quehaceres del hogar dejan de ser un impedimento para salir a buscar trabajo. Entre los años 1994 y 2003 realizar labores del hogar como motivo de la inactividad femenina se reduce desde un 44% a un 22%. Otros motivos asociados son el cambio cultural expresado en cambios de expectativas en la mujer, la homogeneización de roles al interior del hogar, y /o la crisis económica de fines de los 90¹³.

¹² Proceso de transición demográfica.

¹³ Históricamente las mujeres se han caracterizado por un comportamiento anticíclico, es decir, en períodos de contracción económica tienen a incrementar su participación en la fuerza de trabajo.

Cuadro 8

Participación de jóvenes en la PEA según sexo y edad en tramos						
	Hombre			Mujer		
Año	15-19	20-24	25-29	15-19	20-24	25-29
1994	26%	76%	93%	15%	44%	47%
2003	17%	68%	88%	14%	47%	58%

Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, años respectivos.

Una tercera tendencia en la participación juvenil en la PEA, es su asociación con la carga de responsabilidad, la zona de residencia y la riqueza relativa de las personas.

Por un lado, la magnitud de la actividad en jóvenes es directamente proporcional a su carga de responsabilidad. De esta forma en el año 2003, la gran mayoría de jóvenes jefes de hogar (89%) están económicamente activos en contraste con un 43% de los que no lo son (CASEN 2003).

Por otro lado, las tasas de actividad juvenil presentan diferencias según zona de residencia. La participación de los hombres rurales es alta respecto de sus pares urbanos, lo que puede reflejar oportunidades educacionales más limitadas. Entre las mujeres la situación es inversa, posiblemente debido a escasas oportunidades de empleo y/o a obstáculos culturales que limitan su inserción laboral en sectores rurales.

Cuadro 9

Porcentaje de jóvenes que pertenece a la PEA según zona de residencia y sexo			
Hombre		Mujer	
Urbano	Rural	Urbano	Rural
54%	61%	40%	26%

Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, 2003.

Por último, - de manera poco sorprendente - en la participación económica juvenil se expresan claramente las inequidades sociales características de Chile. Las cifras generales indican que el quintil más bajo es el que menos participa (35%), sin embargo, al desagregar por edad es que se puede observar que la participación en la PEA durante la juventud sigue una trayectoria diferente de acuerdo a la riqueza relativa del hogar (CASEN 2003).

Durante la adolescencia (15 a 19 años) no se observan diferencias importantes en las tasas de participación, excepto en jóvenes de hogares más ricos (quintil V de ingreso) que parecen menos activos. Luego, entre



los 20 y 24 años, la participación en la fuerza de trabajo aumenta claramente, con excepción nuevamente de los y las jóvenes del quintil V.

Durante la juventud tardía (25 a 29 años), tres cuartas partes de los y las jóvenes trabaja o busca trabajo, sin embargo, en jóvenes más pobres (quintil I) la participación alcanza un 56%, es decir, no ha aumentado significativamente respecto del período anterior. Esta diferencia deja en evidencia las menores posibilidades para desarrollarse en el mercado laboral de jóvenes provenientes de hogares pobres.

Cuadro 10

Porcentaje de jóvenes en la PEA según quintil del ingreso del hogar por tramos de edad					
Edad	Quintil I	Quintil II	Quintil III	Quintil IV	Quintil V
15-19 años	13%	17%	19%	17%	8%
20-24 años	53%	61%	65%	61%	44%
25-29 años	56%	71%	74%	82%	79%

Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, 2003.

b. Tendencias de la desocupación juvenil en Chile

Una vez analizada la participación juvenil en la PEA, un segundo nivel de integración interesante de observar es el comportamiento de la fuerza de trabajo en términos de su probabilidad de ocuparse efectivamente.

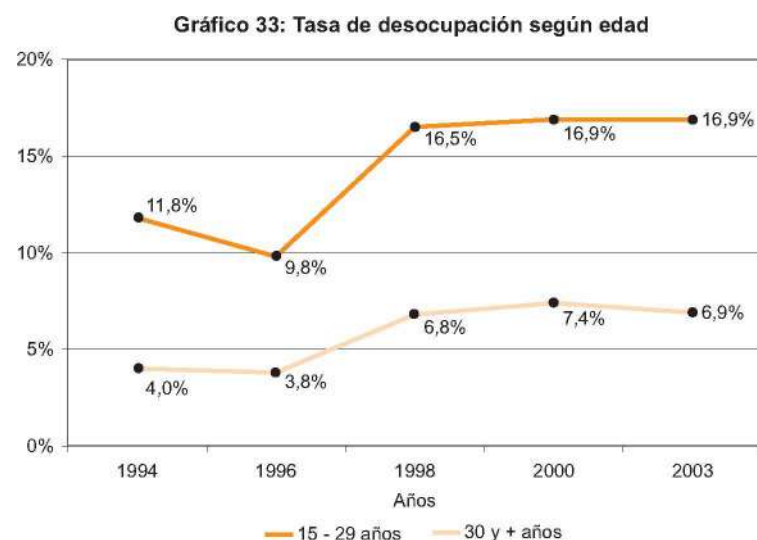
Como diagnóstico general, se puede afirmar que los éxitos recientes de la economía chilena no se han visto reflejados en materia de acceso al empleo para jóvenes, ya que, este ha tendido a restringirse.

Al observar las tasas de desocupación del período 1994-2003, se advierte que la desocupación juvenil (15 a 29 años) es siempre más del doble que la adulta (30 y más años), y que esta diferencia tendería a incrementarse.

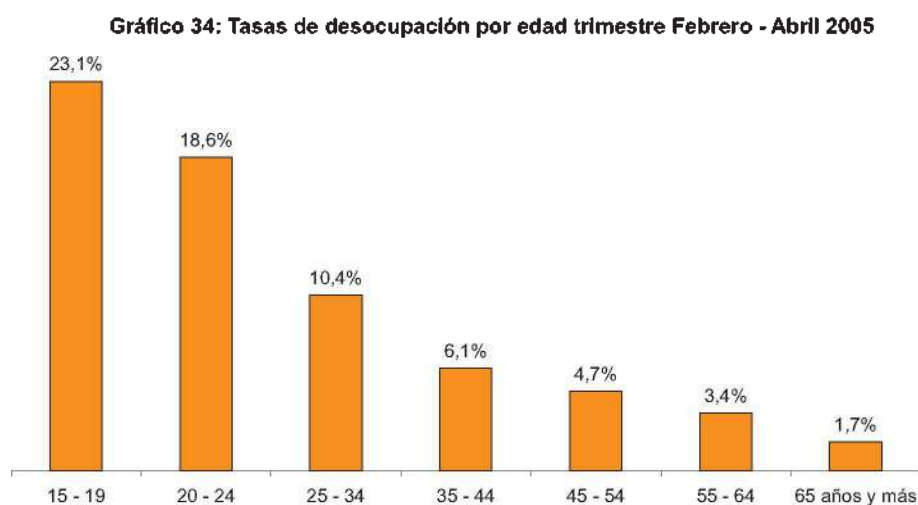
Además, los cambios más drásticos en las tasas de desocupación juvenil en el tiempo sugieren que las coyunturas económicas recesivas perjudican más el acceso al trabajo de los y las jóvenes (CASEN 2003).

A comienzos del año 2005, según cifras del Instituto Nacional de Estadísticas, la tasas de desocupación

más altas se ubican en la población joven, alcanzando un 23,1% en los adolescentes (15 a 19 años) y 18,6% en el tramo 20 a 24 años.



Fuente: Indicadores del empleo, INE, 2005



Fuente: Indicadores del empleo, INE, 2005.



De todas formas, es necesario tener en cuenta que tasas de desempleo juvenil superiores a la desocupación general, por un lado, son una situación común en países desarrollados o en vías de desarrollo, y por otro lado, no constituye una novedad para Chile, de hecho, entre las tasas de desempleo actuales y de los 60 no existirían diferencias importantes. Asimismo, se ha mantenido relativamente constante la relación entre la desocupación juvenil y la general.

La experiencia chilena ha mostrado que el desempleo juvenil no solo depende del dinamismo de la economía y del crecimiento (Larraechea, 2002), y que se trata de un fenómeno complejo en que intervienen causas específicas no aplicables a la generalidad del empleo. Algunos economistas coinciden (Beyer, 1998; Tokman, 2004) en tres explicaciones para este fenómeno: déficit de capital humano, voluntariedad y regulación discriminatoria.

Una causa específica del desempleo juvenil es la escasez de capital humano en las edades tempranas asociada a baja escolaridad, falta de experiencia laboral, y un proceso incipiente de maduración psicológica en curso. Esto llevaría a los y las jóvenes a intentar emplearse en sectores de la economía que crecen poco, de bajas remuneraciones y escasas posibilidades de desarrollo ocupacional (Tokman, 2004).

Una segunda causa específica, el desempleo “voluntario” debido a desajustes entre aspiraciones de empleo y la realidad del mercado. Lo que sucedería es que una persona rechazaría empleos cuya remuneración esta por debajo de la expectativa individual mínima de remuneración o “salario de reserva” (Beyer, 1998). El desajuste de expectativas es común en edades tempranas y – a nuestro juicio – presenta una clara relación con el nivel de carga de responsabilidad del joven.

Una tercera causa del desempleo juvenil estaría dada porque la regulación del mercado del trabajo, encarece los costos de contrato y despido, dificultando la rotación laboral que requieren para el aprendizaje, períodos de prueba y obtención de experiencia. En este sentido, aún está abierta la discusión respecto del efecto discriminatorio de la fijación de salarios mínimos en el caso de jóvenes.

Independiente de sus causas generales o específicas, el hecho es que en Chile, el acceso al empleo se ha deteriorado en forma generalizada en la última década, y las tasas de desocupación no afectan a todos los y las jóvenes por igual, registrándose las situaciones más desfavorables en: la juventud temprana (15 a 19 años), en las mujeres, en los menos educados y en los más pobres.

Al segmentar la población joven en quinquenios se evidencia la relación inversa que existe entre la edad y la tasa desocupación (a menor edad, mayor desempleo). Hacia fines del año 2003, el desempleo en jóvenes de edades 20 a 24 y 25 a 29 alcanzaba a un 19% y 12% respectivamente, en tanto, cerca de un tercio (28%) de adolescentes - entre 15 a 19 años - buscaba trabajo sin éxito (CASEN, 2003).

Quienes están desempleados durante la juventud temprana en su mayoría no han terminado la enseñanza secundaria, y posiblemente están desprovistos de experiencias laborales anteriores (Scholnick, 2005). Al analizar la desocupación según sexo, se advierte que en la última década, la desocupación ha crecido tanto para hombres como para mujeres, alcanzando el año 2003 un 15% y un 20% respectivamente, manteniéndose condiciones desventajosas en el acceso al empleo por parte de las mujeres.

El aumento de la desocupación resulta especialmente agudo en las mujeres jóvenes jefas de hogar, que entre los años 1994 y 2003 crece desde un 6% a un 14% (CASEN, 2003). Esta situación puede explicarse tanto por la discriminación laboral hacia las mujeres, como por un salario de reserva más alto en la mujer y su necesidad de acceder a trabajos más flexibles, compatibles con labores del hogar o el cuidado de los hijos (Tokman, 2004).

Cuadro 11

Tasa de desocupación jóvenes 15 a 29 años según sexo		
	Hombres	Jóvenes
1994	10%	15%
2003	15%	20%

Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, años respectivos.

En tanto, se observa una la relación inversa moderada entre tasas de desocupación y nivel educacional, y resulta destacable que en Chile en el periodo 1994-2003 el acceso al empleo se deteriora para todo joven independiente de su nivel educacional.

Cuadro 12

Tasas de desocupación jóvenes 15 a 29 años según nivel educacional		
Nivel Educacional	Año	
	1994	2003
Sin educación formal	14,2%	22,0%
Básica incompleta	11,1%	13,9%
Básica completa	11,2%	16,7%
Media incompleta	13,8%	18,6%
Media completa	11,5%	18,1%
Técnica o superior incompleta	12,3%	15,7%
Técnica o superior completa	9,1%	13,2%

Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, años respectivos.

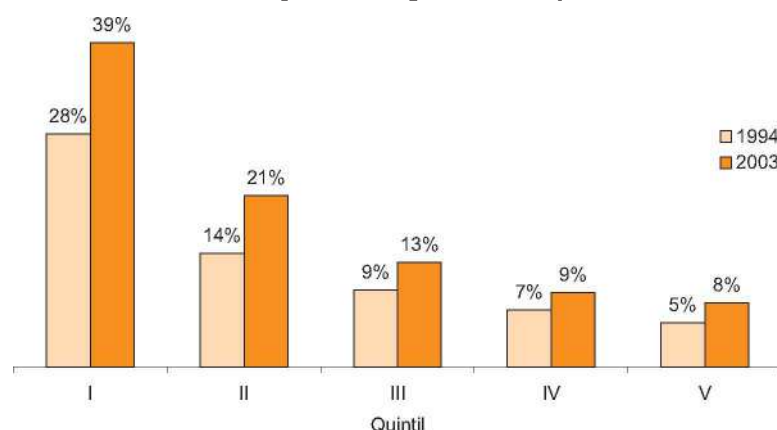


La desocupación presenta también una clara asociación con la riqueza relativa del hogar del joven, tal como muestra el análisis de las tasas de desocupación juvenil según quintiles de ingreso del hogar.

Los datos de CASEN para el período 1994-2003 sugieren que, en forma consistente en el tiempo, la probabilidad de que un joven pobre (Quintil I) este desocupado es 5 veces la de un joven rico (Quintil V).

Además, se observa que, si bien, se da un aumento generalizado de la desocupación independiente del ingreso del hogar, este es más pronunciado en jóvenes pobres, poniendo en evidencia su vulnerabilidad ante las coyunturas económicas.

Gráfico 35: Tasa de desocupación jóvenes 15 a 29 años según quintil de ingreso del hogar años 1994 y 2003



Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, años respectivos.

Por último, cabe destacar que la preocupación por el desempleo juvenil de parte del Estado ha llevado a la implementación de diversas iniciativas en empleabilidad juvenil.

Durante la década de los 90, se desarrolló el Programa de Capacitación Laboral de Jóvenes “Chile Joven”, que permitió entregar capacitación y experiencia laboral a cerca de 160.000 jóvenes de los quintiles de más bajos ingresos. Evaluaciones del Chile Joven sugieren que poco más de la mitad de sus beneficiarios contaba con ocupación posprograma, y que, en comparación con grupos control, se redujo sensiblemente los niveles de desocupación en jóvenes capacitados. De todas formas, pese a estos resultados exitosos, la desocupación juvenil no experimentó una reducción sustantiva (Larraechea, 2005) y desde que finalizó este programa, no se ha implementado políticas nacionales específicas de fomento de la inserción laboral juvenil.

Sin embargo, desde el año 2002, se está desarrollando el Sistema de Educación y Capacitación Permanente “Chile Califica” que busca contribuir al desarrollo productivo del país a través del desarrollo permanente y continuo en el tiempo del capital humano del país. Sus objetivos son aumentar la escolaridad y capacitación laboral de la población; mejorar la calidad y cobertura de la formación técnica en conexión con requerimientos productivos y desarrollo regional; y, la instalación de un marco de competencias laborales y un sistema de información para la capacitación y educación permanente (Larraechea, 2002).

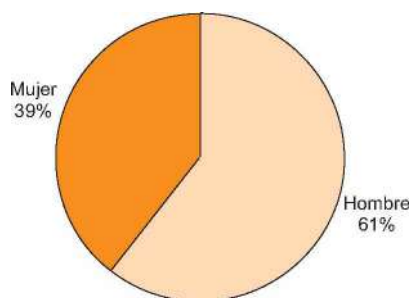
El programa Chile Califica, sin embargo, no contempla una política de empleo para jóvenes, sino más, bien busca que a través de la optimización del funcionamiento del sistema de formación y capacitación, la población – preferentemente joven – incremente sus posibilidades de inserción laboral.

c. Jóvenes ocupados y sus empleos

Un tercer nivel de integración de la juventud al mercado del trabajo que nos interesa describir son las condiciones que enfrentan aquellos jóvenes que efectivamente logran ocuparse.

La población joven ocupada corresponde - a fines del años 2003 - a cerca del millón y medio de personas. Está compuesta en su mayoría por hombres (61%) y por jóvenes de edades entre 25 a 29 años (48%).

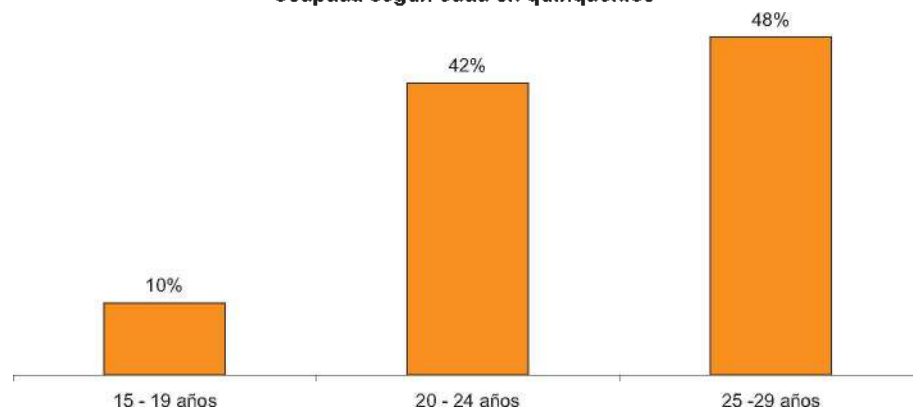
Gráfico 36: Jóvenes 15 a 29 años ocupados según sexo



Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, 2003.



Gráfico 37: Composición de la población joven 15 a 29 años ocupada según edad en quinquenios



Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, 2003.

Según la Cuarta Encuesta Nacional de la Juventud, las experiencias laborales comienzan típicamente a los 17 años (mediana), sin embargo, la edad de ingreso al trabajo está determinada por la situación socioeconómica de la familia. De esta manera los y las jóvenes del nivel socioeconómico bajo en general comienzan a trabajar a los 16 años, mientras que los del nivel alto lo hacen a los 18 (INJUV, 2003).

Tres cuartas parte de los ocupados jóvenes se ubica en trabajos dependientes excepto en la adolescencia (15 a 19 años) donde, si bien, predomina el trabajo dependiente, este es un poco menos común (64%).

En términos de jornada de trabajo la mayoría (69%) de los ocupados jóvenes que trabaja lo hace en jornada completa, excepto en la juventud temprana donde poco más de la mitad (56%) realiza otro tipo de jornada.

Cuadro 13

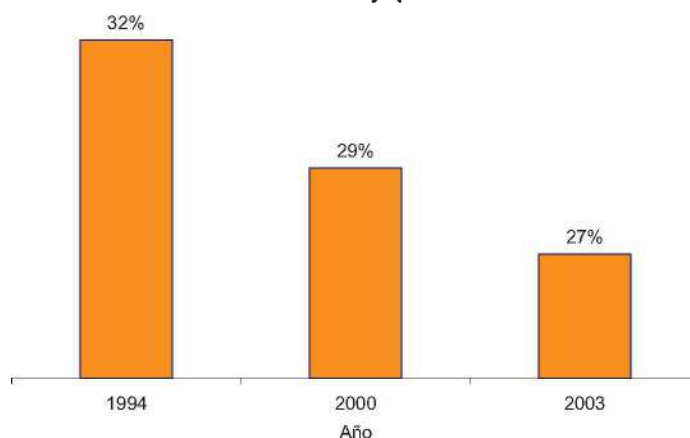
Tipo de trabajo y jornada ocupados jóvenes según edad en tramos				
TIPO DE TRABAJO	15 - 19	20 - 24	25 - 29	Total
En forma dependiente	64%	82%	76%	77%
En forma independiente	36%	16%	17%	19%
Ambos	0%	2%	8%	5%
TIPO DE JORNADA				
Jornada completa	44%	74%	70%	69%
Jornada parcial	56%	26%	30%	31%

Fuente: Cuarta Encuesta Nacional de Juventud, INJUV, 2003.

De aquellos jóvenes que logran ocuparse, cerca de un tercio lo hace en empleos de baja calidad. Para distinguir empleos de baja calidad, hemos utilizado como indicador proxy la pertenencia a sectores de baja productividad, que incluyen a trabajadores por cuenta propia no calificados, empleadores y empleados de microempresas que ocupan en total hasta cinco personas y empleo doméstico.

Cabe destacar que la modernización de la economía chilena se ve expresada en la transformación en la calidad de los empleos, de hecho, en el periodo 1994-2003 – siguiendo una tendencia general de la población ocupada – cae moderadamente la ocupación juvenil en sectores de baja productividad.

Gráfico 38: Porcentaje de jóvenes 15 a 29 años ocupados en sectores de baja productividad



Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, años respectivos.



Como es de esperar, la participación en empleos de baja calidad es más común en jóvenes que provienen de familias con menor ingreso – 36% en el quintil más pobre y 21% en el quintil más rico –, sin embargo, el desplazamiento de los ocupados jóvenes desde sectores de baja productividad hacia otros sectores de la economía ha beneficiado especialmente a la juventud más pobre.

Cuadro 14

Porcentaje de jóvenes 15 a 29 años ocupados en sectores de baja productividad según quintil de ingreso del hogar					
Año	I	II	III	IV	V
1994	42%	36%	30%	27%	21%
2003	36%	29%	25%	23%	21%

Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, años respectivos.

Por último – en términos de calidad del empleo juvenil – la participación en sectores de baja productividad posee una asociación importante con la edad y zona de residencia. Por un lado, - consistentemente con la baja acumulación de capital humano en la juventud temprana – entre los 15 y 19 años se presenta la mayor participación en empleos de baja calidad. En tanto, la participación en sectores de baja productividad es sensiblemente mayor en jóvenes que habitan en zonas rurales (40%) que en los que habitan en zonas urbanas (25%) (CASEN 2003).

Otra característica relevante de la ocupación es el nivel de formalización de las relaciones de trabajo, toda vez que ésta fomenta derechos en tanto trabajador e incrementa la inclusión en los sistemas de protección ante contingencias, tales como la pérdida de la salud o la vejez.

De acuerdo a estimaciones de las encuestas de hogares, el tipo de relaciones contractuales que los ocupados jóvenes establecerían en sus empleos corresponde en su gran mayoría a relaciones laborales regidas por el código del trabajo, especialmente contratos indefinidos.

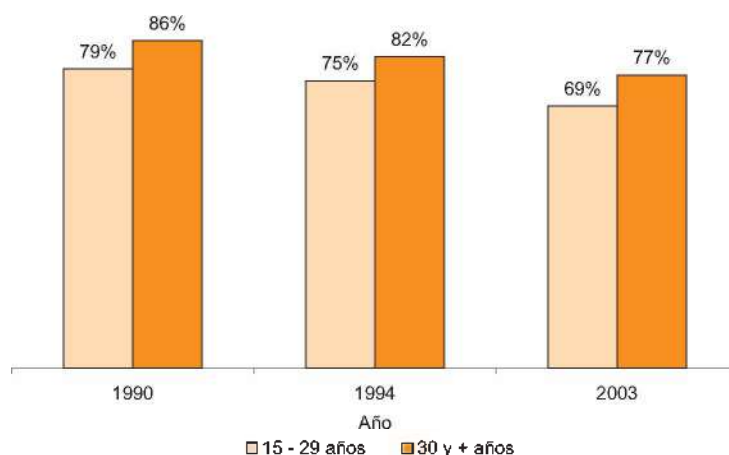
Cuadro 15

Relación contractual jóvenes 15 a 29 años empleo principal		
	%	% acumulado
Plazo indefinido	59%	59%
Plazo fijo	16%	76%
Por obra, faena o servicio	19%	94%
De aprendizaje	2%	96%
Servicios transitorios	4%	100%
Total	100%	

Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, 2003.

Utilizando como indicador de la formalización de las relaciones de trabajo la firma de algún tipo de contrato se aprecian dos tendencias claras. En primer lugar, la formalización de las actividades económicas que emprende la población ocupada ha bajado en forma generalizada. En segundo lugar, los y las jóvenes en forma consistente presentan un nivel de formalización moderadamente más bajo.

Gráfico 39: Porcentaje de ocupados que ha firmado algún tipo de contrato de trabajo según grupos de edad



Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, años respectivos.

El análisis este indicador según edad, sugiere que la formalización de las relaciones de trabajo es un proceso gradual en el tiempo, en que paulatinamente se pasa de actividades económicas informales a trabajos mediados por relaciones contractuales.



Cuadro 16

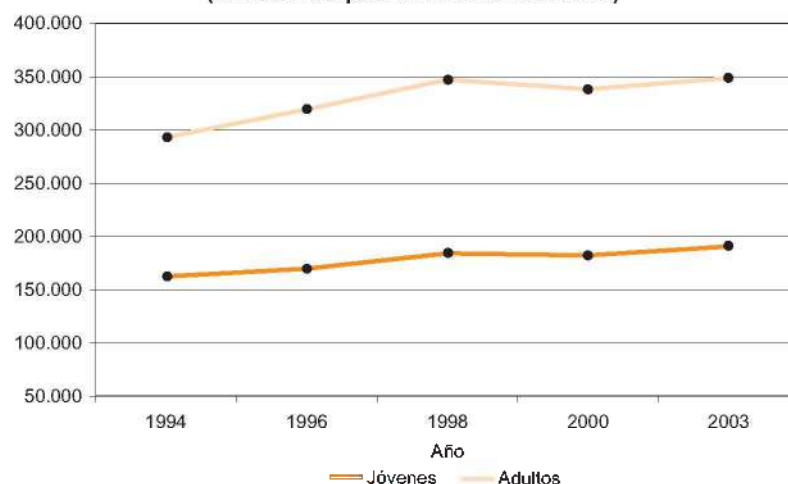
Situación contractual ocupados jóvenes según edad en quinquenios			
	15 -19 años	20 - 24 años	25 - 29 años
Si, firmó	44%	67%	76%
Si, pero no ha firmado	4%	3%	2%
No tiene	50%	29%	21%
No se acuerda si firmó contrato	2%	2%	1%
Total	100%	100%	100%

Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, 2003.

En los ingresos laborales se aprecian las siguientes tendencias: En primer lugar, en la última década el ingreso real por el trabajo ha aumentado para la población ocupada en general, tal como se observa en la evolución del promedio de ingreso por la ocupación principal¹⁴, que ha subido tanto para los ocupados jóvenes (en un 17%) como para los adultos (en un 19%).

En segundo lugar, se aprecia una brecha de ingresos consistente en el tiempo en que la razón entre el ingreso promedio de un joven y un adulto es de 0,55. Hacia fines del año 2003, un joven ganaba en promedio, cerca de \$200.000, en tanto un adulto ganaba alrededor de \$350.000. Esto se debe a que el mercado del trabajo premia la experiencia, por lo tanto, es esperable que durante la juventud la remuneración aumente gradualmente.

Gráfico 40: Ingreso promedio jóvenes 15 a 29 años y adultos 30 a 65 años
(Moneda real pesos chilenos Julio 2005)



Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, años respectivos.

¹⁴ En pesos chilenos de Julio del 2005.

En tercer lugar, las brechas salariales entre jóvenes y adultos aumentan a medida que se aumenta en el nivel educativo. Esto se explica, por un lado, porque la experiencia laboral tendría un mayor impacto en la mano de obra calificada y por otro lado, por la creciente dificultad de los y las jóvenes para encontrar empleos conforme a su nivel educativo (CEPAL-OIJ, 2004).

Cuadro 17

Ingreso promedio jóvenes 15 a 29 años y adultos 30 y + años según nivel educacional				
	Sin escolaridad	Básica	Media	Superior
Jóvenes	106.569	120.468	154.778	297.777
Adultos	123.358	161.221	259.791	691.499

Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, 2003.

En cuarto lugar, durante la última década, persiste entre los ocupados jóvenes una brecha de ingresos en desmedro de la mujer, sin embargo, esta discriminación se da de forma más moderada que en los ocupados adultos.

Hacia fines del año 2003, la razón entre el ingreso de la mujer y el hombre era de 0,9 en jóvenes y 0,6 en adultos. Dicha diferencia se explica en parte por el mayor premio que otorga el mercado a la experiencia laboral de los hombres, y por las trayectorias laborales interrumpidas de las mujeres debido a los periodos de pre y post parto (CEPAL-OIJ, 2004).

Cuadro 18

Ingreso promedio ocupación principal según sexo y edad (Pesos chilenos Julio 2005)			
Edad	Sexo	Promedio	Razón mujer/hombre
15 – 29 años	Hombre	197.333	0,91
	Mujer	179.987	
	Total	190.571	
30 y + años	Hombre	407.272	0,64
	Mujer	262.019	
	Total	354.673	

Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, 2003.



2.3. Integración juvenil a sistemas de protección social y salud juvenil

El acelerado proceso de modernización que caracteriza a la sociedad chilena produce una serie de beneficios que mejoran la calidad de vida de las personas, sin embargo, está acompañado de un conjunto de riesgos que amenazan su desarrollo personal y social.

Los estados modernos han establecido como una prioridad la mitigación de estos riesgos producidos socialmente, mediante la implementación de sistemas que protegen a las personas de padecimientos tales como enfermedades, vejez, desempleo y la exclusión social.

En esta sección, se analizará la integración juvenil a sistemas previsionales para la vejez y de salud. Luego se presentará un diagnóstico de algunos de los factores de riesgo más importantes en la salud de los y las jóvenes.

La preocupación por la integración de jóvenes a estos sistemas de protección puede parecer poco urgente, sin embargo, no es menos importante.

Por un lado, las personas jóvenes no están exentas de los riesgos de enfermar y envejecer, y por lo tanto, constituyen una población vulnerable (PNUD, 2004). Por otro lado, el acceso a prestaciones de protección social en Chile está estrechamente ligado a las contribuciones que cada persona realiza a lo largo de su vida laboral (OIT, 2004), introduciendo un factor de incertidumbre en la previsión para la vejez y la cobertura en salud.

a. Jóvenes en el sistema de pensiones

La pérdida de la habilidad para trabajar asociada a la vejez es algo lejano para cualquier joven, pero, la posibilidad de prever esta contingencia a través de la acumulación de recursos, se abre con el inicio de la vida laboral durante la juventud.

Esto resulta especialmente relevante si se toma en cuenta que en Chile desde la década de los ochenta, el sistema de pensiones se basa en una lógica de la capitalización individual¹⁵, es decir, la cuantía de la pensión depende del monto ahorrado.

¹⁵ Las pensiones de vejez se financian con una cotización correspondiente al 10% de las remuneraciones entregada a Administradores de Fondos de Pensión (AFP), entidades privadas reguladas por el Estado. Al término de la vida activa, este capital le es devuelto al afiliado o a sus beneficiarios sobrevivientes. La cobertura de este sistema es compulsiva para trabajadores dependientes y optativo para los trabajadores independientes. Para más detalles ver www.safp.cl.

Para analizar la integración juvenil a este sistema se puede utilizar como indicador la cobertura ocupacional, que consiste en la proporción de ocupados que se encuentra cotizando – contribuyendo mes a mes de acuerdo a sus ingresos - en un sistema previsional de pensiones.

Una primera tendencia que se observa es que, durante la última década, la cobertura ocupacional ha variado muy poco y no se registran diferencias significativas entre ocupados jóvenes y adultos. A fines del año 2003 el sistema previsional cubría a cerca de dos tercios (61%) de los ocupados jóvenes y su nivel más bajo se daba en la juventud temprana (CASEN, 2003).

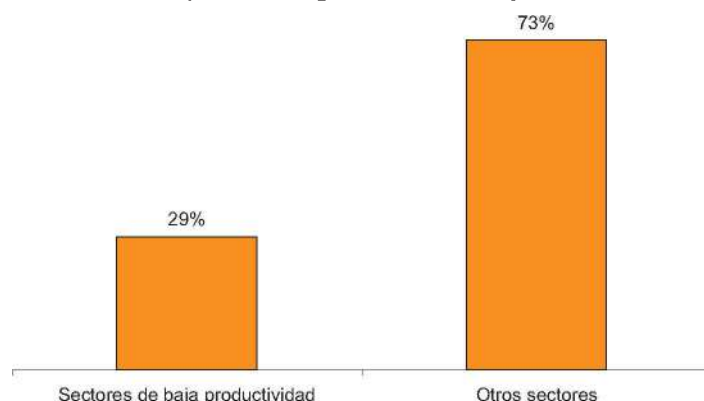
Cuadro 19

Ocupados jóvenes que cotizan según edad en quinquenios	
Edad	%
15 -19 años	35%
20 - 24 años	60%
25 - 29 años	68%
Total jóvenes	61%

Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, 2003.

Una segunda tendencia observada es que, la cobertura de los sistemas de pensiones está fuertemente ligada a la calidad del empleo. Menos de un tercio de los y las jóvenes ocupados en sectores de baja productividad¹⁶ estaba cotizando a fines del 2003.

Gráfico 41: Porcentaje de jóvenes 15 a 29 años ocupados que cotiza según calidad del empleo



Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, 2003.



Por último, dentro de la población ocupada, los y las jóvenes afiliados o incorporados al sistema previsional de capitalización individual son el grupo que menos acumula recursos para la vejez. Un análisis de las densidades de las cotizaciones, que se definen como el porcentaje de meses de afiliación en que se registran cotizaciones, reportadas por los afiliados entrevistados en la Primera Encuesta de Protección Social (Subsecretaría de Previsión Social, 2002) muestra que personas de edades 15 a 24 años presentan la densidad de cotizaciones más baja de los ocupados, situándose muy por abajo del promedio.

Cuadro 20

Densidad de Cotizaciones desde 1980 (o después) hasta 2002 según edad en tramos	
Edad	Densidad
15-18 años	18,7%
19-24 años	35,2%
25-34 años	47,0%
35-44 años	55,9%
45-54 años	66,9%
55-64 años	63,4%
65 y + años	38,6%
Promedio	52,4%

Fuente: Primera Encuesta de Protección Social, Subsecretaría de Previsión Social, 2002.

La baja densidad de cotizaciones juveniles atentan contra su bienestar futuro y es un reflejo de trayectorias laborales inestables caracterizadas por la rotación entre empleos esporádicos y periodos de inactividad y desempleo (PNUD, 2004).

b. Jóvenes en el sistema previsional de salud

Para proteger a las personas de las contingencias que afecten a su salud, Chile cuenta con un sistema de salud mixto (público/ privado)¹⁶, en general basado en las aportes individuales de acuerdo a la disponibilidad privada de recursos económicos, y que opera como un seguro que ayuda a financiar las prestaciones de salud. En relación a la integración juvenil al sistema previsional de salud se han observado las siguientes tendencias:

En primer lugar, la cobertura total de jóvenes por el sistema de salud público / privado – 88% hacia fines del año 2003 –, se ha mantenido estable durante la última década, no experimentado ninguna variación significativa, además de no presentar diferencias importantes con la cobertura promedio de la población total.

¹⁶ Indicador proxy de calidad del empleo. Incluye a trabajadores por cuenta propia no calificados, empleadores y empleados de microempresas que ocupan en total hasta cinco personas, y empleo doméstico.

¹⁷ El sistema público consiste en un organismo denominado Fondo Nacional de Salud (FONASA) y atiende acerca de 72% de la población (CASEN 2003). Por un lado, entrega prestaciones de salud a las personas - y a sus dependientes o cargas - que perciben ingresos y que aportan el 7% de estos a este fondo. De acuerdo a su capacidad de cotización, estas personas son clasificadas en grupos B, C o D. El sistema público por otro lado, atiende en forma gratuita a las personas carentes de recursos - más sus cargas y a los beneficiarios de pensiones asistenciales -, quienes son clasificados en el Grupo A o "indigente", y cuyas prestaciones son financiadas por el Estado a través de un aporte fiscal directo.

El sistema privado por su parte, financia prestaciones de salud a través de las Instituciones de Salud Previsional (ISAPRE) que administran las cotizaciones obligatorias de salud de los trabajadores ya sea dependientes, independientes o cotizantes voluntarios que han optan libremente por este sistema. Atiende a cerca de 16% de la población (CASEN 2003).

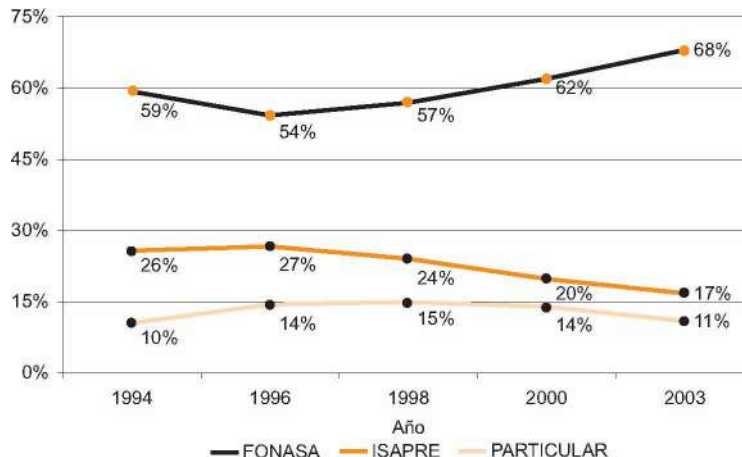
Cuadro 21

Pertenencia a sistema provisionales de salud según edad en grupos				
	14 y - años	15 - 29 años	30 y + años	Total
Sist. Público	75,6%	68,0%	72,2%	72,1%
FF.AA. y de Orden	2,7%	2,6%	3,5%	3,1%
ISAPRE	16,8%	16,7%	16,0%	16,3%
Ninguno (particular)	4,2%	10,8%	7,0%	7,2%
Otro sistema	0,1%	0,2%	0,2%	0,2%
No sabe	0,6%	1,6%	1,1%	1,1%
Total	100%	100%	100%	100%

Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, 2003.

En segundo lugar, durante la última década, al igual que el resto de la población, los y las jóvenes han tendido a aumentar su concentración en el sistema público (FONASA), bajando al mismo tiempo, su participación en el sistema privado (ISAPRES). Por otra parte, el porcentaje de jóvenes que no cuenta con un sistema previsual para financiar sus prestaciones de salud y que se atiende en calidad de particular ha experimentado una variación neta nula.

Gráfico 42: Porcentaje de jóvenes 15 - 29 años que pertenece a FONASA, ISAPRE y a ningún sistema (particular)



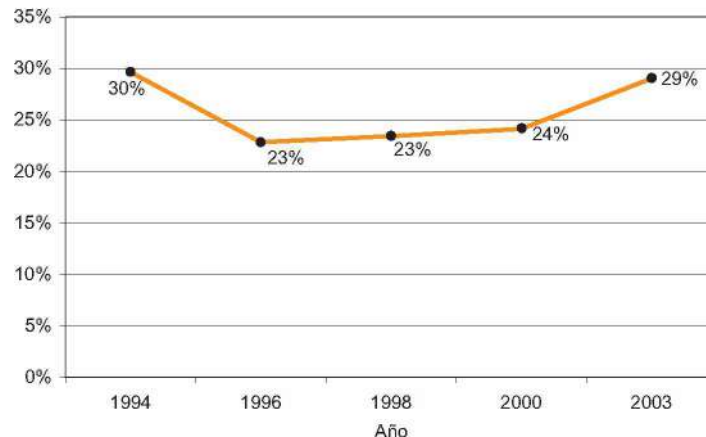
Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, 2003.

En tercer lugar, durante los últimos diez años, no se han observado cambios significativos en la proporción de jóvenes atendidos por el sistema público en el grupo A (indigente), es decir, se mantiene



en aproximadamente un tercio la proporción de jóvenes que no poseen – o que sus familias no poseen – medios económicos para financiar sus prestaciones de salud y que deben obtener atención gratuita.

Gráfico 43: Porcentaje de jóvenes 15 - 29 años que pertenece al grupo A (Indigente) del sistema público de salud

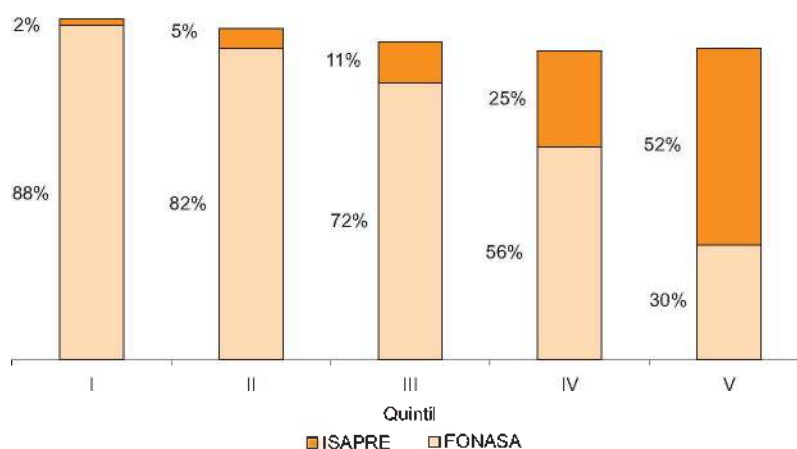


Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, años respectivos.

En cuarto lugar, el tipo de cobertura de los sistemas provisionales de salud en jóvenes presenta importantes sesgos según nivel socioeconómico, sexo y situación laboral.

En relación al nivel socioeconómico - utilizando como indicador el nivel de ingresos del hogar - se observa una fuerte presencia generalizada del sistema público de salud, con una especial concentración en los sectores más pobres. En el segmento más pobre (quintil I) más de la mitad de los y las jóvenes (57%) está clasificado en el Grupo A (indigente). El sistema privado en cambio, concentra su atención en jóvenes de hogares de mayor ingreso.

Gráfico 44: Porcentaje de jóvenes 15 - 29 años que pertenecen al sistema público y privado de salud, según quintil de ingreso del hogar



Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, 2003.

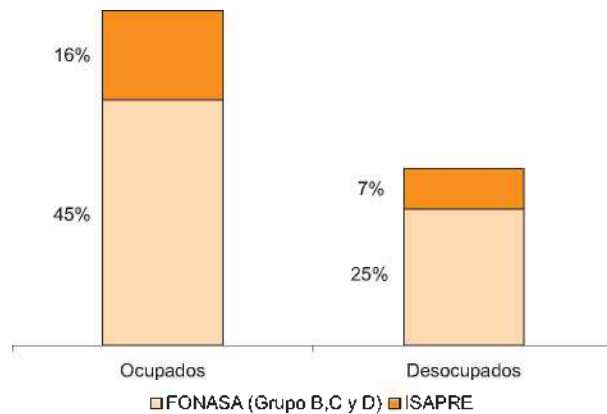
Al analizar la cobertura de los sistemas previsionales de salud en la población joven según sexo, se advierte que, la atención en el sistema público es moderadamente superior en el caso de las mujeres. Un 72% de ellas es atendida por FONASA en contraste con un 64% de los hombres (CASEN 2003).

Por último, debido al carácter contributivo del sistema previsional de salud, la situación laboral del joven influye directamente en su integración a estos sistemas de protección.

Por un lado, en quienes trabajan, la probabilidad de acceder a sistemas que ayudan a financiar prestaciones de salud mediante aportes individuales periódicos, y obtener así mejores prestaciones, es el doble que en los desocupados. Esto se expresa en una mayor pertenencia de jóvenes ocupados en los sistemas de salud privado (ISAPRES) y público en los grupos B, C, y D, basados en una cotización obligatoria.



Gráfico 45: Pertenencia a sistemas de salud que demanda cotización jóvenes 15 - 29 años según condición de actividad



Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, 2003.

Por otro lado, - y como es de esperar -, la formalización de las relaciones de trabajo y calidad del empleo del joven resultan determinantes en su integración a los sistemas de salud.

De acuerdo a la Cuarta Encuesta Nacional de la Juventud, la proporción de jóvenes ocupados de forma dependiente, que efectivamente estaría cotizando, es decir, aportando recursos a los sistemas de salud en promedio alcanza a un 71%. sin embargo, sube a un 91% si el joven cuenta con un contrato regido por el código del trabajo (INJUV, 2003).

Por su parte, quienes se ocupan en empleos de menor calidad¹⁸ en su mayoría deben acceder a prestaciones de salud gratuitas (sistema público, Grupo A) o de forma particular.

¹⁸ En sectores de baja productividad.

Cuadro 22

Sistema de salud previsional jóvenes 15 - 29 años en sectores de baja productividad	
Sistema Público Grupo A	41%
Sistema Público Grupo B, C y D	34%
Ninguno (particular)	16%
ISAPRE	6%
Sist. Público. No sabe grupo	1%
FF.AA. y de Orden	1%
Otro sistema	0%
No sabe	1%
Total	100%

Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta CASEN, 2003.

c. Riesgos sanitarios en la población joven en Chile

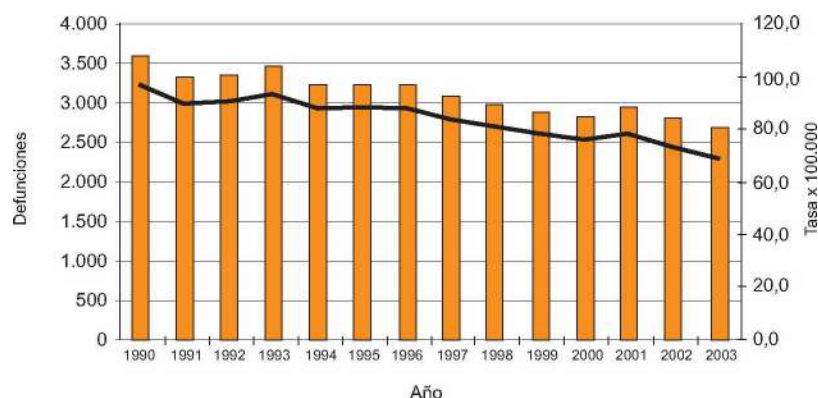
En términos de bienestar sanitario, probablemente no existe mejor momento que la juventud. La baja probabilidad de morir o enfermar gravemente en esta etapa, convierte a los y las jóvenes en un grupo de bajo riesgo en salud.

Las favorables condiciones de salud durante la juventud se reflejan claramente en sus percepciones subjetivas. A diferencia de la población adulta, la gran mayoría (81%) siente que su salud es buena o muy buena. Además, son quienes menos presentan problemas de salud, enfermedades o accidentes, y quienes menos consultan por estas condiciones, en relación a otros segmentos de la población (CASEN 2003).

Por otro lado, el desarrollo reciente del país ha tenido un impacto positivo en la salud de la población que se refleja en un descenso en la exposición a riesgo mortal, tanto para hombres como para mujeres jóvenes. En el período 1990 – 2003 la tasa de mortalidad entre los 15 y 29 años cae desde un 95.8 a un 68.1⁹ por cada cien mil jóvenes.



Gráfico 46: Mortalidad jóvenes 15 - 29 años (defunciones y tasas)



Fuente: Departamento de Estadísticas e Información de Salud, MINSAL, años respectivos.

La buena salud de los y las jóvenes, sea objetiva o subjetiva, sumada al descenso de la mortalidad en esta etapa, puede llevar a que no siempre sean reconocidos como un grupo vulnerable, expuesto a un conjunto de factores de riesgo, que no solo amenazan su bienestar inmediato, sino que, pueden manifestarse como enfermedades o causas de muerte durante la adultez.

Algunos de estos factores se presentan de manera exclusiva durante la juventud, otros, obedecen a tendencias sociales que afectan a la población en forma generalizada y en muchos casos actúan de manera combinada. Los principales factores de riesgo sanitario juvenil se encuentran asociados al inicio de la sexualidad activa (embarazo adolescente y VIH), al consumo de sustancias lícitas e ilícitas, a la actividad física insuficiente, y a factores externos de riesgos sanitario (accidentes, suicidios).

- **El inicio de la sexualidad activa**

El hito biográfico de la entrada a la sexualidad activa, en general ocurre durante la juventud temprana y en términos epidemiológicos introduce a las personas al riesgo de adquirir una infección de transmisión sexual (ITS) o un embarazo no deseado (MINSAL, 2001).

Durante el último siglo, este proceso ha tendido a adelantarse desde un punto de vista generacional, mientras que, desde el punto de vista biográfico, se ha transformado en un proceso más lento, pasando desde un rito de iniciación al aprendizaje progresivo (Palma, 2003). Además, se da en un contexto caracterizado por una creciente disociación entre la madurez sexual y fertilidad, y la madurez social, y por un descenso significativo de la fecundidad general.

¹⁹ Una de las tasa más bajas de la región, sin embargo, supera ampliamente la mortalidad de un país desarrollado como España cuya tasa entre 15 y 24 años es de 49,3 (CEPAL –OII, 2004).

Según la encuesta nacional de juventud del INJUV, el porcentaje de adolescentes de edades 15 a 19 sexualmente activos ha subido de un 33% un 40% entre los años 1994 y 2003, mientras que en el tramo de 18 a 29 años, un 86% declara haber tenido relaciones sexuales (INJUV 2003).

La primera relación sexual ocurre típicamente (mediana) a los 17 años en las mujeres y a los 16 en los hombres, lo que implica que la iniciación sexual en general ocurre antes de la edad de egreso de la enseñanza media.

La tendencia de los últimos años ha sido la reducción de la edad media de la iniciación sexual de las mujeres de estratos populares. Según un estudio, en mujeres de 18 – 24 años se presentan grandes diferencias en la edad iniciación sexual según el nivel educacional alcanzado. La mediana de la primera relación sexual era de 15,6 años en las jóvenes con enseñanza básica, 18,6 cuando tenían enseñanza media y 20,9 con enseñanza superior (MINSAL 1998).

Cuadro 23

Mediana primera relación sexual (15 – 29 años) según nivel socioeconómico año			
	Alto	Medio	Bajo
Hombre	17	16	16
Mujer	18	18	17
Mediana	17	17	17

Fuente: Cuarta Encuesta Nacional de Juventud, INJUV, 2003.

A lo largo de la juventud, la mayor parte de las personas (sobre el 80%) mantiene relaciones sexuales dentro de su pareja habitual, sin embargo, los adolescentes presentarían una mayor probabilidad de tener sexo fuera de la pareja habitual. Además, existe evidencia que sugiere que el recambio o superposición de parejas sexuales tienden a ser mayor en las generaciones más jóvenes. En el tramo de 18 – 29 años cerca de un tercio de las mujeres y más de dos tercios de los hombres había tenido dos o más parejas sexuales en los últimos 5 años (MINSAL, 1998).

Cuadro 24

Persona con quién tuvo su última relación sexual jóvenes 15 a 29 años según edad en tramos				
	15 – 19 años	20 – 24 años	25 – 29 años	Total
Pareja o ex pareja	83%	85%	88%	86%
Fuera de la pareja habitual (amigo, encuentro ocasional, otra persona, amante)	17%	15%	11%	14%
Comercio sexual		0,5%	0,5%	0,4%
Total	100%	100%	100%	100%

Fuente: Cuarta Encuesta Nacional de Juventud, INJUV, 2003.



Por otro lado, un estudio reciente sobre los factores de riesgo y vulnerabilidad juvenil ante el VIH/SIDA, sugiere que en los grupos socioeconómicos medios y bajos las relaciones sexuales se desarrollan tanto en un contexto de pareja estable, como de ocasionalidad, en espacios fuera de la relación y vínculo de pareja (CONASIDA, 2005).

En relación a la gestión del riesgo de embarazo o ITS, si bien, las generaciones más jóvenes se destacan por un mayor uso relativo de tecnología preventiva (CONSISA, 2000), la evidencia disponible sugiere que, la adopción de protección en la población joven es aún insuficiente.

Entre los años 1998 y 2003 la probabilidad de iniciarse sexualmente sin usar ningún tipo de protección ha bajado moderadamente para las mujeres, mientras que para los hombres se ha mantenido. Según la Cuarta Encuesta Nacional de Juventud, el déficit de protección en la iniciación sexual resulta especialmente aguda en jóvenes de sectores medios y bajos, en que supera en 70% (INJUV, 2003).

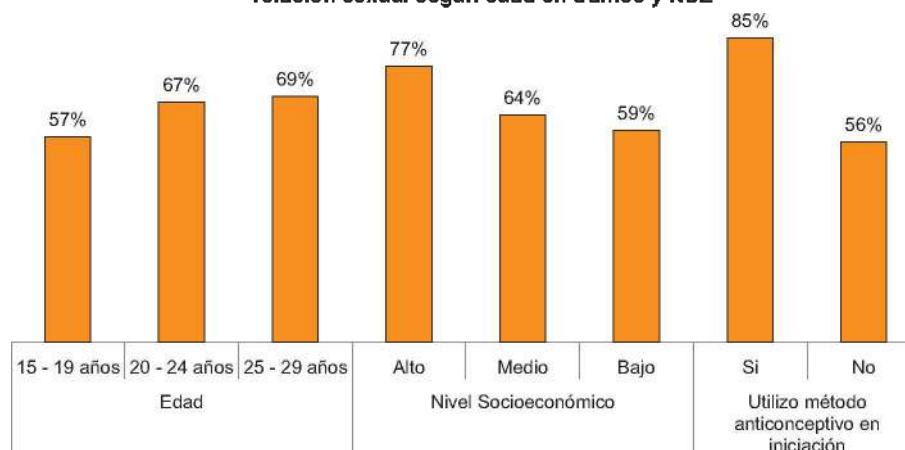
Cuadro 25

Porcentaje de jóvenes 18 - 29 años que no usaron tecnología preventiva en la primera relación sexual según sexo		
Sexo	Año	
	1998	2003
Hombre	71%	70%
Mujer	76%	63%

Fuentes: Estudio de comportamiento sexual, MINSAL, 1998 y Cuarta Encuesta Nacional de Juventud, INJUV, 2003.

El uso regular de métodos anticonceptivos (medido en términos de su uso en la última relación sexual) presenta importantes asociaciones con la edad del joven, su nivel socioeconómico y gestiones del riesgo en el pasado. Hacia fines del año 2003 quienes menos usaban métodos de protección eran los adolescentes (15 -19 años), los y las jóvenes más pobres (nivel socioeconómico bajo) y quienes no usaron tecnología preventiva en la iniciación sexual (INJUV, 2003).

Gráfico 47: Porcentaje de jóvenes que usó método anticonceptivo en la última relación sexual según edad en tramos y NSE



Fuente: Cuarta Encuesta Nacional de Juventud, INJUV, 2003.

La sexualidad activa implica el riesgo de adquirir una infección de transmisión sexual (ITS). De acuerdo a estadísticas del Ministerio de Salud, en adolescentes de 15 a 19 años la tasa³⁰ de presentación de enfermedades de transmisión sexual es de 94.7 para los hombres y 137.0 para las mujeres, y la patología notificada más frecuente para este grupo es el condiloma que representa un 39.7% de los casos notificados en hombres y 50.0% en mujeres.

Finalmente, considerando que el mayor número de casos de SIDA diagnosticados en Chile se da entre los 25 y 34 años, y teniendo en cuenta que el VIH tarda aproximadamente 7 años en desarrollar la enfermedad, se deduce que la infección en estos grupos se produce durante la adolescencia o juventud (MINSAL, 2005²¹).

- **Embarazo adolescente**

El embarazo y la maternidad durante la adolescencia no solo resultan especialmente riesgosos para la salud, sino que se asocian a un profundo impacto en el desarrollo psicológico y social normal del joven.

Chile presenta una de las menores tasas de fecundidad adolescente de América Latina y el Caribe, sin embargo, persiste el embarazo y maternidad en la adolescencia, y como se puede observar, en los últimos 20 años, las tasas de fecundidad en las menores de 20 años han experimentado un descenso muy moderado.



Cuadro 26

Tasas de fecundidad menores de 20 años			
Año	1983	1993	2003
Tasa x 100.000	59,1	63,9	54,7

Fuente: Anuarios de Demografía, INE, 2003.

En el año 2000, el 16% de los nacidos vivos tenía una madre de menos de 20 años (INE, 2000), y en el período intercensal que comprenden los años 1992 y 2002, el promedio de hijos de este grupo aumentó de 0.15 a 0.20, y disminuyó en el grupo de mujeres de 20 años y más.

El Censo 2002, contabilizó a 77.291 a mujeres entre 15 y 19 años que eran madres, lo que equivale al 12% del total de mujeres de ese grupo de edad²² (INJUV, 2005).

El embarazo y maternidad adolescentes es un fenómeno que se da en un contexto de profunda segmentación social. Según la Cuarta Encuesta Nacional de Juventud, una de cada cuatro adolescentes de nivel socioeconómico bajo es madre, versus un 10% en los sectores medios y un 3% en el alto (INJUV, 2003).

• Consumo de tabaco y alcohol

Existe evidencia científica contundente de que el consumo de tabaco y alcohol – que comienza durante la adolescencia - puede afectar gravemente la salud física, mental y social, sin embargo, en Chile, el consumo habitual de estas sustancias está ampliamente legitimado.

Pese a los crecientes esfuerzos para restringir su uso y mitigar sus consecuencias negativas²³, Chile es un país especialmente afectado por el tabaco. De acuerdo a la Encuesta Mundial de Tabaquismo Juvenil (OMS, 2003), nuestro país encabeza el consumo mundial de tabaco en adolescentes. Según este estudio, un tercio de las personas entre 13 y 15 tiene el hábito de fumar cigarrillos.

Según estimaciones del Consejo Nacional para el Control de Estupefacientes, CONACE, el consumo de cigarrillos, de acuerdo a la prevalencia del último mes²⁴, se ha mantenido estable en la población general alcanzando un 43% en el año 2004.

Al igual que hace 10 años, en el 2004 las tasas más altas de consumo de cigarrillos se registran al terminar la adolescencia, en el segmento de 19 a 25 años (58%) y en grupo adulto joven de 26 a 34 años (53%).

En el consumo de tabaco, la tendencia general durante la última década, ha sido la igualación entre los sexos, debido al crecimiento del consumo femenino, especialmente después de la adolescencia (19 - 25 años).

²⁰ Tasa x 100.000 habitantes.

²¹ Entrevista a Doctora Carmen López, encargada del Programa de Salud del Adolescente del MINSAL, Agosto, 15 de Julio, 2005.

²² Es importante tener en cuenta que la fecundidad permite estudiar solo de forma indirecta el embarazo adolescente, ya que, subestima los embarazos que no terminan en un nacimiento (abortos), y no toma en cuenta los embarazos que comienzan a los 19 años y finalizan a los 20 años.

²³ Los objetivos sanitarios del MINSAL para el 2010 específicamente plantean como meta la reducción de la prevalencia de fumadores en población general, jóvenes en edad escolar y mujeres en edad fértil, mientras que en el Congreso Nacional se encuentra en trámite un proyecto de ley del Ejecutivo que podría introducir fuertes restricciones al consumo de tabaco.

²⁴ Ha consumido la sustancia en los últimos treinta días.

Cuadro 27

Prevalencia mes consumo de cigarrillos según sexo y edad						
	Hombres		Mujeres		Total	
Año	1994	2004	1994	2004	1994	2004
12 - 18 años	27%	26%	21%	26%	25%	26%
19 - 25 años	59%	60%	43%	55%	52%	58%
26 - 34 años	55%	57%	45%	48%	50%	53%
35 - 44 años	51%	52%	46%	47%	48%	49%
45 - 64 años	34%	40%	25%	32%	29%	35%
Total	43%	45%	35%	40%	39%	43%

Fuente: Estudio Nacional de Drogas en Población General Chile, CONACE, años respectivos.

En tanto, la edad de inicio del consumo de tabaco se ha mantenido estable. En el año 2004 la mediana para el inicio del uso de cigarrillos era de 15 años para los hombres y 16 para las mujeres.

La intensidad de uso de cigarrillos, medida en el número de cigarrillos consumidos al día, es relativamente baja en los y las jóvenes respecto de otros grupos de la población. En el tramo de 12 a 18 años alcanza a 4 y 3 cigarrillos para hombres y mujeres respectivamente, y 5 y 4 cigarrillos en el tramo 19 – 25 años.

A diferencia del tabaco, el consumo de alcohol en la población general, medido en prevalencia mes, ha experimentado un importante aumento durante la última década subiendo desde un 39% a un 57% entre los años 1994 y 2004. En este período la tasa de crecimiento del consumo de alcohol de las mujeres duplica a la de los hombres.

El mayor consumo mensual de alcohol ocurre hacia al final de la juventud y comienzo de la adultez, alcanzando en el año 2004 dos tercios de las personas entre los 19 y 34 años.

Cuadro 28

Prevalencia mes consumo de alcohol según edad y sexo		
Año	1994	2004
12 - 18 años	24%	32%
19 - 25 años	51%	66%
26 - 34 años	47%	67%
35 - 44 años	41%	62%
45 - 64 años	35%	59%
Hombres	48%	64%
Mujeres	30%	50%
Total	39%	57%

Fuente: Estudio Nacional de Drogas en Población General Chile, CONACE, años respectivos.



Al analizar el consumo de alcohol en segmentos de edad más específicos de la población joven se advierte que las tasas mensuales son similares entre hombres y mujeres, mientras que en los segmentos de mayor edad se produce una diferenciación por el mayor consumo masculino.

Cuadro 29

Prevalencia mes consumo de alcohol según edad y sexo						
	0 -14 años	15 -19 años	20 - 24 años	25 - 29 años	30 a 64 años	Total
Hombre	17%	53%	76%	80%	72%	65%
Mujer	21%	45%	60%	56%	56%	54%
Total	19%	50%	69%	68%	63%	59%

Fuente: Elaboración propia en base a V Estudio Nacional de Drogas en Población General Chile, CONACE, 2002.

La exposición al consumo de bebidas alcohólicas en general comienza en la juventud. Según datos de CONACE, en el año 2002 la mediana del primer consumo de alcohol era de 17 años, 16 para los hombres y 18 para las mujeres, es decir, al terminar la enseñanza secundaria la mitad ya ha tenido alguna experiencia con esta sustancia.

El consumo de alcohol en forma moderada y ocasional no constituye necesariamente un factor de riesgo, sin embargo, se constituye en problema cuando aparecen síntomas de dependencia o de abuso²⁵.

La dependencia²⁶ se asocia a un conjunto de manifestaciones fisiológica, conductuales y cognoscitivas. Esta condición implica que el consumo de una sustancia deviene prioritario para un individuo y se caracteriza por el deseo compulsivo de ingerir sustancias psicoactivas. El abuso²⁷ se refiere a consecuencias del uso recurrente de sustancias tales como fracaso en obligaciones, exposición a riesgos físicos y problemas legales, sociales e interpersonales.

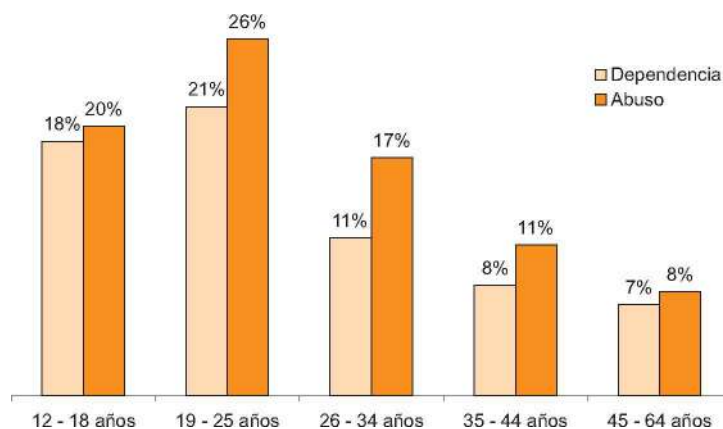
De acuerdo a CONACE (2002) dentro de la población que consume alcohol actualmente (prevalentes último mes), son las generaciones más jóvenes, especialmente entre los 19 y 25 años, quienes presentan las tasas más altas de dependencia y abuso.

²⁵ En las encuestas de drogas de CONACE se aplica un conjunto de preguntas que permiten estimar "dependencia" y "abuso" de sustancias.

²⁶ Se considera dependencia cuando se cumple con al menos tres de los criterios establecidos en la Décima clasificación internacional de las enfermedades CIE 10 durante el año anterior.

²⁷ Se considera abuso cuando se cumple con al menos uno de los criterios definidos por el manual DSM-IV del American Psychiatric Association durante el año anterior, sin haber reunido criterios de dependencia

Gráfico 48: Tasa de dependencia y abuso de alcohol prevalentes último mes según edad en tramos



Fuente: V Estudio Nacional de Drogas en Población General Chile, CONACE, 2002.

Tanto la dependencia como el abuso del alcohol presentan un claro sesgo por sexo y nivel socioeconómico y ocurren con mayor frecuencia en hombres y personas de nivel socioeconómico bajo.

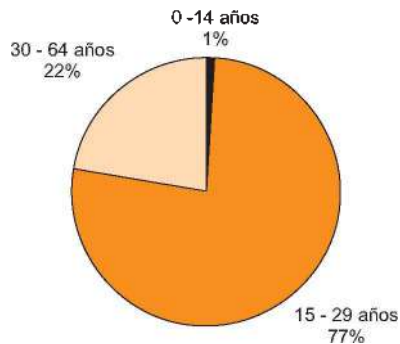
- Consumo de drogas ilícitas: marihuana, pasta base y cocaína

Debido a las consecuencias negativas de su consumo, existe un conjunto de sustancias cuya producción y comercialización está prohibida por la legislación chilena. De estos los de consumo más frecuente en Chile son la marihuana – droga ilícita de mayor consumo en el país –, la pasta base y la cocaína²⁸.

De acuerdo al VI Estudio Nacional de Drogas de CONACE, el uso drogas ilícitas ha tendido a estabilizarse en los últimos años. Según este estudio, en el año 2004 el consumo de cualquier droga ilícita²⁹ medido según prevalencia anual, se situó en un 5,8%, lo que equivale a que cerca de medio millón de personas había usado alguna droga ilegal en el último año.

El consumo de drogas ilícitas se concentra claramente en las generaciones más jóvenes. En el año 2002, tres de cada cuatro consumidores anuales tenía entre 15 y 29 años.

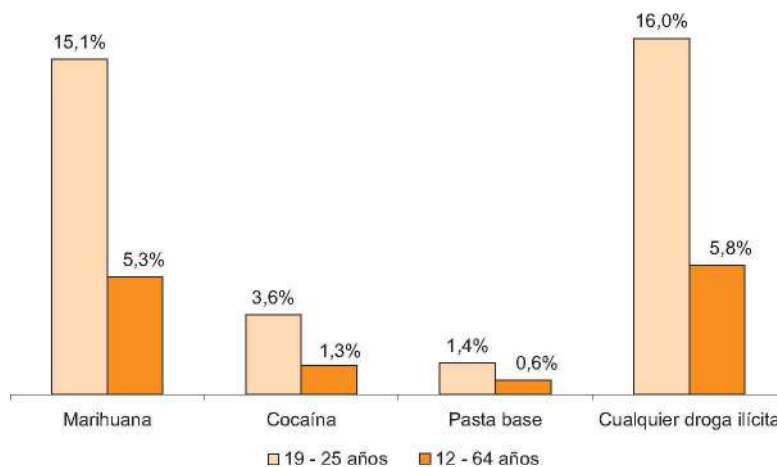
Gráfico 49: Consumo de principales drogas ilícitas según edad en grupos



Fuente: Elaboración propia en base a V Estudio Nacional de Drogas en Población General Chile, CONACE, 2002

De acuerdo a CONACE, el grupo donde se da la mayor prevalencia e intensidad en el uso de drogas ilícitas es específicamente en jóvenes de edad 19 a 25 años, con una prevalencia anual casi tres veces superior al promedio de la población entre 12 y 64 años.

Gráfico 50: Consumo de drogas según prevalencia anual, comparación jóvenes 19 -25 años v/s población general 12 - 64 años



Fuente: VI Estudio Nacional de Drogas en Población General Chile, CONACE, 2004.

²⁸ Debido a su de baja prevalencia se excluyen de este análisis el consumo de otras drogas ilegales y el uso de fármacos fuera de tratamientos médicos

²⁹ Se refiere a: marihuana, paste base o cocaína.

Además el consumo de drogas ilícitas en jóvenes presenta un claro sesgo masculino. La prevalencia año de los hombre es más del doble que en las mujeres.

Cuadro 30

Prevalencia año drogas ilícitas jóvenes 19 – 25 año según sexo			
Droga	Hombre	Mujer	Total
Marihuana	20%	8.6%	15%
Cocaína	2.1%	0.5%	1.4%
Pasta base	5.6%	1.1%	3.5%
Cualquier droga ilícita	22%	9%	16%

Fuente: VI Estudio Nacional de Drogas en Población General Chile, CONACE, 2004.

- Actividad física insuficiente

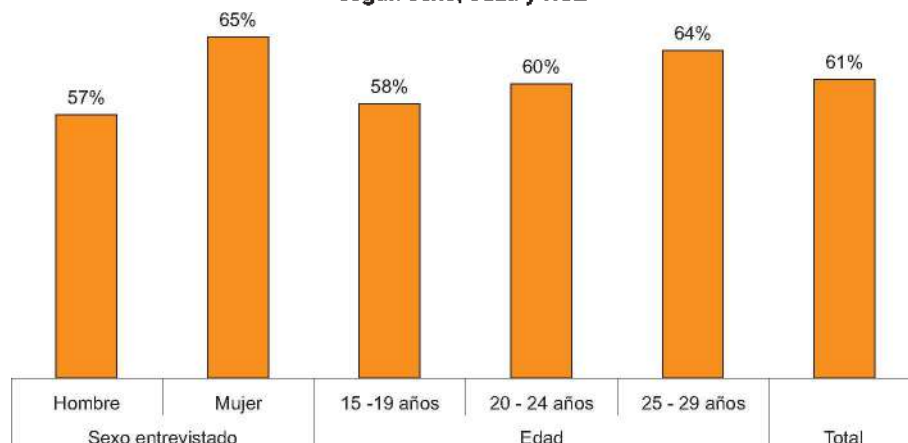
La evidencia que sostiene que la actividad física posee un impacto positivo en la salud de las personas es creciente. Al contrario, el sedentarismo, de acuerdo a la OMS, es una de las 10 primeras causas de defunción, enfermedad y discapacidad en el mundo.

Las cifras de sedentarismo en Chile son alarmantes y constituyen un verdadero problema de salud pública, y por esto, uno de los objetivos sanitarios de la autoridad sanitaria para el 2010 es reducir su prevalencia en 7 puntos porcentuales.

El mínimo de actividad física recomendado por la autoridad es realizar al menos tres sesiones de ejercicio de 30 minutos o más por semana. De acuerdo a este estándar, pese a que las personas jóvenes son moderadamente menos sedentarias que otros segmentos de la población, más de la mitad (61%) presenta niveles de actividad física insuficiente, especialmente las mujeres. Además, el sedentarismo tiende a aumentar a lo largo de la juventud



Gráfico 51: Porcentaje de jóvenes con actividad física insuficiente según sexo, edad y NSE



Fuente: Elaboración propia en base a V Estudio Nacional de Drogas en Población General Chile, CONACE, 2002.

- Factores externos de riesgo

El período de la juventud se caracteriza - en especial para los hombres - por una mayor exposición a riesgos sanitarios externos tales como los accidentes o los eventos de violencia, los que se transforman en la mayor causa de mortalidad juvenil. Este hecho implica que parte importante de las afecciones a la salud y/o muertes que suceden en esta etapa son evitables.

De acuerdo a registros de atención en los niveles secundario y terciario³⁰ del MINSAL, la traumatología es la especialidad que tiene más peso (13%) en las atenciones a adolescentes de 15 – 19 años, mientras que en los menores predominan las atenciones por enfermedades bronco pulmonares y en especialidades pediátricas, y en los mayores la medicina interna, cardiología, ginecología y oftalmología son más comunes (MINSAL, 2005). Por otro lado, un tercio de los egresos hospitalarios de hombres de 15 – 29 años en el año 2002 se debió a diagnósticos de traumatismos, envenenamientos y algunas otras consecuencias de causas externas (DEIS, MINSAL 2002).

Al analizar la mortalidad en Chile, se observa – al igual que en el resto de Latinoamérica – que jóvenes de ambos sexos mueren en mayor medida por causas externas o provocadas por una mayor exposición a riesgos de carácter social, superando ampliamente a otras causas de carácter endógeno como a las provocadas por enfermedades genético – degenerativas o a las transmisibles.

³⁰ Atención Secundaria: Contempla actividades de rehabilitación de las distintas especialidades. Resuelve patologías de mayor complejidad que son derivadas de la Atención Primaria. Atención Terciaria: Contempla actividades de especialidades, en resolución de patologías de alta complejidad que son derivadas de la atención secundaria y servicios de urgencia. Considera la atención de algunos pacientes discapacitados, pacientes hospitalizados, politraumatizados, con patologías de salud general crónicas descompensadas (www.minsal.cl).

Dentro de las defunciones entre los 15 y 29 años en el año 2003, las causas externas³¹ representaron un 64% del total, con marcado sesgo masculino, atribuible al comportamiento agresivo que prevalece en la cultura machista propia de Latinoamérica (CEPAL – OIJ, 2004).

Cuadro 31

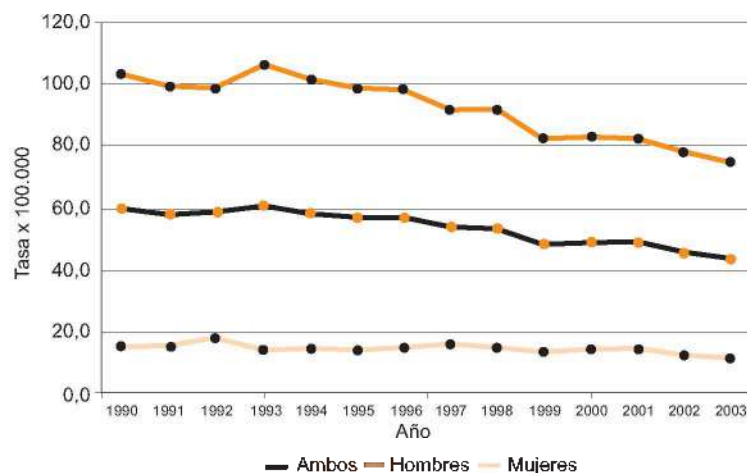
Distribución porcentual de las defunciones en jóvenes de 15 a 29 años de edad según causas			
Grandes grupos de causas de muerte	Hombres	Mujeres	Ambos
Todas las causas	100%	100%	100%
Causas externas de mortalidad	71%	38%	64%
Tumores (neoplasias)	8%	20%	11%
Enf. del sistema circulatorio	5%	7%	5%
Enf. del sistema nervioso	4%	7%	5%
Ciertas enf. infecciosas y parasitarias	4%	4%	4%
Resto de causas	2%	4%	2%
Enf. del sistema digestivo	2%	4%	2%
Síntomas, signos y hallazgos anormales clínicos y de laboratorio no clasificados en otra parte	2%	3%	2%
Malformaciones congénitas, deformidades y anomalías cromosómicas	1%	4%	2%
Enf. del sistema respiratorio	1%	3%	2%
Enf. endocrinas, nutricionales y metabólicas	1%	3%	1%
Enf. del sistema genitourinario	0%	2%	1%
Embarazo, parto y puerperio	-	2%	0%

Fuente: Departamento de Estadísticas e Información de Salud, MINSAL, 2003.

Aunque el peso relativo de las causas externas sobre el total de defunciones juveniles se ha mantenido estable en los últimos 15 años, las tasas de mortalidad por causas externas han tendido a bajar para ambos sexos entre los años 1990 y 2003.



Gráfico 52: Tasas de mortalidad jóvenes 15 - 29 años por causas externas



Fuente: Departamento de Estadísticas e Información de Salud, MINSAL, años respectivos.

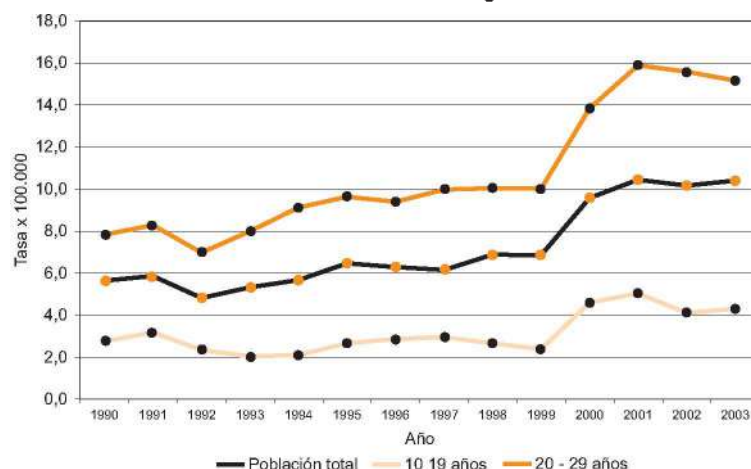
Dentro de las causas externas de muerte, destaca en el último período el aumento del suicidio en forma generalizada para los diferentes cohortes de edad. La creciente probabilidad de morir por esta causa confirma que los procesos de desarrollo y modernización acelerados, como los experimentados por la sociedad chilena en las últimas décadas, acarrearán una serie de externalidades negativas que atentan contra la calidad de vida de las personas.

De hecho, las autoridades sanitarias disponen de evidencia epidemiológica que muestra la elevada prevalencia en la población chilena de enfermedades no transmisibles, entre ellas muchos trastornos mentales, asociadas a condiciones de vida “modernas”, que en casos extremos pueden llevar acciones autodestructivas con resultados de muerte (MINSAL, 2001).

En las tasas de suicidio se observan las siguientes tendencias: primero, entre los años 1999 y 2001 se experimenta un aumento dramático de esta causa de muerte que se sitúa para la población total en un 10,4 (por cada 100.000). En segundo lugar, durante todo el período estudiado, la población adolescente (10 – 19 años) se sitúa por debajo del promedio poblacional, mientras la tasa de suicidio entre los 20 y 29 años siempre está por arriba.

²¹ Incluye accidentes vehiculares, homicidios, suicidios, eventos de intención no determinada, ahogamientos y eventos que obstruyan la respiración, entre otras causas de muerte violenta

Gráfico 53: Tasa de mortalidad por lesiones auto infligidas intencionalmente según edad



Fuente: Departamento de Estadísticas e Información de Salud, MINSAL, años respectivos.

En tercer lugar, se mantiene la tendencia histórica del marcado sesgo masculino en el suicidio, de esta forma, el 84% de las defunciones por esta causa en población joven de 20 – 29 años correspondía a hombres.

Cuadro 32

Mortalidad por lesiones autoinfligidas intencionalmente, según grupo de edad y sexo						
Sexo	Total		Grupo de edad			
			10 - 19 años		20 - 29 años	
	Defunciones	Tasa *	Defunciones	Tasa*	Defunciones	Tasa*
Ambos sexos	1.654	10,4	124	4,3	373	15,2
Hombres	1.402	17,8	98	6,7	315	25,3
Mujeres	252	3,1	26	1,8	58	4,8

* Tasa por 100.000 habitantes

Fuente: Departamento de Estadísticas e Información de Salud, MINSAL, 2003.

En suma, pese a la “buena” salud de los y las jóvenes existe suficiente evidencia para considerarlos un grupo vulnerable. Durante esta etapa de la vida la población se expone a una serie de riesgos específicos que amenazan su bienestar sanitario inmediato, pero también en el largo plazo, ya que la buena salud en la etapa adulta está afectada en gran medida por factores que se desarrollan en la vida temprana.



A nivel de la política pública se están desarrollando un conjunto de acciones destinadas a la protección de la salud de la población joven, entre ellas destacan la implementación el año 2004, por parte del MINSAL, del Programa Nacional de Salud Adolescente, que ha desarrollado una modalidad de atención especializada para este grupo en establecimientos públicos de salud; el Plan de Educación en Sexualidad y Afectividad lanzado por el MINEDUC en septiembre del 2005 (pero es un plan que las escuelas son las optan respecto a su implementación); las acciones preventivas de CONASIDA en el plano de las enfermedades de transmisión sexual, las que básicamente han estado centrada en la campaña de prevención y atención a las personas que ya están infectadas; y la labor de intervención, investigación e información de CONACE.

Pese a esta preocupación por la salud juvenil expresada en acciones concretas, el trabajo del Estado en la materia necesita ser perfeccionado y ampliado. Por un lado, es necesario ocuparse de los riesgos sanitarios de la juventud en su conjunto y no sólo concentrar la atención en la juventud temprana. Por otro lado, la política pública sanitaria destinada a jóvenes adolece de un nivel de coordinación adecuado entre los actores involucrados, lo que se expresa, por ejemplo, en el cese del funcionamiento de una mesa intersectorial de sexualidad (INJUV, SERNAM, MINEDUC, MINSAL). Por último, se observa escaso trabajo en áreas como el autocuidado y sexualidad responsable, tal como muestran los distintos indicadores descritos anteriormente.

2.4. El poder político: Participación de los y las jóvenes en el sistema electoral

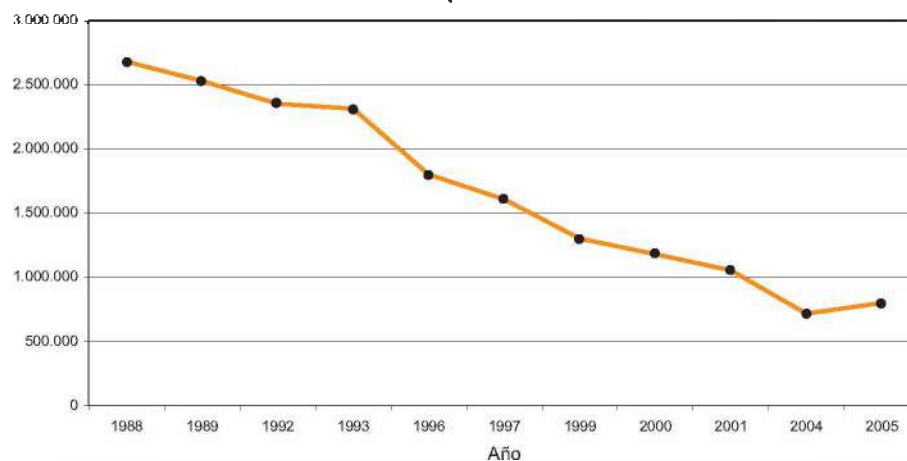
Al cumplir 18 años los ciudadanos chilenos adquieren el derecho a participar del poder político a través un trámite de inscripción voluntaria en el Servicio electoral. Esto les permite a través de voto directo, elegir libremente a sus representantes en el poder ejecutivo, poder legislativo y gobierno local.

El grado de inclusión de los diferentes grupos de la población en el sistema electoral y su peso dentro del padrón electoral resulta determinante en su nivel de influencia social de acuerdo a las reglas del juego democrático.

Siguiendo una tendencia característica de Iberoamérica (CEPAL –OIJ, 2004), la juventud chilena es cada vez más reticente a utilizar el voto como forma de participación en el sistema político.

Al analizar la evolución del padrón electoral juvenil, es decir, el número de jóvenes inscritos en el Servicio Electoral para cada elección, desde fines de la década de los ochenta hasta el año 2004, se advierte una dramática caída en el número de jóvenes mayores de 18 años que participan en los comicios electorales.

Gráfico 54: Evolución padrón electoral 18 -29 años



Fuente: Estadísticas Servicio Electoral, 2005.

Cuadro 33

Evolución padrón electoral juvenil Jóvenes 18 – 29 años.	
Año	Total 18 – 29 inscritos
1988	2.676.878
1989	2.526.872
1992	2.348.099
1993	2.310.660
1996	1.798.274
1997	1.605.232
1999	1.297.821
2000	1.177.961
2001	1.051.368
2004	714.956
2005	797.991

Fuente: Estadísticas Servicio Electoral, 2005.

Cabe destacar, que hubo un incremento de la cantidad de personas inscritas en los registros electorales para las elecciones presidencial y parlamentaria de diciembre 2005, que permitió por primera vez en 17 años, revertir la tendencia decreciente del número de electores jóvenes.



Entre los meses de abril y septiembre del año 2005, se inscribieron los registros electorales 537.409 personas, de los cuales un 47% eran jóvenes menores de 30 años, lo que equivale a más de 250.000 personas.

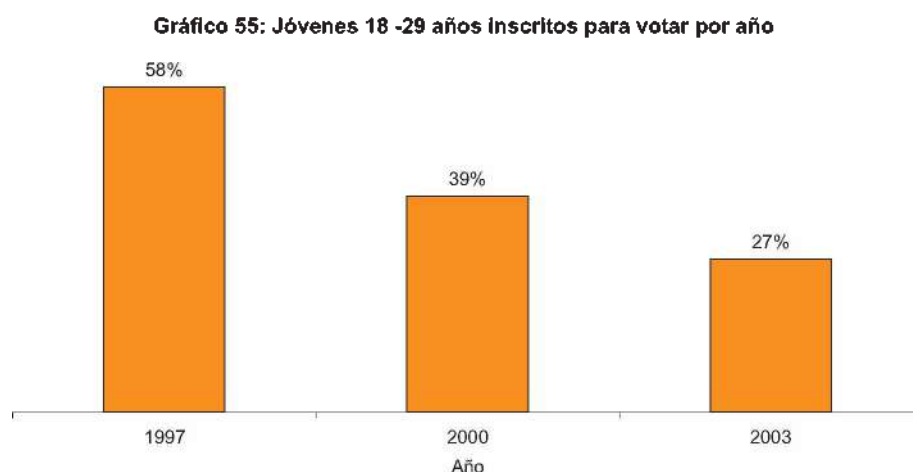
La distribución de los nuevos inscritos jóvenes según edad sugiere que la decisión de inscribirse para votar – que se ha ido desplazando hacia mayores edades - ocurre mayoritariamente entre los 20 y los 24 años, en concordancia con análisis previos de los nuevos inscritos para elecciones entre los años 1988 y 2000 (INJUV –IDEA, 2004). Además, se advierte una moderada mayor presencia femenina.

Cuadro 34

Personas jóvenes inscritas desde abril a septiembre 2005 en los registros electorales		
	n°	%
18 - 19 años	78.647	31%
20 - 24 años	107.035	42%
25 - 29 años	68.323	27%
Hombres	118.484	47%
Mujeres	135.521	53%
Total	254.005	100%

Fuente: Estadísticas Servicio Electoral, 2005.

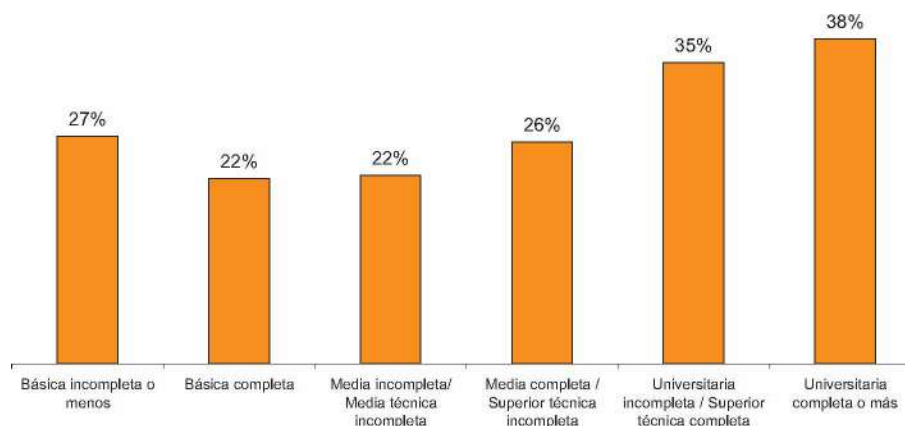
Pese a lo anterior, la tendencia clara es un drástico descenso de la población joven con derecho a voto. De acuerdo a las Encuestas Nacionales de Juventud, el porcentaje de jóvenes (mayores de 18 años) inscritos para votar cae desde un 58% a un 27% entre los años 1997 y 2003, es decir, más de 2 millones de jóvenes con derecho a voto están fuera de los registros electorales.



Fuente: Encuestas Nacionales de Juventud, INJUV, años respectivos.

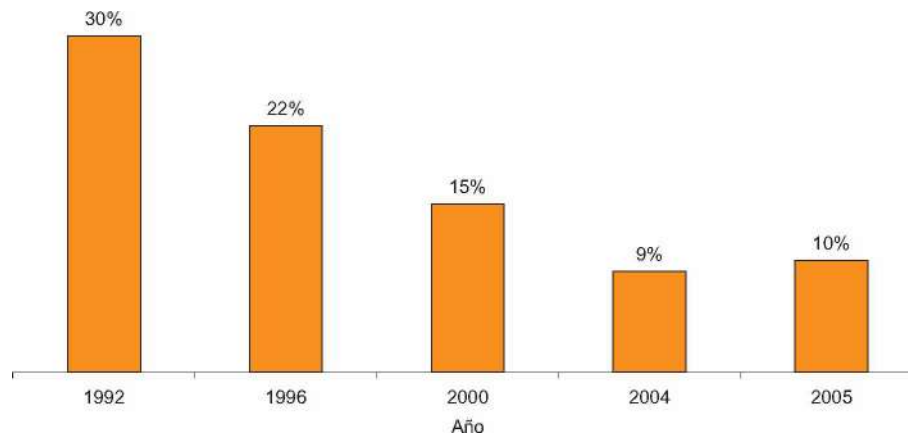
La baja inscripción electoral es transversal en la población joven, no obstante, el nivel de inscripción es relativamente mayor en aquellos jóvenes que provienen de hogares en que el sostenedor tiene más educación, es decir, se trata de jóvenes suficientemente educados para saber que el acto de votar entrega a cada ciudadano un poder de influencia social insustituible, por lo tanto, la caída en la participación electoral juvenil va acompañada de un proceso de elitización.

Gráfico 56: Porcentaje de jóvenes 18 -29 años inscritos para votar según nivel de estudios de sostenedor del hogar



Fuente: Encuestas Nacionales de Juventud, INJUV, años respectivos.

Como consecuencia, en la última década, el peso relativo de los y las jóvenes dentro de la población votante ha caído sostenidamente desde un 30% la elección municipal del año 1992 hasta un 9% en la elección municipal del año 2004, y sube a un 10% para la elección presidencial y parlamentaria 2005, posiblemente debido a que las elecciones de presidente tienden a generar más interés ciudadano otros tipo de elección.

Gráfico 57: Peso relativo de jóvenes en población votante - SERVEL

Fuente: Estadísticas Servicio Electoral, 2005.

El peso de los y las jóvenes al interior de la población electoral presenta importantes diferencias interregionales. Las regiones de Aisén, Magallanes y Tarapacá son donde se registra por una lado, mayor presencia juvenil en el electorado, y por otro, mayores diferencias entre los porcentajes de hombres y mujeres.

Al contrario, las regiones de Coquimbo, Metropolitana y de Atacama exhiben los niveles más bajos de presencia electoral juvenil del país.

Cuadro 35

Peso jóvenes 18 a 29 años en la población electoral según sexo y región			
Región	Hombres	Mujeres	Total
Región Aisén del General Carlos Ibáñez del Campo	21,1%	14,2%	17,9%
Región de Magallanes y de La Antártica Chilena	21,9%	9,0%	16,2%
Región de Tarapacá	16,4%	10,4%	13,5%
Región de Los Lagos	12,0%	10,5%	11,2%
Región de La Araucanía	11,8%	10,7%	11,2%
Región del Bío-Bío	11,1%	10,3%	10,7%
Región del Maule	10,5%	10,5%	10,5%
Región de Antofagasta	11,1%	8,4%	9,7%
Región de Valparaíso	11,1%	8,5%	9,7%
Región del General Bernardo O'Higgins	9,6%	9,6%	9,6%
Región de Atacama	9,0%	9,3%	9,1%
Región Metropolitana de Santiago	9,0%	7,6%	8,3%
Región de Coquimbo	8,2%	7,8%	8,0%
TOTAL	10,6%	8,9%	9,7%

Fuente: Estadísticas Servicio Electoral, 2005.

Esta resistencia a votar por parte de los y las jóvenes se asocia a profundas transformaciones socioculturales que caracterizan al Chile contemporáneo, y a un conjunto de representaciones negativas de la política ampliamente difundidas, fenómenos que serán analizados en detalle en el siguiente capítulo del presente informe.

De todas formas, desde un punto de vista procedimental cabe preguntarse en que medida el voto como instrumento de participación constituye un derecho garantizado. En este sentido, el sistema electoral chileno claramente no ofrece todas las facilidades para que los ciudadanos mayores de 18 años entren a formar parte de la población votante³².

En primer lugar, quien desee votar debe pasar por un trámite de inscripción visitando una oficina que atiende en horarios limitados y que cierra 90 días antes de las elecciones, es decir, hay limitaciones de carácter administrativo que desincentivan el voto. De hecho, de acuerdo a la Cuarta Encuesta Nacional de Juventud, las complicaciones asociadas al trámite de inscripción en los registros electorales son responsables del 23% de los casos de abstención electoral. Además la disposición a inscribirse para votar (48%) duplica a la inscripción efectiva.

En segundo lugar, el sistema electoral chileno, asocia el voto a reesfuerzos negativos. La obligación de votar de por vida asociada a sanciones – y no a incentivos - resulta inconsistente con una cultura juvenil contemporánea caracterizada entre otros aspectos, por una búsqueda autónoma de la realización personal que rechaza las obligaciones. En el fondo, se puede decir que, la sociedad castiga a los inscritos que no votan, y no premia a los que si lo hacen.

En tercer lugar, el sistema electoral binominal desincentiva la diversidad de la oferta política, atentando contra las posibilidades de los y las jóvenes de encontrar movimientos políticos que los representen. Esto se suma a la inexistencia de mecanismos que permitan canalizar a través del voto, las opciones de rechazo a las ofertas disponibles en una determinada elección.

Tanto el sistema binominal como la imposibilidad de expresar rechazo a las alternativas a través del voto, resultan especialmente inadecuados en un escenario - como se verá más adelante - de una crisis de representación política juvenil de tal magnitud, que hacia fines del año 2003 sólo un 15% se identificaba con algún partido político.

Por último, de mantenerse la abstención electoral juvenil, en el mediano plazo éstos podrían estar prácticamente extinguidos de la población electoral. El efecto de esta situación no se reduce a la pérdida de influencia de las nuevas generaciones ni a un padrón electoral envejecido. La consecuencia más profunda es que el mismo sistema democrático vea amenazada su legitimidad.



La forma más efectiva de revertir esta situación y de hacer del voto un derecho garantizado, es sin lugar a dudas, la instalación de un sistema de inscripción automática en los registros electorales.

3. Integración micro social

La integración a la sociedad no se agota en la inclusión a las grandes esferas funcionales descritas anteriormente, sino que pasa también por la inclusión en esferas micro sociales en que se actualizan vínculos tales como la familia, los grupos de pares, o las asociaciones.

La integración microsocia - denominada por algunos autores como “participación social” - juega un papel fundamental, no solo a nivel del desarrollo personal, sino que resulta determinante en el acceso a recursos que promueven el bienestar social.

En el siguiente análisis se distinguen dos niveles de la integración microsocia, por un lado, la participación juvenil en espacios de sociabilidad, y por otro lado, la participación juvenil en espacios de asociatividad.

3.1. Participación juvenil en espacios de sociabilidad

La participación en espacios de sociabilidad se refiere a la inclusión en la esfera íntima compuesta por la familia, la pareja y los amigos.

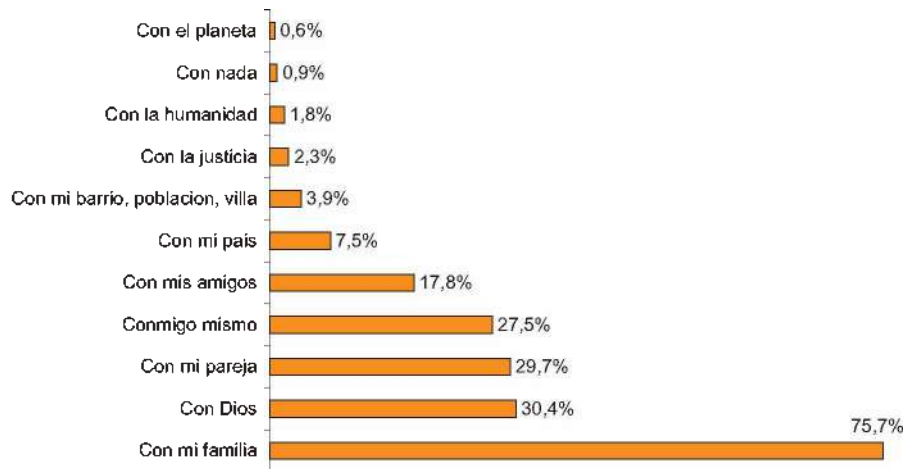
Estos espacios de sociabilidad se caracterizan por vínculos entre individuos que se dan en forma espontánea y que no están mediados por propósitos específicos. Estos espacios se desarrollan en la cotidianeidad, en redes más o menos estables dotadas de significados con un grado importante de permanencia.

La sociedad chilena se ha caracterizado históricamente por la fortaleza y densidad que adquieren las relaciones que se dan entre conocidos, y este rasgo se refleja en la integración microsocia de los y las jóvenes, quienes claramente dan prioridad a la participación en espacios de sociabilidad natural.

Según la Cuarta Encuesta Nacional de la juventud, - a nivel subjetivo - tres de cada cuatro jóvenes considera a la familia su compromiso más importante y ésta opera como una red de apoyo tan importante como lo son los amigos cercanos (INJU V, 20003).

²² Durante del año 2004 se discutió en el congreso un proyecto de ley que establecía un sistema de inscripción automática en los registros electorales que no fue aprobado y solo aprobó una modesta reforma que aumentó el horario de atención de las oficinas de inscripción electoral.

Gráfico 58: Compromisos de los jóvenes

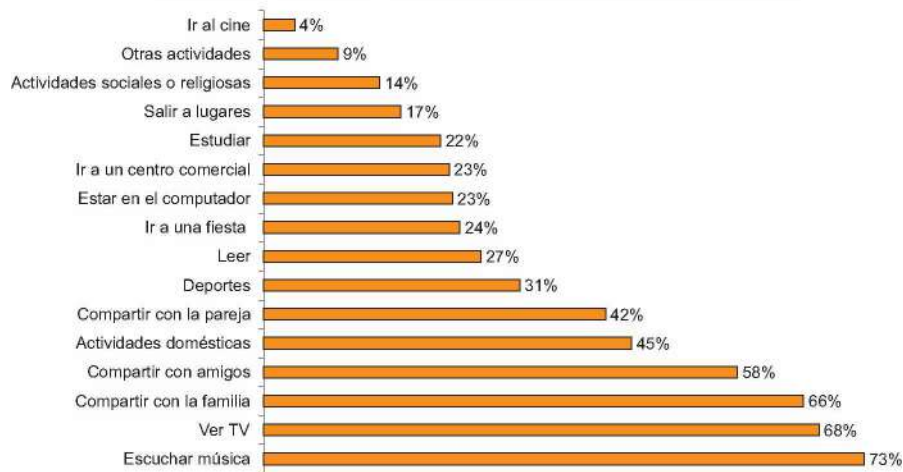


Fuente: Cuarta Encuesta Nacional de Juventud, INJUV, 2003.

La participación en espacios de sociabilidad parece ocupar parte importante del tiempo libre de los y las jóvenes, de hecho, el compartir con la familia y con amigos resultaron sus actividades más frecuentes durante el último fin de semana, después de escuchar música o ver televisión.

El compartir con la familia y con amigos aparece como una actividad prioritaria del tiempo libre durante toda la juventud, mientras que el pasar tiempo con la pareja – otra instancia de sociabilidad – cobra importancia de forma gradual.

Gráfico 59: Actividades realizadas durante el fin de semana año

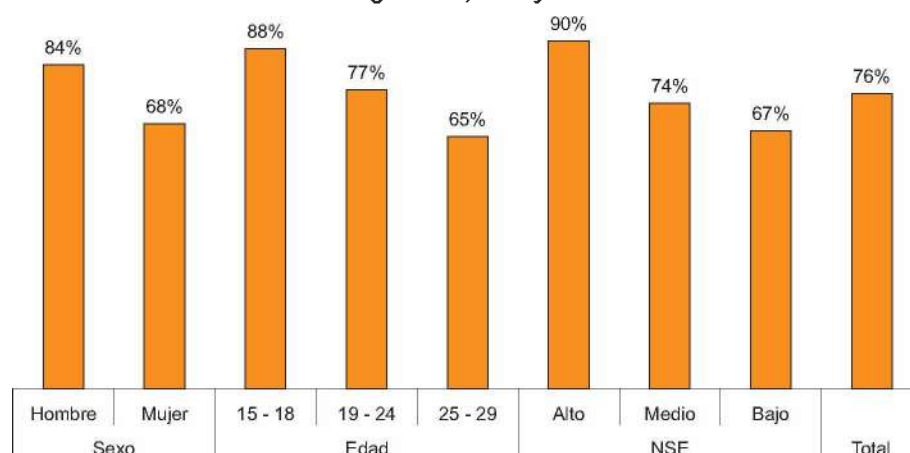


Fuente: Cuarta Encuesta Nacional de Juventud, INJUV, 2003.



Un 76% declara tener un grupo de amigos con quienes se reúne frecuentemente. El establecimiento de vínculos cotidianos de amistad resulta más probable en los hombres y en jóvenes de nivel socioeconómico alto, y decrece a lo largo de la juventud, sin embargo, nunca deja de ser importante.

Gráfico 60: Porcentaje de jóvenes que frecuentan un grupo de amigos según sexo, edad y NSE



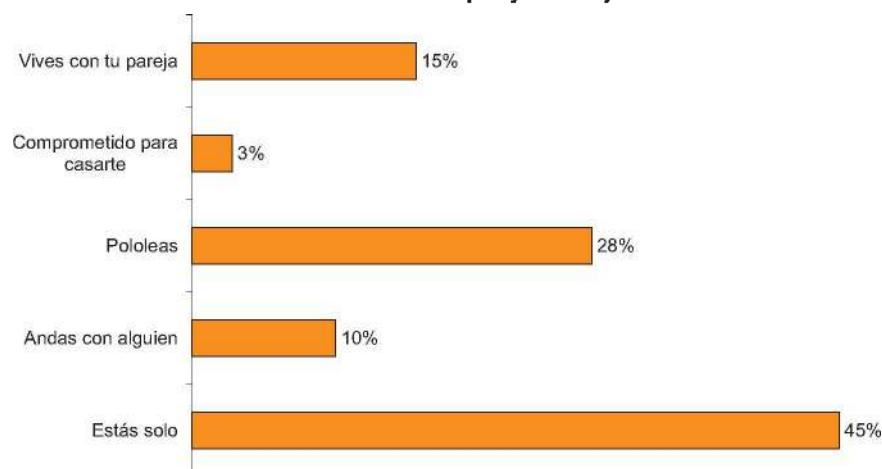
Fuente: Cuarta Encuesta Nacional de Juventud, INJUV, 2003.

El barrio (52%) y los colegios (46%) constituyen los principales lugares en que la juventud establece vínculos de amistad, este hecho implica que la amistad se da por lo general entre personas que comparten un origen común y, por lo tanto, la integración microsocial seguiría pautas de segregación socioeconómica y territorial que contribuyen a la reproducción de las inequidades sociales.

Por último, el lugar de preferencia para el desarrollo de vínculos de amistad son los espacios privados propios de la familia, en efecto, un 82% declara reunirse con sus amigos generalmente en domicilios particulares.

Las relaciones de pareja constituyen vínculos de sociabilidad que adquieren una importancia creciente a lo largo de la juventud. En general más de la mitad (56%) está en algún tipo de relación de pareja, siendo el “pololeo” el modo más común. Hasta los 19 años el emparejamiento llega a un 40%, y desde los 20 años en adelante alcanza a dos tercios (INJUV, 2003).

Gráfico 61: Situación de pareja de los jóvenes



Fuente: Cuarta Encuesta Nacional de Juventud, INJUV, 2003.

3.2. Participación juvenil en espacios de asociatividad

La participación en espacios de asociatividad, se refiere a lazos que se dan entre desconocidos que se asocian en forma espontánea en organizaciones mediadas por objetivos y tareas comunes. Este tipo de relaciones sociales, persigue la obtención de beneficios económicos, sociales, culturales o políticos para los participantes, la comunidad o la sociedad en general y se basa en la confianza y en la cooperación.

La importancia del capital asociativo reside en que permite a las personas y colectividades superar determinismos estructurales y colabora a que las personas, a partir de su participación en organizaciones o colectivos, puedan modificar o intervenir sobre sus condiciones sociales y de vida (INJUV – CIDPA, 2004).

La asociatividad implica una modalidad de vínculo social más exigente e improbable que los lazos de sociabilidad, puesto que requiere de la disposición a establecer vínculos con extraños, con quienes no se comparte un origen común, sobre la base de una ética de la responsabilidad individual.

En contraste con países desarrollados, Chile posee umbrales de confianza social muy bajos, que resienten toda la estructura de relación con extraños y que resultan en la debilidad asociativa característica de la sociedad Chilena (Valenzuela, 2000). En este contexto no resulta sorprendente que la inclusión en instancias asociativas no sea una prioridad para la juventud chilena.

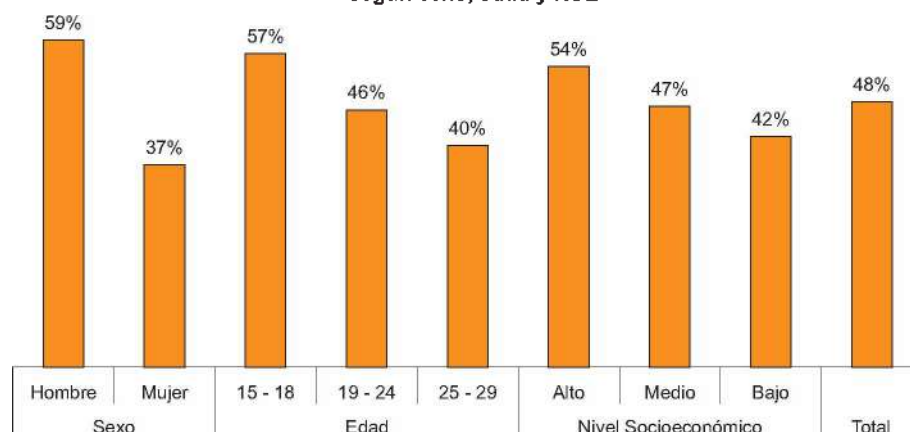


Según la Cuarta Encuesta Nacional de Juventud, al ser consultados respecto de sus actividades de preferencia en el tiempo libre, los y las jóvenes se inclinan por el escuchar radio o música (58%), estar con la familia (42%) y el salir o conversar con amigos (36%), mientras que solo un 4% seleccionó la participación en alguna organización. La participación en instancias asociativas tampoco ocupa un lugar relevante en las actividades que efectivamente realizan en su tiempo libre y la falta de interés (41 %) es el motivo más frecuente para abstenerse de establecer vínculos asociativos.

Sin que se observen variaciones importantes en la última década, hacia fines del año 2003 cerca de la mitad de los y las jóvenes (48%) participaba en alguna organización, mientras que un 29% participó en el pasado y un 24% nunca había participado.

La probabilidad de participar activamente en una organización resulta significativamente más baja en las mujeres jóvenes, es inversamente proporcional a la edad del joven y directamente proporcional a su nivel socioeconómico.

Gráfico 62: Porcentaje de jóvenes que participa en alguna organización según sexo, edad y NSE



Fuente: Cuarta Encuesta Nacional de Juventud, INJUV, 2003.

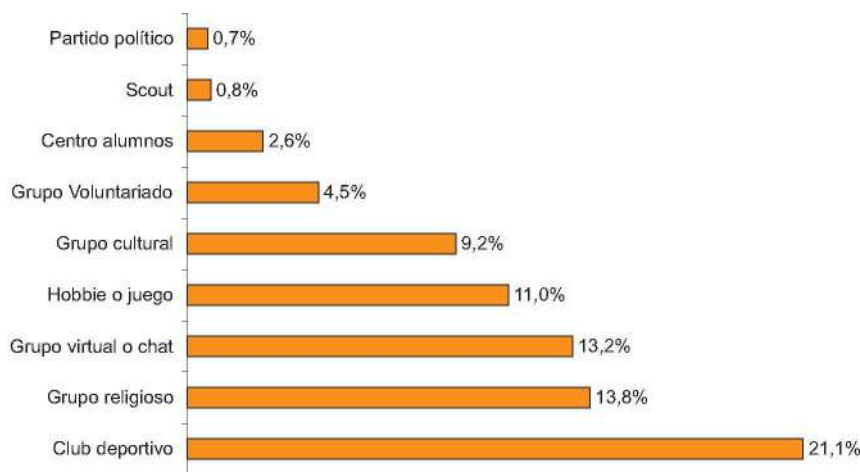
Siguiendo una tendencia que ha caracterizado a la región en los últimos años, el tipo de organizaciones que concentran la participación juvenil son las deportivas (21%) y, pese a los procesos de secularización, las religiosas (14%).

La participación en organizaciones deportivas es eminentemente masculina (34% en los hombres v/s 8% en las mujeres), mientras que las organizaciones religiosas tienen a atraer más a las mujeres.

La introducción de nuevas tecnologías de información ha permitido el desarrollo de nuevas formas de organización tales como los grupos virtuales o de chat, los que adquieren cada vez más importancia entre los y las jóvenes más acomodados (24%).

Por último, las organizaciones relacionadas con la política o el poder, tales como partidos políticos o centros de alumnos y con el trabajo voluntario solo ocupan un lugar marginal en las preferencias juveniles.

Gráfico 63: Organizaciones en que participan los jóvenes



Fuente: Cuarta Encuesta Nacional de Juventud, INJUV, 2003.

Si bien no contamos con estudios sistemáticos respecto de las motivaciones que llevan a personas jóvenes a asociarse, se puede hipotetizar, a partir del tipo de organizaciones que concentran la mayor participación juvenil, que la motivación para establecer este tipo de “vínculo con extraños” pasa más bien por la recreación y la búsqueda de desarrollo personal que otras cosas. Esta idea – como veremos más adelante – no resulta inconsistente con la tendencia a la individuación de la cultura juvenil contemporánea.

De ser correcto este argumento, debe descartarse la idea de que la “participación social” juvenil pueda operar como una especie de sustituto de su baja participación electoral, pues no existe evidencia que sostenga la idea de que sus vínculos asociativos estén incrementando sus cuotas de poder político e influencia social.



4. Juventud y delito: participación y victimización juvenil

Como se pudo ver, la integración de los y las jóvenes a las diferentes esferas, en una sociedad intensamente desigual como Chile, presenta diversas limitaciones que acarrear profundos impactos en las trayectorias de vida, donde, en situaciones de extrema desintegración, pueden llevar a algunos sujetos a desarrollar acciones – u omisiones – que atentan contra las leyes que rigen la convivencia social, es decir, delito o crimen.

En una sociedad crecientemente compleja como la chilena es posible distinguir diversos tipos de crimen (crimen corporativo³³, crimen organizado³⁴, crimen de cuello blanco³⁵, crimen político³⁶), que involucran a distintos tipos de actores, sin embargo, por su espectacularidad, gravedad, violencia o frecuencia, son el conjunto de actos ilícitos que componen el “crimen de la calle” los que generan mayor preocupación y temor en la sociedad en general, de hecho, este tipo de crimen es el centro de toda la discusión respecto de la seguridad ciudadana.

El crimen callejero, ha sido conceptualizado por el Ministerio del Interior como “delitos de mayor connotación social” (DMCS) e incluye robo con violencia, robo con fuerza en las cosas, lesiones, violación homicidio y hurto (División de Seguridad Ciudadana, Ministerio de Interior, 2004a), y por lo general, es el tipo de ilícito que involucra a hombres jóvenes en condiciones de marginalidad social.

A continuación se presentará un diagnóstico, por un lado, de la participación juvenil en el crimen callejero, y por otro lado, se describirá en qué medida los y las jóvenes son víctimas de este tipo de ilícitos.

4.1. Una estimación de la participación de jóvenes en delitos

La evidencia disponible sugiere que en Chile, en las últimas décadas, la delincuencia (crimen callejero) ha experimentado un aumento, especialmente en aquellos delitos de motivación económica (hurto, robo con fuerza, robo con violencia, tráfico de drogas) (División de Seguridad Ciudadana, Ministerio de Interior, 2004b) y la importancia de la participación de jóvenes en estos hechos delictuales es un hecho que no se puede desconocer.

Tomando como indicador las detenciones realizadas por Carabineros de Chile e Investigaciones³⁷, de acuerdo a registros del Ministerio de Interior, se observa que gran parte de los detenidos por DMCS son menores de 30 años con un claro sesgo masculino, y con bajos niveles de educación.

La edad promedio de los detenidos por delitos contra las personas entre los años 1999 y 2002 era de 28

³³ Actos ilícitos cometidos que incrementan la participación o el lucro tales como delitos tributarios, violaciones a la ley laboral, venta de productos que ponen en riesgo la salud de la población, etc.

³⁴ Se refiere a mafias dedicadas al comercio sexual, apuestas ilegales, drogas ilícitas, lavado de dinero, etc.

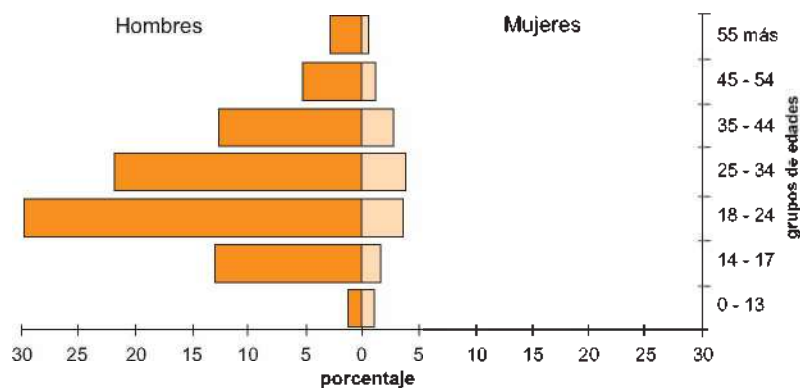
³⁵ Utilización de una posición de confianza para el propio enriquecimiento.

³⁶ Que es realizado por el Estado o en contra del Estado.

³⁷ Teniendo en cuenta que se trata de un indicador limitado, entre otros motivos porque se trata en algunos casos de presunción de delito y está influenciado por las prioridades del trabajo policial.

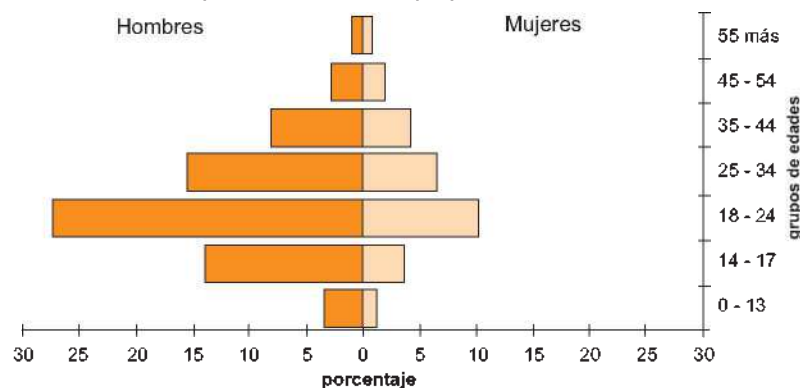
años, con una mayor participación en los tramos de edad de 18 – 24 y 25 a 34. En el año 2002, en el caso de los delitos contra la propiedad, la edad promedio de los detenidos bordeaba los 26 años.

Gráfico 64: Chile: Estructura por edades y sexo de la población detenida por delitos contra las personas, 2002



Fuente: División de Seguridad Ciudadana, Ministerio de Interior, 2004a

Gráfico 65: Chile: Estructura por edades y sexo de la población detenida por delitos contra la propiedad, 2002



Fuente: División de Seguridad Ciudadana, Ministerio de Interior, 2004a

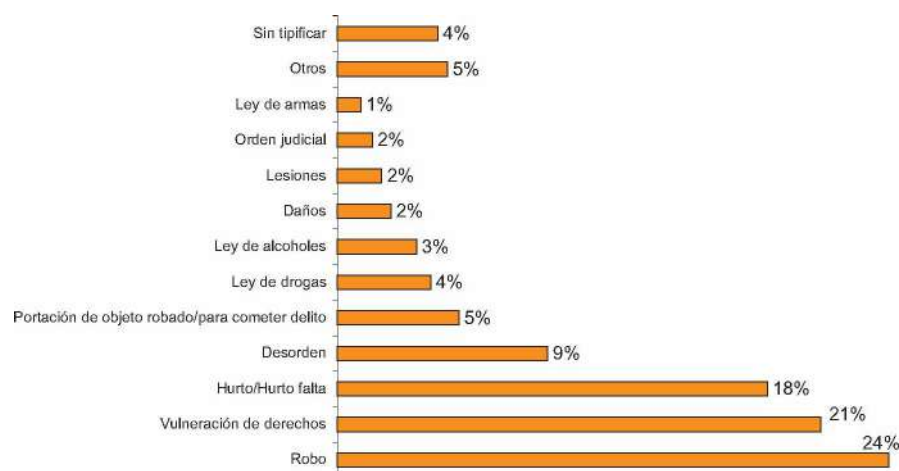
Por otra parte, un estudio reciente (Fundación Paz Ciudadana, 2005) muestra que del total ingresos de menores³⁸ de edad a una comisaría por Carabineros de Chile en la Región Metropolitana, entre los años



2001 y 2004, un 76,6% se debía a infracciones de ley, mientras que un 21,4% se debía a vulneración de derechos³⁹.

Dicho estudio muestra que la infracción a la ley más común para el ingreso de menores a las comisarías es el robo (24%), seguido del hurto (21%).

**Gráfico 66: Ingresos 2001 - 2004 de menores a comisarías
Región Metropolitana según motivos**



Fuente: Fundación Paz Ciudadana, 2005

Además, la edad promedio del menor ingresado es de 15,4 años en el caso de la infracciones y de 12,6 años en el caso de la vulneración de derechos, y al igual que en tramos superiores de edad, se da una claro predominio de hombres.

Cuadro 36

Ingresos de menores a comisarías años 2001 - 2004 en la Región Metropolitana según edad y sexo

Motivo de ingreso	Edad Promedio	% de hombres
Infractor	15,4 años	87%
Vulnerado	12,6 años	59%
Total	14,8 años	81%

Fuente: Fundación Paz Ciudadana, 2005

³⁹ Niños, niñas y jóvenes menores de edad.

³⁹ Cifras consistentes con las cifras de aprensión de menores del Ministerio de Justicia del año 2000.

4.2. Victimización y temor a la delincuencia en jóvenes

Además de considerar en qué medida la población joven comete delitos, es necesario tener en cuenta que parte importante de las víctimas de delitos son efectivamente jóvenes.

En efecto, de acuerdo a cifras del Ministerio del Interior (2003), en términos de delitos contra las personas, es entre personas entre 18 y 24 años, que se registran las mayores tasas de victimización tanto para los “robos con violencia” (15,5) como para las “lesiones” (4,1).

Cuadro 37

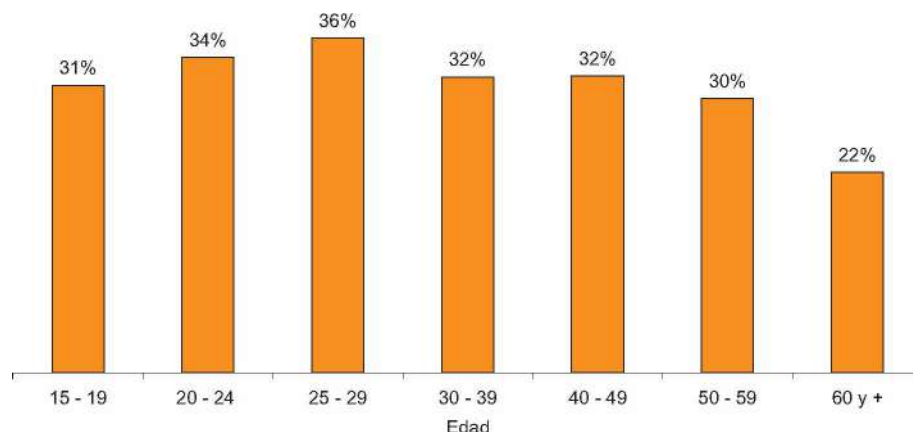
Tasa de victimización de delitos contra las personas según edad, Gran Santiago 2001 (tasa x 100)				
Edad en grupos	Al menos 1 victimización	Robo con violencia	Lesiones	Abuso / delito sexual
18 - 24	16,3	15,5	4,1	0,2
25 - 34	13,6	12,7	3,0	0,7
35 - 44	12,5	10,8	3,5	0,5
45 - 54	7,9	6,1	1,9	1,3
55 - 64	6,8	5,9	1,9	0,1
65 y +	6,3	6,1	1,4	0

Fuente: División de Seguridad Ciudadana, Ministerio de Interior, 2004a

Por otro lado, en la Encuesta Nacional Urbana de Seguridad Ciudadana, aplicada el año 2003 a una población de 15 años y más, el 31% de los entrevistados declaró personalmente haber sido víctima de al menos un delito (robo o hurto de vehículo, robo o hurto de objetos desde vehículo, robo con fuerza, robo por sorpresa, robo con violencia, hurto, lesiones, delito económico o corrupción). sin embargo, en las generaciones más jóvenes, especialmente entre quienes se tienen entre 20 y 29 años, este nivel de victimización tiende a aumentar (División de Seguridad Ciudadana, Ministerio de Interior 2004c).



Gráfico 67: Ha sido personalmente víctima de al menos un delito durante los últimos 12 meses según edades



Fuente: División de Seguridad Ciudadana, Ministerio de Interior, 2004c.

Mientras que, en una estimación similar, la Cuarta Encuesta Nacional de Juventud⁴⁰, sitúa la victimización para población de edades 15 a 29 en un 33%.

Hacia fines del año 2003, el hurto de objetos personales era el que más afectaba a la población joven, especialmente a las mujeres, a medida que sube el nivel socioeconómicos y en zonas urbanas.

Cabe destacar que los distintos tipo de robo tienden a afectar más a jóvenes de nivel socioeconómico alto y residentes de zonas urbanas. Mientras que el robo con violencia y las lesiones resultan más comunes en hombres.

Cuadro 38

Porcentaje de víctimas jóvenes de alguno de los siguientes delitos durante el último año según sexo, nivel socioeconómico y zona de residencia (pregunta es de respuesta múltiple)

Delito	Sexo		NSE			Zona		Total
	Hombre	Mujer	Alto	Medio	Bajo	Urbana	Rural	
Hurtos personales	13%	19%	20%	15%	10%	17%	10%	16%
Robo por sorpresa	9%	13%	14%	12%	7%	12%	8%	11%
Robo de objetos en casa	8%	10%	11%	9%	8%	10%	4%	9%
Robo con violencia	8%	3%	5%	7%	1%	6%	1%	6%
Robo o hurto de vehículo	4%	5%	6%	5%	1%	5%	1%	4%
Lesiones	6%	3%	4%	4%	4%	4%	3%	4%

Fuente: Cuarta Encuesta Nacional de Juventud, INJUV, 2003.

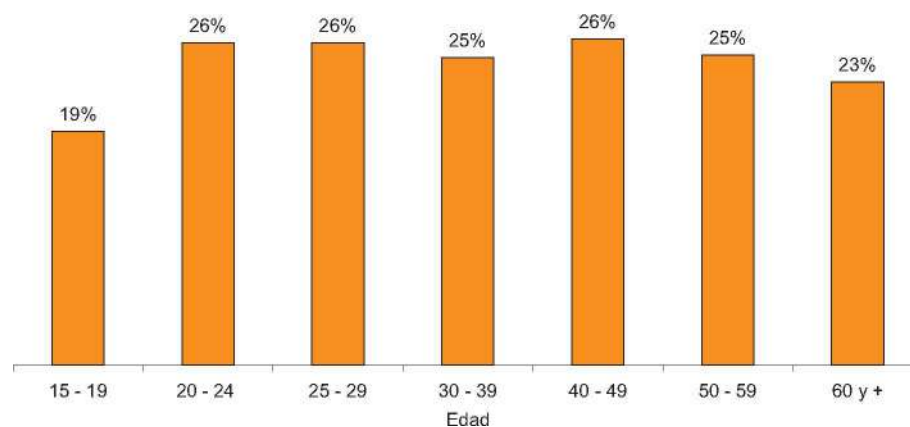
⁴⁰ Que preguntó solamente por: robo o hurto de vehículo, robo de objetos en casa, robo por sorpresa, robo con violencia, hurtos personales y lesiones.

En el estudio de la criminalidad es posible encontrar inconsistencias entre los niveles efectivos de delito, victimización y temor a ser víctima de un delito, y precisamente este parece ser el caso en los y las jóvenes.

Pese a que comparativamente son más victimizados que el resto de la población, se ha encontrado que los y las jóvenes exhiben niveles de temor similares al resto de la población, o significativamente más bajos.

De hecho, de acuerdo a la Encuesta Nacional Urbana de Seguridad Ciudadana, que considera el temor como la probabilidad subjetiva de ser victimizado durante el próximo año, en general los y las jóvenes exhiben niveles de temor a la delincuencia similares al resto de la población, salvo en el caso de la población adolescente (15 –19 años) que teme sensiblemente menos.

Gráfico 68: Porcentaje que considera "muy probable" se víctima de un delito en los próximos 12 meses según edad

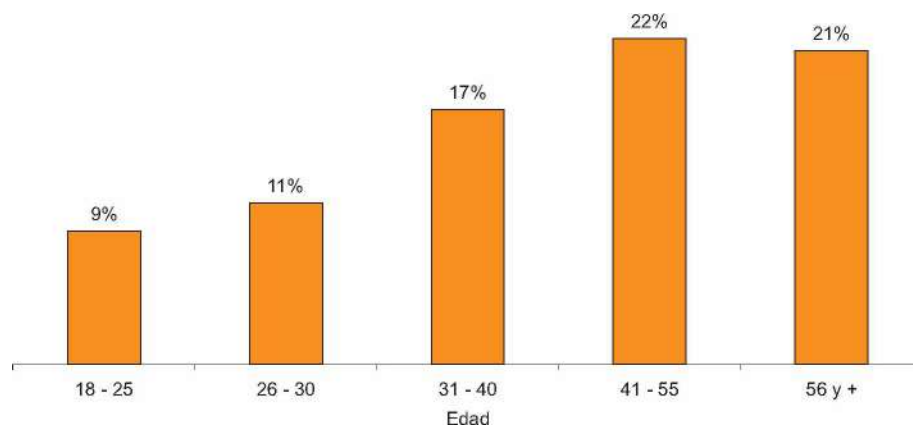


Fuente: División de Seguridad Ciudadana, Ministerio de Interior, 2004c.

Mientras que, estudios de victimización de la Fundación Paz Ciudadana aplicados entre los años 2003 y 2005, muestran en forma consistente a través del tiempo que mientras más joven es una persona, menos se ubica en el “nivel alto” de temor a la delincuencia.



Gráfico 69: Porcentaje que registra nivel alto de temor a la delincuencia según tramos de edad, noviembre 2005



Fuente: Paz Ciudadana – Adimark GfK, 2005

Dichos resultados sugieren que el temor no sólo se asocia al delito efectivo, y se podría afirmar que es muy posible que estas diferencias de percepción se asocien a diferentes pautas en el consumo y asimilación de medios de comunicación entre el mundo juvenil y el adulto.

De todas formas, específicamente al interior del mundo juvenil, es posible observar que la mitad evita lugares como paraderos de locomoción colectiva, plazas, parques y calles por temor a la delincuencia, especialmente en el caso de las mujeres y jóvenes de nivel socioeconómico alto.

Cuadro 39

Porcentaje de jóvenes que evita los siguientes lugares por temor a la delincuencia según sexo y nivel socioeconómico (pregunta de respuesta múltiple).

Lugares que evita	Sexo		NSE			Total
	Hombre	Mujer	Alto	Medio	Bajo	
Paraderos de locomoción colectiva	48%	64%	62%	56%	49%	56%
Plazas y parques	44%	64%	63%	52%	46%	54%
La calle	42%	59%	55%	50%	48%	50%
Centros deportivos	16%	25%	20%	21%	23%	21%
Restoranes	18%	21%	11%	21%	28%	20%

Fuente: Cuarta Encuesta Nacional de Juventud, INJUV, 2003.

Por último, cabe mencionar que, si bien, la preocupación por el delito y su relación con la juventud ocupa un lugar prioritario tanto en la opinión pública como en las políticas públicas – hecho que se refleja por ejemplo en la entrada en vigencia a partir del año 2006 de la Nueva Ley de Responsabilidad Penal Juvenil y Adolescente -, es necesario tener en cuenta que los delitos que involucran a jóvenes, o cualquier persona, son resultado de un proceso de integración social – que tal como se ha mostrado en el presente capítulo – no necesariamente permite a cada persona desarrollarse según su potencial.

